MAESTRÍA EN CIENCIA POLÍTICA

Acreditación de la CONEAU (Resolución 335/19)

Tesis para obtener el grado de

Magíster en Ciencia Política

Balances, coyuntura y norma. Sobre los usos de la democracia en la Revista Controversia (1979-1981)

Alumno: Leandro Greca (DNI 28831001)

Director: Dr. Ricardo Martínez Mazzola

Junio de 2020

Índice

Agradecimientos……página 2
Introducción……...página 3

Capítulo 1 “El monstruo en nosotros mismos”. Violencias e ideologismos revisados ante una derrota atroz……página 12
1.1 Réquiem para un mal sueño……...página 15
1.2 Armas de la crítica secularizadas……página 26
1.3 Dilema y duplicidad en torno a la democracia y el socialismo……...página 33

Capítulo 2. El examen de la realidad autoritaria…….....página 42
2.1 De la “dominación compleja” al pacto estatal…….página 45
2.2 Las pinzas internacionales……página 55

Capítulo 3. Entre la realidad efectiva y una aspiración plural……página 70
3.1 Breve genealogía de un desencuentro……...página 73
3.2 ¿Caídos del cielo o del catre?.....página 83
3.3 La cerrazón populista……página 94

4. Conclusiones. La medida de la democracia…….página 104
Bibliografía……...página 115

Agradecimientos

Al Director de esta Tesis, Dr. Ricardo Martínez Mazzola, por sus lecturas y observaciones.

A las autoridades y docentes del IDAES. En especial, a quienes me orientaron en la parte final de la Maestría en los Talleres de Tesis. Al Dr. Sebastián Giménez, al Dr. Nicolás Azzolini y a la Dra. Daniela Slipak.

A mis compañeros y compañeras de cursada. A la Lic. Florencia Galzerano con quien conversaba sobre este proyecto cuando aún no había cobrado forma alguna.

A la Dra. Ariana Reano por facilitarme su Tesis Doctoral.

A mis compañeros y compañeras del Centro de Estudios en Políticas de Estado y Sociedad (CEPES).

A mi familia. A mis padres (Beba y Hugo). A María y al pequeño Juan.

Introducción

> "Este pensar desde abajo implica la necesidad de convertirnos a nosotros mismos en sujetos democráticos de hecho, de abandonar los innobles sueños del "poder" y participar en las fuerzas que surgen desde lo social sin dejarse aprisionar en ningún proyecto y ninguna Teoría: la libertad y la democracia son una necesidad aquí y ahora y no un sueño para las calendas griegas" (Del Barco, 1980, p. 38).

> "Las callejuelas de la vida cotidiana son frecuentemente callejones sin salida, pero a veces permiten vislumbrar la cara oculta de las grandes avenidas. También la democracia, tan necesitada de la luz pública para su desarrollo, esconde patios traseros, alguno sórdidos, otros simplemente olvidados" (Lechner, 1990, p. 15).

¿Cómo se les presentaba y cómo construían el concepto de democracia un grupo de intelectuales argentinos exiliados en México que, desde 1979 a 1981, publicaron una revista con el objetivo de revisar el pasado, denunciar el presente y proyectar un futuro distinto para Argentina? A falta de una expresión más eficaz, podríamos decir que esta es la pregunta-problema que nos acompañará en esta Tesis. Y aquí, en esta Introducción, nos ocuparemos de presentar nuestro objeto, los antecedentes en los cuales se inscribe la presente investigación, sus alcances, sus límites y el resumen de cada una de las partes que la componen.

La revista *Controversia para el examen de la realidad argentina* es, ante todo, nuestro objeto de estudio pero también simultáneamente nuestra unidad de análisis. Estamos hablando de una revista que al cabo de 13 números[1] reunió en sus páginas la colaboración de 72 articulistas sin contar los aportes de los diez miembros de su Consejo de Redacción. Éste estaba integrado por José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán, Carlos Ábalo[2], Nicolás Casullo, Sergio Bufano, Jorge Tula (su director), Sergio Rubén Caletti y Ricardo Nudelman. Estamos hablando de un grupo maduro de intelectuales, militantes y periodistas vinculados por ideas, profesiones y amistades comunes provenientes de diferentes ámbitos de participación en la vida pública. Algunos habían participado activamente de publicaciones insignes de la comúnmente denominada nueva izquierda intelectual como fueron Pasado y Presente y Los Libros. Nos referimos precisamente a Aricó, Portantiero, Terán, Schmucler y Tula. Otros provenían del peronismo revolucionario y se habían desempeñado como

[1] Aquí cabe aclarar que si bien el último número de Controversia es el número 14, lo cierto es que, por motivos que se desconocen, el número 13 fue salteado en la nómina de la revista. Por lo tanto, convenimos en que fueron 13 números.

[2] Ábalo aparece integrando el Consejo de Redacción a partir del Número 7.

periodistas o como activos militantes en los frentes culturales y sindicales. Aquí entrarían Casullo y Caletti. Por su parte, Bufano provenía de una vida prácticamente entregada a la militancia integral en la izquierda armada. Carlos Ábalo, en su condición de economista, había asesorado al Ministro de Economía del tercer gobierno peronista, José Ber Gelbard. Y por último Ricardo Nudelman, registraba una activa militancia en la izquierda maoísta, de la cual fue un cuadro universitario, antes de graduarse de abogado y convertirse en un destacado gerente de firmas editoriales

Diferentes elementos nos permiten afirmar que Controversia fue la publicación más importante del exilio argentino tanto en México como en el resto de los destinos de la diáspora. E incluso con la ventaja que nos da el paso del tiempo es mucho más fácil llegar a esa conclusión. Sobre Controversia cualquiera que tenga ganas, con una rauda búsqueda informática, puede encontrar decenas de artículos, ponencias, comentarios, trabajos académicos y de divulgación. En esta Tesis acudiremos a ellos con la certeza de que no hemos sido exhaustivos. Además ha despertado el interés en otras latitudes donde no se habla castellano. No menos de 20 universidades europeas y de Estados Unidos poseen en sus bibliotecas una copia de la colección de Controversia[3].

En un artículo dedicado a comparar las publicaciones de argentinos en el exilio, Pablo Ponza (2010) entiende que todas estas iniciativas tenían tres características en común. En primer lugar, sus destinatarios naturales: todas estaban dirigidas a la comunidad argentina en el exilio y eran solventadas a partir de suscripciones sin mayores fuentes de financiamiento. En segundo término, todas tenían la particularidad de haber sido creadas con el objetivo de superar el aislamiento y tejer redes de sociabilidad entre los exiliados. También todas representaban un espacio de autocrítica por lo acontecido previamente en el país con las organizaciones armadas al tiempo que se esperanzaban con la posibilidad de una salida democrática a la Dictadura. De todas las revistas sometidas a análisis[4] por Ponza (2010), Controversia se destacaba no sólo por su elevado nivel teórico y por la calidad de sus plumas, sino también por ofrecer en sus páginas "un nuevo proyecto político de signo democrático" (p. 253). Las otras publicaciones o bien se contentaban con la misión de denunciar las violaciones a los

[3] Este dato fue aportado por Sergio Bufano en una actividad organizada por el Instituto Gino Germani, en octubre de 2019, con motivo del cuarenta aniversario de Controversia.

[4] Éstas eran Controversia para el examen de la realidad argentina (México), Cambio (México), Testimonio Latinoamericano (España), Resumen de la Prensa Argentina (España), Confluencia (Suecia), El diente libre (Suecia) y Debate (Italia).

derechos humanos de la Dictadura o bien se perdían en las buenas intenciones sin alcanzar sistematicidad en las reflexiones ni continuidad en el tiempo.

Si cabe alguna comparación más o menos adecuada, ésta sería posible con la uruguaya *Cuadernos de Marcha*, también publicada desde el exilio mexicano durante 5 años (1979-1984) y 27 números. Cuadernos de Marcha estaba estrechamente vinculada con la vida de su fundador, Carlos Quijano, quien en Uruguay había dirigido previamente a la primera época de Marcha. Al igual que Controversia, contaba con un consejo editorial de intelectuales y profesionales con una dilatada trayectoria[5] y sus páginas se nutrían de críticas literarias, textos políticos y análisis económicos, entre otros temas. Como bien destaca, Martina Garategaray (2015), el exilio para ambas publicaciones fungió como "mito de unidad", con la idea de hacer del destierro una experiencia positiva y de la autocrítica un trabajo sistemático y coherente. Empero, la unidad que proyectaban ambas revistas no era necesariamente la misma. "También es posible afirmar que si en el caso de la revista uruguaya, la unidad fue pensada hacia afuera, como unidad latinoamericana (…), en el caso de la publicación argentina la unidad que se construyó era más bien una unidad hacia adentro de las fronteras nacionales entre tradiciones que si bien se reconocían enroladas en la izquierda mantenían sus diferencias" (p. 202). Naturalmente, la cita hace alusión al peronismo y al socialismo presentes en Controversia. Agreguemos, además, que la relevancia de ambas revistas se verifica también en que se inscribían en un linaje, en publicaciones y en debates predecesores y en que, como objetos de estudio, aún mantienen una notable vigencia.

Texto y contexto

Controversia, como proyecto, formaba parte de la intensa vida exiliar en un país que se mostró particularmente amigable con los emigrados argentinos. De altas calificaciones profesionales, en una importante proporción, los exiliados no tardaron en conseguir buenos empleos incluso en la administración federal ocupando cargos técnicos

[5] "Su Consejo editorial estaba integrado por: Samuel Lichtensztein (economista), Carlos Martínez Moreno (escritor, ensayista y abogado), Nelson Minello (sociólogo), José Manuel Quijano (economista), Raúl Trajtemberg (economista y Profesor), Guillermo Waksman (periodista y traductor), Rubén Svirsky (periodista), Teresa de Barbieri (socióloga especialista en temas de género) y Gustavo Melazzi (economista). Y colaboraron: Arturo Ardao (filósofo e historiador de las ideas), Juan Carlos Onetti (escritor), Angel Rama (escritor y ensayista), Héctor Borrat (periodista y docente universitario) MarioBenedetti (escritor) y Eduardo Galeano (escritor y periodista)" (*Ibíd*, p. 189).

jerárquicos. Por mencionar algunos casos, Aricó, Tula y Nudelman se desempeñaron en la industria editorial (Siglo XXI y Folio); Portantiero, Casullo y Ábalo en la docencia universitaria (Universidad Nacional Autónoma de México); y Sergio Bufano comenzó su carrera como periodista en la sección latinoamericana de Le Monde Diplomatique. Además del trabajo y los afectos, la vida de los exiliados se nutría de una activa participación en los agrupamientos culturales, políticos y, sobre todo, de solidaridad. Si algo destacó al exilio mexicano, fue la tarea de solidaridad con quienes precisaban alojamiento, trabajo, documentación o, simplemente, contención y ámbitos de sociabilidad. Vale aclarar que los primeros contingentes de exiliados comenzaron a arribar a fines de 1974 con la escalada de violencia propiciada por la Triple A. Con lo cual, luego del golpe de 24 de marzo de 1976, y la mayor afluencia de exiliados, ya existía en México una comunidad establecida y con cierta organización. Así fue cómo los que ya estaban ayudaban a los que recién llegaban.

Naturalmente, la actividad de los exiliados no se agotaba en la ayuda a los compatriotas. Existían, por supuesto, una fuerte tarea de denuncia a la Dictadura Militar como también una innumerable organización de grupos políticos que sostenían contactos más o menos fluidos con quienes resistían o sobrevivían en el país. Los Montoneros eran, sin dudas, una referencia insoslayable puesto que mantuvieron organizados a un conjunto de militantes y desde esa organicidad prepararon y ejecutaron lo que se denominó la "Contraofensiva" contra la Dictadura cuyo saldo fue luctuoso para la organización. Hacia fines de la década del 70, comenzaría el declive de la hegemonía montonera en el exilio mexicano.

Los intelectuales que aquí nos ocupan formaban parte de un exilio que renegaba de los encuadramientos verticales típicos de la década del 70. Y lejos de representar un mero disgusto con las formas, este temperamento era la punta del iceberg de una impugnación integral a una forma de concebir la política en términos prácticos y teóricos. Sobre este temperamento vamos a abundar en el Capítulo 1. Señalemos, nada más, que este sector del exilio contenía en su seno a un conjunto de agrupamientos y personalidades que, con el tiempo, fueron atrayendo políticamente a la mayoría de los integrantes de la colectividad argentina. La institución de referencia para todos ellos era la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS), creada a comienzos de 1975. A fines de ese año, la entidad sufriría un desprendimiento creándose el Comité de Solidaridad con el Pueblo

Argentino (COSPA) a instancias de Montoneros y de otros grupos armados (Bernetti y Giardinelli, 2014, p. 29)[6].

La CAS se caracterizaba por su pluralidad y su funcionamiento democrático en tanto sus autoridades se elegían periódicamente a través del voto secreto y la competencia de diferentes listas. Además enfatizaba en su labor social y cultural desarrollándose en sus instalaciones una infinidad de seminarios, peñas, cine-debate y comidas. Se financiaba exclusivamente con el aporte de sus afiliados cotizantes. La CAS era, además, anfitriona de las reuniones que realizaban diferentes grupos políticos. Allí celebraban sus cenas mensuales tanto la Mesa Peronista como la Mesa Socialista, ambos grupos de debate político de los cuales participaban los peronistas y los socialistas de Controversia respectivamente.

Además de un capítulo organizacional, esta grieta, que dividía al exilio, organizó durante un buen tiempo las discusiones del exilio. La existencia o no de una guerra revolucionaria en Argentina fue quizás el primer parteaguas junto a la pregunta por la validez y la legitimidad de la lucha armada. La derrota o, mejor aún, la asunción de la misma por parte de quienes la consideraban un hecho consumado también estuvo cruzada por acalorados contrapuntos. Controversia integraba esta perspectiva y, como ningún otro colectivo, la exploró depurándola y sumando interrogantes en torno a qué o quienes habían sido derrotados y por qué. Con otros matices y alineamientos, el debate sobre las cuestiones internacionales – en especial el socialismo real, el eurocomunismo y la coyuntura latinoamericana – formó parte del repertorio de polémicas más relevantes.

Amén de un mínimo "trabajo conjunto" (Yankelevich, 2010, p. 181) en relación a la defensa de los derechos humanos, la COSPA y la CAS, los montoneros[7] y los no montoneros, se oponían por el vértice si entendemos que unos sostenían una estrategia militante homogénea y otros ponían en entredicho las certezas del pasado abriéndose a la pluralidad de ideas y a nuevas experiencias. Las páginas de Controversia son un fiel testimonio de esta segunda perspectiva. Tuvieron su lugar documentos y opiniones de las conducciones oficiales del Partido Justicialista y de la Unión Cívica Radical como

[6] Pablo Yankelevich (2010) no coincide con estas fechas. Él afirma que no puede hablarse de la existencia de la CAS hasta 1977 (p. 138) y que la COSPA fue fundada previamente. Entendemos que esta disparidad de criterios con Giardinell y Bernetti obedece a si se toma como "Línea Fundadora" del "mutualismo exiliar" al sector montonero o al sector no montonero.

[7] En razón de verdad, otras organizaciones armadas como el PRT/ERP y OCPO (Organización Comunista Poder Obrero) también participaban de la COSPA. Todas organizaciones que seguían sosteniendo la existencia de una guerra revolucionaria en Argentina.

también los posicionamientos de la dirigencia tradicional del movimiento obrero. Fueron entrevistados dirigentes políticos como Esteban Righi, Héctor Sandler, David Tieffenberg, Rodolfo Galimberti y quien fuera titular de la CGT, Casildo Herrera. Fueron traducidos textos de autores europeos enrolados en el eurocomunismo o en la socialdemocracia. En el Editorial de su Número 1, en una suerte de declaración de principios, Controversia se jactaba prometiendo que no habría exclusiones "salvo para los lugares comunes, las ofensas y las provocaciones".

Por su parte, el debate sobre la democracia primero avanzó tímidamente para comenzar a imponerse con el crepúsculo de la década del 80. Controversia puede analizarse como una bisagra en este pasaje. En ocasiones, el tema fue tratado con una "intensa tonalidad emocional" y, en otras oportunidades, fue confinado "al círculo de especialistas" (Bernetti y Giardinelli, Op. Cit. p. 92). Los epígrafes que escogimos para esta Introducción son ejemplo, por un lado, de esta tonalidad emocional (Del Barco[8]) y de un clima de época que se resistía a enclaustrar los conceptos en normativas predeterminadas (Lechner). En Controversia, vamos a encontrar al concepto de democracia explícitamente asociado a un régimen político, al "buen orden", a un valor universal, al principio de soberanía popular, entre otras variantes posibles. Pero lo decisivo, al menos para esta Tesis, no pasa por ese tipo de asociaciones.

La democracia está presente en Controversia más allá y más acá de cualquier tipo de definición conceptual o de las tensiones por situarla en alguna tradición o cuadrante ideológicos. Está presente en la impugnación de la violencia guerrillera. Está presente en la denuncia a los atropellos de la Dictadura Militar como también en la caracterización de la coyuntura argentina. Presente al momento de anticipar la ofensiva neoconservadora a escala internacional y presente a la hora de evidenciar las miserias que exhibía el choque entre potencias a nivel global. Y presente, por supuesto, en los desacuerdos entre peronistas y socialistas cuando éstos proyectaban una salida política al autoritarismo.

En Controversia, la democracia era parte de una nueva sensibilidad, de un nuevo "estado de ánimo" donde la incertidumbre y la ruptura con el pasado abonaban la posibilidad de pronunciar y representar inéditas formas de la emancipación humana. Para sostener esta clave de lectura, nos valdremos del marco que nos ofrecen la historia

[8] Más allá de este epígrafe escogido, lo cierto es que los argumentos de Del Barco también han transitado la "tonalidad teórica". Esto lo repasaremos en su crítica a la teoría y a la práctica del leninismo (en el Capítulo 1).

intelectual y la perspectiva de análisis de los lenguajes políticos (Palti, 2005). Categorías como pluralidad, contingencia, contexto y refutabilidad estarán presentes enmarcando las tensiones de los textos y su oportuna triangulación con el estado del arte y la literatura especializada. Los conceptos políticos acogen la pluralidad de significados y son contingentes en la medida en que están sujetos a diferentes usos históricos. Además habitan un contexto, el cual lejos está de ser un mero decorado, y son refutables puesto que ningún sentido puede ser fijado por tiempo indeterminado. Volveremos sobre esto más adelante y en más de una oportunidad.

Los antecedentes

Como hemos anticipado, Controversia ha sido un objeto de estudio muy estudiado (valga la redundancia). Ha formado parte de acápites especiales en, al menos, dos libros de divulgación sobre el exilio mexicano (los citados de Bernetti y Giardinelli y el de Yankelevich). Y ha sido indagado exhaustivamente desde diferentes ángulos. Podemos mencionar, por ejemplo, artículos donde se analiza la recepción en Controversia de la crisis del marxismo (Gauna, 2015 y Giller, 2014). Las tensiones en torno al significado del exilio (Gauna, 2016; Casco, 2008; Zito Lema, 2018 y Montaña, 2014) y el análisis del mundo sindical (Sotelo, 2010) son otros de los tópicos relevados en Controversia. Las trayectorias de los intelectuales de Controversia también son recuperadas y puestas en perspectivas como pueden ser los del grupo que previamente editaron la revista Pasado y Presente (Farías, 2014) y la de los intelectuales argentinos de la comunicación como Casullo y Caletti (Greca, 2010 y Zarowsky, 2013). También podemos encontrar a Controversia como un capítulo más de los debates e ideas surgidos en el exilio no sólo mexicano (Ponza, 2010) y en comparación con la publicación uruguaya Cuadernos de Marcha también editada en México durante el mismo período (Garategaray, 2015). Estos dos últimos también citados más arriba.

El libro de Verónica Gago "Controversia: una lengua del exilio" (2012) representa, probablemente, el proyecto más ambicioso y extenso de análisis sobre Controversia. La violencia política y prácticamente todos los tópicos señalados anteriormente tienen su lugar apelando a la revista como fuente y a entrevistas a algunos de sus fundadores. El trabajo reserva un estudio final sobre José Aricó reconociéndolo como uno de los intelectuales de Controversia más significativo. Tampoco podemos dejar de mencionar el capítulo 1 de la Tesis Doctoral de Ariana Reano (2011) dedicado íntegramente a

Controversia y a sus usos del concepto de democracia (*El problema de la democracia: empezar la controversia desde Controversia*).

Ahora bien y sin mayores prolegómenos, ¿Cuál es nuestro aporte al estado del arte? ¿Qué es lo que hay de nuevo en esta Tesis? Creemos que hay, al menos, dos cuestiones novedosas más allá, obviamente, de nuestras relecturas de lo ya existente. En primer lugar, entendemos que el examen de la coyuntura argentina, de la gestión política de la Dictadura así como los análisis internacionales presentes en Controversia no han recogido demasiada atención en ninguno de los trabajos reseñados. Por eso creemos que nuestra Tesis viene a llenar este vacío, sobre todo el Capítulo 2 abocado específicamente a estas cuestiones. Entendemos que, en ese capítulo, ofrecemos un ángulo distinto para estudiar las tensiones en torno al concepto de democracia en Controversia. Como hemos sugerido y veremos oportunamente, las "pinzas internacionales" condicionaban las posibilidades de pronunciar y vislumbrar regímenes democráticos participativos y transformadores. A su vez, en la primera sección del Capítulo 3 también aportaremos una mirada hasta el momento inexplorada. Allí rastrearemos los antecedentes de la polémica entre peronistas y socialistas que tuvo lugar en Controversia. Procuraremos indagar en publicaciones y agrupamientos, de fines de los 60 y comienzos de los 70, marcos de comprensión comunes con la disputa presente en Controversia. Y así veremos cómo los peronistas y los socialistas reincidían en sus argumentos e incluso en sus brulotes.

Por lo demás, avanzaremos prestándole especial atención a todos los aportes existentes sumando nuestras impresiones e interpretaciones. Por el grado de afinidad entre los objetivos, tendremos un diálogo más intenso con los trabajos de Gago, Reano y Farías.

La Tesis

De acuerdo a los fines que nos hemos propuesto, la adopción de una revista, y de Controversia en particular, como objeto de estudio se encuentra, entendemos, harto justificado. Las revistas nos aproximan, más que los libros, a la sensibilidad de una época, a los "impulsos de un cambio cultural" y si logran sintonizar eficazmente con su tiempo se convierten en "antenas de lo nuevo" (Patiño, 2006). En tanto "laboratorio de ideas" y al estar conectadas con los acontecimientos históricos, representan el insumo privilegiado para la historia intelectual. Si lo que promovieron alcanzó su institucionalización o si están allí sólo como testimonio de un fracaso, de cualquier

modo, las revistas forman inevitable parte del "deseo académico o coleccionista" (Sarlo, 1992, p. 10). Es que efectivamente, la reputación de las revistas ha cambiado en los últimos años. De representar una fuente secundaria, pasaron a ser consideradas como proyectos culturales portadores de una relevancia genuina e intransferible.

A la vez que nuestro objeto de estudio, Controversia será una fuente de información de primer orden. Esta Tesis asumirá un encuadre metodológico de tipo cualitativo y el análisis de contenido será nuestra herramienta exclusiva de recolección de datos. Nuestro objetivo general consiste en explorar las tensiones y debates en torno al concepto de democracia, según las prescripciones que hemos establecido con anterioridad y otras que oportunamente señalaremos. Los objetivos específicos están fuertemente implicados con cada uno de los capítulos. Juntos funcionan como un índice, en cada uno éstos procuraremos dar respuesta a cada uno de aquéllos. Lógicamente, es dable y deseable esperar algún nivel de superposición y desborde. Es así que exploraremos el concepto de democracia en la autocrítica, en el análisis de coyuntura y en las perspectivas de futuro presentes en Controversia.

En el Capítulo 1 "El monstruo en nosotros mismos. Violencias e ideologismos revisados ante una derrota atroz" vamos a recuperar la impugnación que realiza Controversia a su pasado reciente. Vamos a dividir este trabajo en tres acápites dedicados a la violencia revolucionaria, a los vanguardismos teóricos y a la conflictiva relación entre el socialismo y la democracia. En el Capítulo 2 "El examen de la realidad autoritaria" nos vamos a ocupar de la ofensiva política de las derechas a nivel nacional e internacional. El capítulo estará dividido en dos secciones. En una analizaremos cómo Controversia recibe y problematiza el proyecto político de la Dictadura. En la otra, vamos a recuperar de las columnas internacionales de Controversia la forma en que el neoconservadurismo y la geopolítica condicionaban a la democracia. En el Capítulo 3 "Entre la realidad efectiva y una aspiración plural", vamos a explorar el debate por la democracia entre los peronistas y los socialistas de Controversia. También ensayaremos, en primer lugar, una breve genealogía de este desencuentro intelectual tomando como referencias la década del 60 y la del 70. Por último, en las Conclusiones, vamos a subrayar nuestros aportes interrogándonos sobre el modo en que Controversia ha "medido" a la democracia.

Capítulo 1. "El monstruo en nosotros mismos". Violencias e ideologismos revisados ante una derrota atroz.

> "Lo que se deberá analizar no serán tanto las coyunturas organizadas por clases y grupos estructuralmente enemigas de proyectos democráticos, sino más bien los fuertes condicionamientos que existieron históricamente y aún existen en la propia interioridad de las clases populares para poder convertirse realmente en los protagonistas de un movimiento social y político de democratización efectiva de la sociedad argentina. Se trataría, como dice Tomás Borge, de buscar el monstruo en nosotros mismos, y no ya fuera de nosotros". (Aricó, 1980, p. 16).

Pocos atributos definen mejor a Controversia que la reflexión. No por casualidad, uno de los grupos liminares que dio origen al proyecto era reconocido como "los reflexivos"[9] en el exilio mexicano. Naturalmente, la reflexión a la cual Controversia se empeñó tenía como objeto privilegiado un pasado recientísimo asociado a una derrota que no le era ajena sino más bien todo lo contrario. Estamos hablando de una derrota política (antes que militar) costosísima en vidas y proyectos frustrados que depositó a miles en el exilio y a millones a merced del autoritarismo y del terror dentro de las fronteras nacionales. Por responsabilidades pretéritas en las organizaciones derrotadas o simplemente por empatía con las teorías y prácticas que dieron sustento a aquéllas, la reflexión de Controversia es necesariamente una singular forma de autocrítica que, lejos de entregarse a la autoflagelación, explora los límites y las condiciones de posibilidad de la misma.

Una reflexión de esta naturaleza nunca puede ser plana. Por el contrario, exhibe momentos diferenciados para el análisis y, en ocasiones, superpuestos en una primera lectura. Y si, con la prudencia del caso, sumamos el tiempo que acompaña a esta reflexión, observamos la concatenación de un pasado, un presente y un futuro contenidos en una estructura de horizonte. En este capítulo, nuestro interés radica en este ajuste de cuentas con el pasado o – acudiendo a la arbitrariedad decimal – al juicio que los (tempranos) 80 le hacen a los (medianos) 70 siempre teniendo presente a Controversia como estrella polar.

[9] Los reflexivos fueron un grupo de discusión política de ex integrantes de Montoneros que comenzó a reunirse a comienzos de 1978. Formaban parte del mismo Nicolás Casullo, Sergio Caletti, Héctor Schmucler, Carlos Ábalo, Adriana Puigross, Jorge Todesca, Guillermo Greco, entre otros. Los primeros cuatro integraron el Consejo de Redacción de Controversia, los otros también también participaron publicando artículos. Para una caracterización de los agrupamientos políticos y de diferentes signos en el exilio mexicano ver Bernetti, Jorge y Giardinelli, Mempo, *México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983*, Buenos Aires, Editorial Octubre, 2014.

Ahora bien, la derrota, como cuadro de situación y saldo de una etapa, no representaba ni de cerca la opinión mayoritaria de la colonia de exiliados. Controversia fue una rara avis para la política de izquierdas en el exilio más no para una intelectualidad latinoamericana que progresivamente se rearmaba al tiempo que renovaba sus inquietudes y programas de investigación.

Ligadas, sobre todo, a sectores afines a la organización Montoneros, Controversia fue blanco dilecto de diferentes descalificaciones en razón de sus diagnósticos y propuestas. Se la situaba en el campo de la "socialdemocracia", se le impugnaba su derrotismo, hasta se llegó a asociarla con un intento de "blanqueo ante la dictadura"[10]. Esta animosidad no se reducía a sectores marginales del montonerismo sino que alcanzaba a personalidades de fuste como Rodolfo Puigross (Farías, 2016).

Lo cierto es que más allá de los recelos y las acusaciones cruzadas, hacia 1979, para amplios actores residentes en México la etapa no estaba cerrada y, por consiguiente, se seguía alumbrando impertérritamente la posibilidad de una salida revolucionaria ajustada a los estándares de otrora. Si decimos entonces que percibida desde adentro Controversia es un discurso reflexivo, hacia afuera es un discurso de ruptura[11] debido a su condición minoritaria y a la adopción temprana de un posicionamiento que ulteriormente cosecharía mayores adhesiones.

Pese al uso que venimos esgrimiendo, Controversia no es una voz homogénea. Difícilmente lo hubiera podido ser atendiendo a su empresa reflexiva y a la polifonía que cobijó en sus páginas. Aunque sí se dan por sentados explícita e implícitamente puntos de no retorno. A lo mencionado anteriormente en torno a la derrota, cabe agregar el distanciamiento con una identidad de izquierda que podríamos juzgar como anacrónica. Volveremos sobre el particular recurrentemente, pero consignemos aquí la forma de concebir a la política de esta izquierda anacrónica que Controversia pretende afanosamente dejar atrás. La izquierda anacrónica (De Ípola, 1989) ha sostenido su práctica sobre una forma trascendental y heroica de entender a la política justificándose en las leyes de la historia que dada su cientificidad se revelaban como infalibles. Este providencialismo es extensivo a los sujetos portadores "del mañana", motores excluyentes de las transformaciones sociales. Continuando la estilización, agreguemos,

[10] Verónica Gago reconstruye esta reacción que provocó Controversia a partir de entrevistas a sus integrantes en Gago, Verónica, *Controversia: una lengua del exilio*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2012.
[11] Ibíd.

como dato del temperamento de esta izquierda anacrónica, la impermeabilidad ante sus evidentes fracasos y la renuencia a modificar sus patrones de conducta.

Frente a esta pertinacia, Controversia plantea su declaración principios: "Y es posible pensar que la recomposición de esas fuerzas por ahora derrotadas será tarea imposible si pretendemos seguir transitando el camino de siempre, si no alcanzamos a comprender que es necesario discutir incluso aquellos supuestos que creímos adquiridos de una vez para siempre…" (*Controversia* N. º 1, 1979:2). Esta impugnación de tradiciones anquilosadas no es óbice para la tarea de reflexión y autocrítica sino, por el contrario, parte constitutiva de ella. En efecto, la revisión no es otra cosa que una autorevisión sin soslayar las responsabilidades que les cupo colectiva e individualmente a cada uno de sus integrantes ya sean los educados "en una izquierda dogmática y de discutible suerte y eficacia" o, en su defecto, "los provenientes de un movimiento popular en cuyas estructuras reinaba el autoritarismo" (Ibíd.).

A tono con su clima de época más bien intelectual y no sin diferencias internas, Controversia aspiraba a poner en pie una izquierda renovada con el agregado de que en esta ocasión, a diferencia de la nueva izquierda intelectual de los 60, sería una izquierda, ante todo, "democrática" (Farías, 2016). Aquí hacemos un alto dado que avanzar más representa un exceso a los fines de este capítulo. No obstante, hemos introducido el interés prioritario de esta investigación, es decir, el concepto de democracia. Y a propósito, ¿cómo es que ligamos democracia con la evaluación y la autocrítica que hace Controversia de su pasado reciente con especial énfasis en la violencia y en la razón instrumental revolucionarias?

Tal como hemos convenido, no asumimos el concepto de democracia como un tópico a relevar para luego cotejarlo con la teoría. Si bien Controversia le reservó un suplemento especial a la discusión sobre la democracia[12], el cual ha sido estudiado en diferentes trabajos[13], nos inclinamos por situarlo como un horizonte de inteligibilidad transversal a todo el proyecto, presente en todos los números, polémicas, artículos y entrevistas. A tono con esta sintonía epocal de la cual hablamos, podemos en Controversia identificar a la democracia como un término omnicomprensivo a la vez que una aspiración y, en el mismo sentido, como una gramática política en construcción empleada en "oposición al pasado, en contra del presente y modelando al futuro" (Lesgart, 2000, p. 36).

[12] Ver en Controversia Nº9 y 10 "La democracia como problema".

[13] Ver en Giller (2014), Sotelo (2010), Garategaray (2015), Reano (2010), Farías (2014) y Martínez Mazzola (2016).

Así es que más allá de su aparición nominal, lo cierto es que el debate sobre el concepto de democracia se configuraba a partir de las experiencias personales con el exilio, con la derrota y con la impugnación de la violencia política al tiempo que también se delineaba a partir de las expectativas y con la posibilidad de nuevos horizontes. En este capítulo, partiremos de entender a la democracia como *el otro* de la violencia política pero también de la violencia de las ideas (Terán, 2005) y de todos los vanguardismos frustrados o triunfantes, argentinos o extranjeros, de los cuales Controversia se separaba de forma irreconciliable.

El orden en este capítulo será el siguiente: en primer lugar abordaremos las representaciones y posicionamientos en Controversia sobre la lucha armada sin soslayar las tensiones internas y su relación con los usos que, en perspectiva, se han hecho de este tópico. A continuación, analizaremos los debates alrededor de la tradición marxista con especial énfasis en los dogmas que se exhibieron finalmente inútiles y contraproducentes. Como corolario de este capítulo y abrevando de lo anterior, relevaremos lo, que al juicio de Controversia, ha sido el uso instrumental de la democracia tanto en su pasado reciente como en los avatares de la izquierda y el socialismo nacional e internacional.

1.1 Réquiem para un (mal) sueño

> ¿Cuán válidos, cuán irreflexivos eran nuestros deseos? Suponíamos, generosa, pero falsamente que todos compartíamos un mismo sueño." (Lechner, 1990, p. 13)

El examen retrospectivo de la lucha armada en Controversia transitó diferentes registros desde la impugnación moral hasta identificarla solamente como una deviación del campo popular sin descuidar otra perspectiva interesada en los pilares teóricos que hicieron posibles tantos equívocos y aventurerismos. Tampoco el objeto en cuestión ha estado exento de una minuciosa periodización y contextualización regional absolviéndolo de ser un capricho o una excepcionalidad endógenas.

De todos los factores concomitantes que fueron condición para el surgimiento de la lucha armada[14], no se pueden soslayar los diferentes desprendimientos de los troncos

[14] La reconstrucción que haremos en los próximos párrafos está presente en Controversia, en especial en los textos de Bufano ("La violencia en la Argentina 1969-1976" primera y segunda parte, números 1 y 2-3 de Controversia). También nos hemos inspirado en la literatura especializada. A saber: Rot (2010), Carnovale (2011), Calveiro (2013) y Grenat (2011).

tradicionales de la izquierda argentina (Partido Socialista y Partido Comunista). El sello distintivo de la consabida nueva izquierda consistía en un divorcio con la estrategia reformista y una adopción del paradigma revolucionario como método para el acceso al poder. Numerosas fracciones y destacamentos, en su mayoría de raíz universitaria, se plantearon el imperativo de asumir gradualmente la violencia como un recurso más al interior de una táctica política. Paralelamente, sectores fabriles del peronismo, prácticamente desde el golpe de estado de 1955, venían desarrollando un proceso de resistencia cuyos denominadores comunes eran los sabotajes, el espontaneísmo y los explosivos de elaboración casera.

Sin perjuicio del desembarco temprano de ciertas izquierdas en el seno del peronismo fabril en lo que se conoció como entrismo, lo cierto es que quienes adoptaron gradualmente la vía armada lo hicieron tabicados con respecto a las luchas que libraban los trabajadores. Datan de esa época los primeros entrenamientos en pos de garantizar la autodefensa partidaria. Bajo una estricta supeditación de lo militar a la política, se concebía a la violencia para un momento posterior, como el corolario de un proceso de maduración en la conciencia del pueblo.

> Las propuestas de armamento popular, de lucha armada, de construcción del ejército proletario pasan a integrar el conjunto de tareas que deberán ser asumidas cuando la agudización de las contradicciones sociales desemboque en su punto culminante, en la situación revolucionaria de guerra civil y derrumbamiento del Estado capitalista (Bufano, 1979, p. 16).

Otro momento distinguible en la saga de la lucha armada es, sin duda, el temprano influjo del foquismo y las infructuosas experiencias del Ejército Guerrillero del Pueblo (1963) y Taco Ralo (1968). Atrás quedaban la expectación y los planteos teóricos de otrora. El voluntarismo entraba en acción de modo independiente a cualquier variable objetiva y se mostraba más atento a lo que ocurría en otras latitudes. Cuba exhibía con autoridad su victoria sobre los embates contrarrevolucionarios de Playa Girón como también estaba particularmente interesada en exportar su ejemplo a todo el continente, en hacer de la Cordillera de los Andes una nueva Sierra Maestra. En Uruguay los Tupamaros depuraban su método de lucha con audacia procurando evitar víctimas fatales en sus acciones. En Bolivia, el Che Guevara emprendía una guerra de guerrillas

que finalmente se vio sitiada y desarticulada cayendo en combate casi todos sus integrantes, entre ellos, su jefe máximo.

Como rasgo común del foquismo podemos identificar esta voluntad a prueba de balas al punto de sublimarla como el vehículo prioritario para la consumación revolucionaria. Tal como señalaba el "opúsculo" de Debray[15] (Caletti, 1979), la vanguardia debía caminar a una ligera distancia de la población civil. El vínculo con las masas pasaba por el ejemplo que la vanguardia debía irradiar hacia aquéllas en pos de sumarlas a la guerra contra el "Estado burgués". Si no existían condiciones para una estrategia revolucionaria, la tenacidad y disciplina del foco las harían posibles. De este modo la política se reducía a una cuestión técnica organizativa en torno a un núcleo reducido de combatientes que se fijaban objetivos militares a corto, mediano y largo plazo.

Más allá de las experiencias aisladas e infructuosas señaladas precedentemente, no es errado afirmar que las organizaciones armadas que crecieron y maduraron a partir del Cordobazo en 1969 aprendieron las lecciones de sus antecedentes más cercanos e inspiraron su accionar a partir de la lucha de clases que tenía lugar en el país. Con la agudización de los conflictos sociales, la vanguardia guerrillera acompañaba con su poder de fuego y coacción las luchas obreras y todas aquellas que hacían retroceder al gobierno dictatorial de la Revolución Argentina (1966-1973). Fueron tiempos de violencia de tipo insurreccional como en la saga de los "azos", intervenciones en conflictos fabriles mediante secuestros y amedrentamientos como también atentados contra la vida de personeros del régimen militar y de empresarios encumbrados trasnacionales. Al analizar esta etapa, una de las vetas que podemos identificar en Controversia consiste en caracterizar y criticar el temprano militarismo y sustituismo (Bufano, 1979) al cual se arrojó la guerrilla argentina. Por militarismo, siendo esquemáticos, se entendía la mimetización con el enemigo y el estado de cosas que se pretende superar al imbuirse en una lógica de guerra donde los obstáculos de orden político son suprimidos por la violencia. El sustituismo, por su parte, remitía a la tendencia por la cual un aparato armado procesa o resuelve exclusivamente por la vía armada un conflicto "ajeno", de orden social o fabril, con el objetivo de ganarse el favor o el prestigio de las masas reemplazando sus métodos institucionales.

En un ascenso irresistible, el poder y la influencia de la guerrilla no hacía más que acrecentarse y al momento del regreso de la democracia (1973), del cual también fue

[15] Nos referimos a "Revolución en la Revolución" (1967) de Regis Debray.

artífice, sus estructuras gozaban de buena salud. Esta consideración no era extensiva a la interpretación de la etapa (Bufano, 1979) en tanto la guerrilla, incluso la de signo peronista, no detuvo su accionar armado durante los gobiernos de Cámpora y Perón. Raudamente y al calor de la progresiva radicalización de amplias capas sociales, la guerrilla pisó su acelerador agudizando las ya agudizadas contradicciones sociales reinantes y avizorando, a su vez, un desenlace inminente ajustado a sus intereses. En ese periplo que no estuvo exento de un inaudita autoexclusión de Montoneros de la legalidad – pase a la clandestinidad - la guerrilla llevó sus "vicios de origen" hasta límites insospechados enajenándose por completo y acudiendo a prácticas hasta entonces inéditas como el terrorismo indiscriminado. Resulta una tentación congelar la imagen en ese fotograma y atribuirle a la guerrilla exclusivamente las lacras que evidenció en su ocaso. Existe un registro en Controversia tendiente a comprender el problema desde su complejidad sin que esto suponga una "exculpación", a dimensionar la experiencia de las organizaciones armadas en sus múltiples facetas y, sobre todo, el contexto en el cual se desenvolvieron.

Sergio Caletti alcanza en menos de un párrafo una semblanza global exhibiendo las diferentes caras que la guerrilla exhibió.

> Participó lateralmente, con los Uturuncos, en la etapa primitiva de la guerrilla continental. Con el EGP, en la oleada estrictamente guevarista. Ensayó el foco rural y el urbano, a Debray y a Marighella, emuló a los tupamaros, anticipó rasgos del sandinismo, planteó la insurrección y la guerra prolongada (…) los territorios liberados y la ocupación del estado. Y fue, como en Cuba y en Nicaragua, aunque con otra suerte, el camino por el que más desarrollo alcanzaron las llamadas vanguardias revolucionarias (Caletti, 1979, p. 18).

Es también distinguible en Controversia cierto énfasis en reseñar y, también, criticar la saga de los Montoneros. Esta "jerarquización" puede obedecer al nivel de influencia política alcanzado por Montoneros durante el período 1969-1974 pero, sobre todo, a su presencia decisiva e influyente en el exilio mexicano. Claramente, Montoneros, a la vez que comprensible objeto de interés y polémica por parte de Controversia, representaba también un interlocutor en el marco de una disputa en torno a la interpretación de los hechos pasados, de la coyuntura y del porvenir.

La admisión de la derrota por parte de Controversia no implicaba soslayar ni renegar del auge y prestigio alcanzados otrora por Montoneros. En ese sentido, sólo se podría hablar de derrota "en relación a aquellas organizaciones con la suficiente fuerza susceptible de ser derrotada" (Greco, 1980, p. 4). Claramente, Montoneros si no encabeza, al menos, ocupa un lugar de relevancia en ese continente de los "derrotados" y, por añadidura, les cabe la responsabilidad del caso.

Permitámonos caracterizar, sumariamente, al régimen dictatorial que gobernaba a principios de los 70. Digamos, entonces, que el espacio político estaba clausurado y que la represión y las arbitrariedades alcanzaban a los sectores medios quienes se sumaban progresivamente a las luchas sociales y resignificaban al peronismo. No se puede explicar la expansión de Montoneros sin prestarle atención a la adecuación de un método – lucha armada – a un contexto determinado y la inscripción de este método como continuidad en el tiempo de la resistencia peronista a la proscripción. Apoyados por el mismo Perón y al calor de cierta eficacia armada, el deshielo político del bienio 72-73 encontró a Montoneros a la vanguardia del campo antidictatorial (Greco, 1980). Y si bien Montoneros adoptó el foquismo, el mismo no fue óbice para esta ascendencia en el proceso nacional. Un artículo de Controversia, firmado por Guillermo Greco (1980), sostiene que el de Montoneros se trató de un foquismo sui generis, flexible, peronizado, adaptado a la realidad nacional, principalmente urbano y que no renegó de la táctica electoral.

De acuerdo a este mismo autor, el 25 de mayo de 1973 representó un parteaguas que dividió el auge de la decadencia de Montoneros. A partir de esa fecha, reinó en las filas montoneras una incomprensión del consenso existente en torno a la apertura democrática y, más aún, con el liderazgo de Perón, quien se impuso electoralmente, el 23 de Septiembre de 1973, con un porcentaje de adhesión inédito e irrepetible. Los Montoneros optaron por un método de acumulación política extrainstitucional que no tardó en revelarse como un factor desestabilizador del régimen democrático. Ciertos atentados (Rucci y Mor Roig) que conmocionaron la vida pública pusieron su cuota para un proceso irreversible de aislamiento. La continuidad de una estrategia de guerra produjo efectos contraproducentes al tiempo que se transformó en el ariete perfecto para la dictadura y su justificación del terrorismo de estado (Greco, 1980).

Esta línea de interpretación, presente en Controversia, de la violencia política en general y de Montoneros en particular se inclinaba, como ya hemos sugerido, por no "satanizar" la experiencia armada. En ese sentido, Montoneros podía ser asociado a un proceso de

"montonerización" que excedía a su conducción cuyos rasgos distintivos eran la conjunción entre las teorías de la dependencia y la influencia guevarista (López, 1980). La idea de una Argentina económicamente desnacionalizada y políticamente clausurada por la proscripción cuajó en amplios sectores sociales decantando en un caldo de cultivo para el desarrollo de estrategias como la de Montoneros. A su vez el legado del Che Guevara planteaba la posibilidad de concretar aspiraciones de máxima a partir de una voluntad política de hierro. Con todo, este clima de época permeaba a una buena parte de la población "con independencia de la gestión de las guerrillas"; las cuales "vendrían a coincidir con – y a formular a un nivel más alto de significación – algo que se encontraba como potencia…" (López, 1980, p. 13).

Esta perspectiva de análisis, minuciosa y hasta, de algún modo, pedagógica contrastaba cardinalmente con otra, también presente en Controversia, donde el imperativo moral se hacía presente. Si en la primera los tópicos que se entrecruzan son las condiciones históricas y estructurales de la formación social argentina; en la segunda la mirada está puesta en los derechos humanos y en la necesidad de vislumbrar un régimen democrático pluralista capaz de canalizar pacíficamente los conflictos.

Héctor Schmucler con dos artículos en los primeros números de Controversia emplaza la piedra angular de un debate que aún mantiene una notable vigencia. Lo suyo es prácticamente una herejía para quienes se identifican políticamente con la izquierda (permitámonos la vaguedad) sin perjuicio del contexto exiliar y de Controversia.

El argumento en cuestión consiste en interrogar la autenticidad de las organizaciones armadas a la hora de emprender el reclamo por la vigencia de los derechos humanos ante los atropellos y crímenes de la dictadura. Al mimetizarse con la dictadura, en tanto aparato armado, Schmucler entiende que le han rendido culto a la muerte "con la misma mentalidad que el fascismo privilegia la fuerza" (Schmucler, 1979, p. 3). A su vez no se priva de señalar el surgimiento de una organización que agrupa a las víctimas de la guerrilla como tampoco de enumerar a quienes gratuitamente fueron objeto de la violencia guerrillera ("policías sin especial identificación, militares asesinados sólo por ser militares…").

Para Schmucler, el debate sobre los derechos humanos corre el riesgo de convertirse en una abstracción si no se lo asume con la honestidad intelectual que merece. La validez de los mismos tanto "para unos como para otros" permite pensarlos más allá de la correlación de fuerzas y entrar de lleno al debate sobre la democracia. Schmucler advierte sobre el tacticismo en el que podían incurrir ciertos actores al blandir la

bandera de los derechos humanos sólo para acumular poder mientras vislumbraban una sociedad ajena a esos mismos derechos. Atajo similar con el cual se eludía la genuina adopción de una cultura democrática. "La democracia no debería ser vista como una debilidad de la sociedad dividida en clases que debe ser aprovechada para eliminarla cuando las clases oprimidas sean dominantes" (Schmucler, 1979, p. 3).

De tal modo se sugiere que la guerrilla, en el exilio mexicano, acuñaba el reclamo por los derechos humanos más como un pretexto de acción contra la Dictadura que como una premisa fundacional. En ese sentido, Schmucler inscribe lo que él entiende es un inflamiento de las cifras del horror. "Seguramente no es verdad que existan 30.000 desaparecidos en la Argentina, pero seis o siete mil es una cifra pavorosa" (Schmucler, 1979, p. 3). Tanto el pasado como el presente inhabilitaban a las organizaciones armadas para sumarse a una lucha tan significativa como urgente.

Para Schmucler, "la magnitud del drama" representaba sobre todo un problema de desacople entre el país de adentro y el país de afuera (la guerrilla formaba parte de este último). Existía una representación dislocada desde el exilio, el cual conllevaba a hiperbolizar el horror en términos nominales y la cantidad de exiliados propiamente dichos. Y es allí donde yace, según Schmucler, el "pánico a reconocerse minoría", a comprender que el pueblo se quedó en el país resistiendo, con lo que tiene a mano, a la Dictadura pero que tampoco se compadece con el exilio, "con los hijos de la guerrilla o de sus desastrosas consecuencias" (Caletti, 1979, p. 4).

Para Schmucler el exilio no debe ni puede renunciar a la tarea de denuncia de la Dictadura pero también tiene por delante la tarea política de reconciliar su mirada con la mirada de la "Argentina de adentro", la que efectivamente tiene chances ciertas de transformar la realidad y la que irremediablemente ha sepultado un pasado y una "guerra librada por una parte minoritaria de la sociedad". "La Argentina de afuera tendrá que tomar el tiempo que atraviesa el país existente o quedará atrapada definitivamente en una fabricación ilusoria" (Schmucler, 1980, p. 4). Para la mayoría la cuestión de los derechos humanos evoca a la muerte y a la sombra de la violencia política, con lo cual enderezar las naves de las dos argentinas implica aguzar el ingenio y la estrategia políticos.

Esta revisión del pasado, esta impugnación de la violencia guerrillera, debía adoptarse a partir de la primera persona del singular. El autor estaba empeñado en esquivar la comodidad del intelectual que desde una distancia presuntamente objetiva podía alcanzar una verdad en sí misma, la esencia de las cosas. Recuperar el yo suponía

asumir la responsabilidad del que fue derrotado[16]. No son los "análisis fantasiosos" la clave para derrotar a la Dictadura tampoco, desde luego, sirve acudir a las mismas recetas que condujeron a la "ceguera política".

La radicalidad adoptada por Schmucler en relación al juicio autocrítico sobre la violencia política inaugura un linaje en la intelectualidad de la izquierda argentina, precisamente en Controversia, más allá del rechazo que en ésta provocó (lo relevaremos más adelante). Sin ánimo de generar una polémica en torno a quién o quiénes fueron los primeros en introducir lo moral en este tipo de análisis, tomamos estos argumentos de Schmucler como fuente de inspiración y como piedra angular para recuperar a grandes rasgos un posicionamiento crónicamente tildado de liquidacionista, "quebrado", ahistórico, entre otros epítetos.

Oscar Terán, integrante de Controversia, una vez reconstituido el campo intelectual y político en el país, progresivamente fue trabajando "la violencia de las ideas" como tópico. Su trabajo "La década del 70: la violencia de las ideas" incluido en "De utopías, catástrofes y esperanzas: Un camino intelectual" (2006) es un fiel testimonio de esto último como trasfondo de su propio itinerario (Farías y Santángelo, 2004). Terán asimila violencia de las ideas con las vanguardias revolucionarias al reconocerlas más allá de los estímulos coyunturales signados por la proscripción y el clima represivo alentado por los sectores dominantes. En cabeza de Montoneros y del resto de los grupos revolucionarios, sitúa lo que denomina como "pasiones ideológicas", corresponsables de la deriva catastrófica en la que incurrieron las vanguardias. El revisionismo, el foquismo, la teología de la liberación formaron parte de estas pasiones y en su despliegue habrían justificado la violencia y el "voluntarismo suicida".

También enfatiza en la exhortación a la nación como fundamento del accionar político en la medida en que se sitúa al adversario en el campo de la antinación, como una alteridad total, es decir, como una enemistad absoluta. Desde la óptica de Terán, con esta conducta de deshumanizar al enemigo, los militantes se mimetizan con los militares. Este perfil de las vanguardias revolucionarias se acerca a la semblanza de las identidades totales y guarda una severa distancia con las identidades populistas, las cuales prefiguran una vía regeneracionista para sus adversarios (Aboy Carlés, 2001).

[16] "Los que de una u otra manera compartimos un proyecto cuya destrucción determinó nuestro exilio, no tenemos derecho a evitar la responsabilidad del yo" (…) "Héctor Schmucler también fue derrotado aunque esté aquí, igual que su hijo desaparecido, que tal vez ya no existe" (Schmucler, 1980, p. 4).

Quien también tardíamente continuó esta huella fue otro colaborador asiduo de Controversia, Oscar Del Barco[17]. Veinticinco años después de la invocación de Schmucler a la primera persona, Del Barco recoge el guante al escribir sus emociones luego de la lectura de una entrevista a Héctor Jouvé, otrora miembro del Ejército Guerrillero del Pueblo desbaratado en Salta en 1962. "Al leer cómo Jouvé relata suscinta y claramente el asesinato de Adolfo Rotblat (al que llamaban Pupi) y de Bernardo Groswald, tuve la sensación de que habían matado a mi hijo y que quien lloraba preguntando por qué, cómo y dónde lo habían matado, era yo mismo. En ese momento me di cuenta clara de que yo, por haber apoyado las actividades de ese grupo, era tan responsable como los que lo habían asesinado" (Del Barco, 2004). La asunción del yo en Del Barco implica una confesión y, a su vez, un acto de contrición prácticamente inédito en la literatura de este tipo.

Estamos hablando de un mea culpa que no se agota sobre un hecho puntual, sino se hace extensivo al accionar global de los movimientos armados e incluso llega hasta el arrepentimiento por haber defendido oportunamente a los regímenes socialistas del este. Del Barco conmina a sus antiguos camaradas a pedir perdón y, en especial, a Juan Gelman, el interlocutor predilecto en su confesión. Tampoco se exime de acudir a "la herejía" por excelencia. "En este sentido podría reconsiderarse la llamada teoría de los "dos demonios", si por "demonio" entendemos al que mata, al que tortura, al que hace sufrir intencionalmente. Si no existen "buenos" que sí pueden asesinar y "malos" que no pueden asesinar, ¿en qué se funda el presunto "derecho" a matar? ¿Qué diferencia hay entre Santucho, Firmenich, Quieto y Galimberti, por una parte, y Menéndez, Videla o Massera, por la otra?" (Del Barco, 2004).

Si en el nuevo milenio este posicionamiento resultaba urticante, en el exilio mexicano de fines de los 70 y principio de los 80 aún más. En Controversia se da la particularidad que venimos desarrollando en torno a la revisión crítica de la experiencia armada. No obstante, argumentos como los de Schmucler producen mucha incomodidad, son difíciles de digerir y de rebatir sin perder la prudencia. Desde la no tan veladas suspicacias en torno a las intenciones del autor hasta los alegatos en favor de un temperamento irremediablemente antagónico con la Dictadura sin medias tintas, sin

[17] La entrevista fue reproducida por la publicación cordobesa, La Intemperie. El texto de Del Barco llevó como título "No matarás" y tuvo un impacto profuso en los ámbitos intelectuales sensibles a estos temas. Tal es así que la Universidad Nacional de Córdoba, compiló en dos volúmenes los descargos, críticas, documentos y reflexiones sobre el particular. Además la revista "Lucha Armada en la Argentina", en su número 2 de marzo-abril-mayo de 2005, también publicó una entrevista a Jouvé del mismo tenor que la de la revista cordobesa.

posibilidad alguna de convivencia, ni de olvido ni de "reparación de heridas". En ese sentido, se habló de quienes propusieron retóricamente "una línea de resignada conciliación con la dictadura" (Pedroso, 1980, p. 14)" o de los que creyeron que "con la buena letra y moderación, allanarán su camino de regreso" (Giardinelli, 1981, p. 99[18]).

En una enfática querella contra la "moderación" y las "equidistancias", Luis Bruschtein le responde a Schmucler impugnando la abstracción a la hora de abrir un juicio sobre la cuestión de los derechos humanos. Éstos, desde su punto de vista, no pueden ni deben estar enajenados de los campos sociales en disputa en Argentina. Es un problema de clase, el cual conlleva ineludiblemente la tarea de destruir a la "burguesía oligárquica" si se quiere terminar con los atropellos y las vejaciones. Empero, la organización obrera y popular necesaria para contragolpear tiene que aprender de los errores del pasado y asumir un programa integral democrático. "La defensa de los derechos del hombre forma parte irrenunciable de este programa, y en la práctica revolucionaria la defensa quisquillosa de esos principios, incluyendo los derechos de nuestros enemigos, debe mostrar la diferencia abismal entre la práctica y los objetivos de las Fuerzas Armadas y la práctica y el proyecto de país de la militancia popular" (Bruschtein, 1979, p. 3).

La decadencia del modelo revolucionario político-militar forma parte del núcleo de coincidencias básicas de Controversia, al cual Bruschtein adhiere. Ahora bien, este juicio no implica para él desacreditar de plano la autodefensa popular. Los justos no debieran pagar por los pecadores. La resistencia a las dictaduras, a la opresión y a las tiranías es un legítimo derecho popular. Otra cosa bien distinta es la violencia como un fin en sí mismo, tributaria de una perspectiva distorsionada de la realidad. En abierta polémica con Schmucler, el autor entiende que a ningún sector político lo asiste la facultad de proscribir a otro en relación con la defensa de los derechos humanos. Schmucler segregaba a las organizaciones guerrilleras en razón de sus propios atentados contra la vida. Para Bruschtein, por el contrario, todos sin excepción tienen el derecho y la obligación moral de empujar y motorizar las denuncias (Bruschtein, 1979).

Sergio Bufano también previene contra una tendencia que no duda en caracterizar como peligrosa. Es la que encarnan aquellos que responsabilizan a las izquierdas y, en especial, a la guerrilla como las responsables de "habernos robado la democracia".

[18] Con respecto a este artículo, existió un malentendido. Por motivos que se desconocen, "Los sobrevivientes de los testimonios" de Mempo Giardinelli no fue publicado en Controversia. El autor quien publicaba con cierta frecuencia en la revista, denunció que los editores se negaron a incluir su texto, el cual finalmente aparecería en Cuadernos de Marcha. Para profundizar en esta y otras anécdotas del exilio mexicano ver en Yankelevich Pablo, *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica: El Colegio de México, 2010.

Resulta notorio que en esta interpretación el demonio pasa a ser uno solo. Lo curioso – anota Bufano – consiste en que los portadores de esta verdad, ayer nomás formaron parte de esas organizaciones. "La "izquierda argentina", en sus diversas variantes, se ha convertido en la "bruja medieval" autora de epidemias y catástrofes. Y graciosamente, son algunos *izquierdistas argentinos* los que se han erigido en tribunal inquisitorio…" (Bufano, 1980, p. 10).

El agravante con el que cargan estos polemistas radica en el "escepticismo crítico individualista" que además de poner la culpa en "los demás" reniegan de sus militancias pasadas y de sus muertos. En efecto, el interlocutor de Bufano no es Schmucler. Éste, en su querella, "confesaba" su responsabilidad y acudía a la primera persona del singular. Bufano está confrontando con un periodista argentino exiliado en Estados Unidos – Javier Eliecer - cuyo artículo publicado en Controversia despertó tanta o más incomodidad que el de Schmucler.

¿Quién nos quitó la democracia? se pregunta sugestivamente Javier Eliecer[19]. Dicha responsabilidad el autor se la atribuye, si no exclusivamente, al menos principalmente a la guerrilla – desde luego – y a la intelectualidad peronista para la cual el concepto de democracia siempre valió lo que una contraseña negativa. Si bien el movimiento peronista de base experimentó la horizontalidad asamblearia durante su período de resistencia, las dirigencias y su intelectualidad hicieron del verticalismo un culto como también cosecharon organizaciones autoritarias y cadenas de mando monolíticas. Con respecto a la guerrilla, Eliecer profundiza el argumento que sostiene la enajenación de la primera en relación a la política reduciéndola a una puja de aparatos. En ese sentido, la democracia no era más que un velo para ocultar la dominación de clase (ERP) o un ariete de la burocracia para aletargar al movimiento peronista (Montoneros).

De los peores presagios, sólo podían concretarse realidades infaustas. O sea una profecía que se realiza de tanto desearla. El golpe y la Dictadura son leídos en esa clave, la ausencia de democracia también. "La responsabilidad mayor por su ausencia no reside en fuerzas reaccionarias de actitud previsible sino de aquellas pretendidamente progresistas que deberían haber sido las primeras en evaluar adecuadamente quiénes son los primeros beneficiados de una paz democrática y quienes los primeros perjudicados por su violación" (Eliecer, 1980, p. 22).

[19] Según Verónica Gago (2012), Javier Eliecer es el seudónimo de José "Pepe" Eliaschev quien se exilió en 1974 luego de haber ejercido como periodista en el órgano de prensa de Montoneros, El Descamisado. Con él, está discutiendo Sergio Bufano.

Tanto en el de Eliecer como en los otros artículos relevados, la democracia aparece como contracara de la violencia ciega, como el otro, más allá de los énfasis y las responsabilidades que cada cual le adjudica a las organizaciones armadas. Los matices han quedado expresados, como también los puntos de no retorno: la violencia disociada de la lucha social y política de más largo alcance cuyo corolario consistió en un terrorismo vulgar. En esta revisión, Schmucler introduce como problema el lugar de la enunciación al adoptar el yo y al esquivar la tentación de la "distancia objetiva" característica del intelectual.

Subyacen también en Schmucler y en Controversia, en la revisión y autocrítica por los hechos pasados, la pregunta por la lengua del exilio. ¿Cómo es que se debe escribir a la distancia sin asimilar las cuestiones del exilio a los problemas "verdaderos" del país? Por ese desfiladero camina Controversia, procurando no forjar un país a imagen y semejanza del exilio y evitando, por todos los medios, la disociación "por idealización futura o cristalización del pasado" (Gago, 2012, p. 59). Efectivamente, crujen las identidades de quienes se aferran a un tiempo que inequívocamente se muere con más pena que gloria. Frente a quienes se muestran incapaces de "dar sepultura a ese pedazo de historia sin enterrarse a sí mismos" (Caletti, 1979), Controversia oficia el responso a una etapa como condición necesaria para vislumbrar la reincorporación al país y a la lucha democrática.

1.2 Armas de la crítica secularizadas

> "Es cierto que el arma de la crítica no puede sustituir a la crítica de las armas, que el poder material tiene que derrocarse con el poder material, pero también la teoría se convierte en poder material tan pronto como se apodera de las masas". En torno a la Crítica de la Filosofía del Derecho – K.Marx.

En paralelo y en ocasiones en superposición a la "crítica de las armas", existe en Controversia todo un empeño puesto en revisar, contrastar y despojar de malentendidos las bibliotecas y los presupuestos a los cuales se subordinaron la izquierda latinoamericana y, en particular, la argentina. Valga la aclaración de antemano. No sería correcto asimilar a nuestro objeto con una tendencia iconoclasta en relación a, con perdón de la vaguedad, las ideas de izquierda. La recepción de la crisis del marxismo en Controversia – evidente y connotada cuestión – obedece tanto a un clima de época como a la particular forma de ajustar cuentas con interpretaciones pretéritas donde el eco de los "clásicos" pesan menos que las empecinadas "traducciones" e invenciones criollas.

Entonces, si como rasgo predominante el juicio sobre la violencia pasada resulta categórico, las armas de la crítica son dignas de otro tratamiento en razón de su ineludible tributo a un horizonte de transformación social[20].

El énfasis secularizador en relación a las teorías monistas y providenciales expresa en esta etapa a toda una tendencia intelectual regional y global. Ahora bien, esta empresa conocerá diferentes alcances. Controversia se sitúa en una tercera vía[21] entre quienes siguen empuñando los mismos estandartes teóricos como si nada hubiese pasado y los que liquidan todo pergamino "amarillento" en decidida fuga (y elogio) hacia las incertidumbres democráticas. La operación de esta tercera vía –interpretamos- consiste en desestimar certezas marginales (Borón, 2004), como las que consagraban una y solo una forma de organizar a la clase obrera y sectores subalternos, para mantener en pie una certeza fundamental vinculada a la necesidad de superar al capitalismo más tarde que temprano.

No sólo las izquierdas argentinas y latinoamericanas fueron derrotadas. Hablar de crisis y derrotas del marxismo supone un contexto que involucra a diferentes capítulos y latitudes. Los modelos postulados como alternativas al modelo soviético prontamente entraron en un callejón sin salida. El denominado "marxismo occidental" (Anderson, 1976) en su reclusión académica, en su esoterismo, pudo cosechar prestigio por sus avances investigativos en ciertas capas intelectuales al precio de mantenerse fuera del radar de las clases subalternas. El giro hacia el eurocomunismo propiciado por los PC de Francia, España e Italia no terminaba de persuadir a las masas al tiempo que se diluían las diferencias con la socialdemocracia tradicional tornándose una versión de segunda mano de esta última. El maoísmo, pese a las expectativas despertadas oportunamente, tardó poco en acudir a los vicios y atropellos característicos del modelo soviético. Más acá en el planisferio, la vía chilena y pacífica al socialismo desembocaba en el bombardeo al Palacio de la Moneda evidenciando inconsistencias políticas como también la contraofensiva burguesa a causa de éstas.

Los antecedentes y la coyuntura obligaban a avanzar a tientas, a través de un mapa nocturno. Así, el concepto de democracia proporciona un ancla (Barros, 1987) que facilita la remoción de fetiches teóricos, la desestimación de relatos y modelos otrora

[20] "No estamos planteando aquí una sumatoria de responsabilidades teóricas, sino la posibilidad que se nos ocurre más productiva de seguir apoyados sobre aquel suelo teórico que, pese a todo, sigue conformando nuestro insustituible horizonte de reflexión" (Terán, 1980, p. 20).

[21] Para una tipología de las respuestas de la izquierda latinoamericana ante el reto del paradigma intelectual posdictatorial ver en Barros Robert, *Izquierda y democracia: Debates recientes en América Latina*, México DF, editorial Era, octubre-diciembre de 1987.

canónicos como también la reconciliación entre ética y política. En este sentido, Controversia camina en un terreno movedizo pero a la vez fértil para la creatividad. ¿Es, acaso, el desencanto, como signo inequívoco de la época, el que renovó la pregunta por la política y por lo que se puede esperar de ella? Probablemente, en la medida que sumemos para el caso de Controversia la experiencia (el dolor) de la derrota y la condición exiliar de sus integrantes (Gago, 2012).

Por lo antedicho, Controversia reunía las condiciones para analizar el fracaso del marxismo y del "socialismo real" en razón del proyecto original de estos últimos; esto es "el reino de la libertad" pregonado por Marx devenido en una sociedad despótica. Sin duda, son un conjunto de razones las que pueden explicar este fracaso. Aquí nos interesa, tan solo, alumbrar una de las dimensiones de este problema.

Nos parece correcto comenzar destacando una consideración de orden general. Resuena en la revista con singular ahínco la crítica al leninismo entendido no sólo como la biografía y la obra del revolucionario ruso. La categoría además comprende a las específicas recepciones y usos leninistas por parte de diferentes agrupamientos inspirados por la misma (deliberadamente o no). Por vía de una cadena semántica, leninismo remitirá a la arrogancia vanguardista y la de "los profesionales de la revolución", al descrédito a la democracia formal, a la teoría como instancia ajena del fragor social y político

La teoría leninista se impone en el marco de la Revolución Rusa en abierta polémica contra las corrientes consideradas revisionistas o tradeunionistas acusadas de defección y desviacionismo. Frente a quienes depositaban esperanzas en el parlamentarismo o en la implosión providencial del capitalismo, el bolchevismo leninista opuso la necesidad de un partido de cuadros profesionalizados [22] resueltos a hacer la revolución más que a predicarla.

El núcleo central de lo que aquí denominamos leninismo se explica en el hiato existente entre teoría y clase obrera presente en el *¿Qué hacer?* donde la primera es el elemento activo que se introduce en la segunda en tanto elemento pasivo e inhabilitado para desplegar por sí mismo sus intereses estratégicos (Del Barco, 1980).

[22] Como ya hemos visto, Controversia no rehúye al debate crítico sobre las formas organizativas de las vanguardias políticas argentinas. El "partido leninista de profesionales" tuvo su traducción en diferentes destacamentos, grupos y organizaciones armadas. Bufano (1980) sostiene que el centralismo democrático y el profesionalismo político produjeron una nociva ideología de cohesión y enajenaron a los "liberados" del trabajo y la vida cotidiana. "Este fenómeno crea, al pasar los años, una relación económica aparato-militante que influirá – en algunos casos conscientemente y en otros no -, en el pensamiento político del sujeto (…) Como un empleado (que ha olvidado su profesión a fuerza de no ejercerla), el militante comienza a desconfiar de toda innovación que pueda "dejarlo en la calle"…" (Bufano, 1980, p. 35).

> Hemos dicho que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Esta sólo podía ser introducida desde fuera. La historia de todos los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista (…) En cambio la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que han sido elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, los intelectuales (Lenin, 2004, p.127).

Con el tiempo y en respuesta a las críticas, Lenin limitó la validez del *Qué hacer* al contexto en el cual fue escrito, es decir, inscripto estrictamente dentro de un debate determinado del movimiento revolucionario europeo a principios del siglo XX. Pero lo cierto es que estas precisiones no absuelven al leninismo de sus consecuencias. Como bien señala Oscar del Barco, "lejos de ser ideas-en-sí las ideas de Lenin son ideas-fuerzas que devienen en actos concretos" (Del Barco, 1980, p. 21).

A su vez, es esta relación de exterioridad entre teoría y política lo que le ha valido todo tipo de querellas al leninismo. Si el Marx original recomponía el vínculo roto por la ciencia burguesa entre teoría y política[23] situando a la primera como forma de la segunda y a ésta como constitutiva de aquélla, el leninismo invertía estas coordenadas. Al consagrar su eficacia a partir de sus lógicas internas, el leninismo aporta lo suyo para autonomizar a la teoría (Del Barco, 1980).

Caletti identifica estas características del leninismo en los foquismos nacionales con la salvedad de extender esta denominación al conjunto de las vanguardias radicalizadas, razón por la cual va a hablar – con cierta provocación - de focos armados y focos desarmados. El denominador común de estos focos sería la reconversión del marxismo en filosofía idealista a causa de una "indigestión marxista a través de cierto leninismo" (Caletti, 1979, p. 18).

Los focos hicieron suyas, prácticamente sin mediaciones, las teorías del estado y del partido leninistas representando en combo dos caras del mismo proceso de inversión del marxismo. Concibieron al estado como un aparato sobrepuesto al conjunto de la sociedad donde su función de legitimación se reducía a su mínima expresión desnudándose en su aspecto coercitivo, la mera máquina puesta a garantizar

[23] Obviamente el epígrafe que encabeza esta sección tampoco atestigua esta función totalizadora de la obra marxiana resuelta a abolir la escisión entre teoría y práctica cuya sombra ha cubierto a la abrumadora mayoría del pensamiento occidental.

exclusivamente el proceso de acumulación de riquezas. Una interpretación como ésta claramente se ajustaba a los casos coloniales tercermundistas donde el estado representaba una losa para naciones y sociedades que comenzaban a balbucear sus nombres. Al acudir a esta visión obrando en consecuencia, los focos enajenaron la teoría de la realidad renunciando a concebirla como una totalidad social (Caletti, 1979).

Por su parte, la adopción de la teoría leninista del partido también implicó derivaciones dramáticas. Digámoslo de este modo. Si el saber intelectual-burgués supeditaba a la práctica espontanea-obrera, la tendencia convertía a la segunda en apéndice del primero. Por añadidura, se emplazaban las condiciones para la unilateralidad en lo que respecta a la elaboración de la teoría revolucionaria. De la dirección al partido y de éste a la clase[24]. Nunca a la inversa. La coronación de esta secuencia radica en establecer el criterio de autoridad como criterio de verdad. La organización, en su carácter de poseedora de un saber científico, postula sus verdades sin miramientos de modo tal que la acción política se reduce a un ejercicio didáctico o a la demostración a fuerza a través de ejemplos esclarecedores como pueden ser las expropiaciones o las ejecuciones.

Amén de calibrar las aventuras de los marxismos nacionales, Controversia hace lugar en sus páginas a autores europeos que sitúan la cuestión teórica en otra escala. Se destacan especialmente los españoles Paramio y Reverte quienes entablan un profuso debate con Del Barco[25]. El núcleo básico de coincidencias entre los españoles y Controversia radica en reconocer el fracaso del socialismo real y la incapacidad del marxismo para ofrecer una idea de transición al socialismo menos traumática e indeseable que la leninista. Junto a esta última se sumaría, también, la asincronía entre teoría marxista y los sistemas de representación vigentes.

Para reconciliar estas instancias, los autores españoles entienden que es menester la construcción de nuevos órganos teóricos marxistas orientados a una contraofensiva ideológica. Nótese la referencia plural en relación a los "proveedores" de teoría. En esta consideración, claramente, queda desdibujado el otrora monopolio teórico del partido leninista. "Del partido sujeto de la historia se pasaría al partido resultado de la historia" (Gago, 2012, p. 69).

[24] Esta integración vertical podría completarse con el culto a la personalidad, es decir, con la figura del Egócrata en palabras de Solzhenitsyn (Lefort, 2004).

[25] Para una reconstrucción de este debate ver en Gauna Juan, *Indagaciones sobre la crisis del marxismo en la Revista Controversia*, Buenos Aires, Revista Afuera, estudios de crítica cultural, noviembre de 2015.

Del Barco da un paso más allá al sostener que de ningún modo la crisis del marxismo se deduce por un déficit teórico. Es que situando "a la teoría como el elemento central de la crisis se corre el riesgo de que se esfume la raíz política de la misma" (Del Barco, 1979, p. 12) Y la crisis política abarca al leninismo como también a la socialdemocracia en tanto vertientes pretendidamente portadoras de saberes mesiánicos. Para Del Barco la reconversión del marxismo en una teoría (omnisciente) ha sido sino el origen de todos los males, la explicación de su desvalorización ideológica.

Acudiendo a una definición normativa, Del Barco sostiene que el marxismo es o debiera ser las formas teóricas de ser de las clases explotadas. O, de otro modo, el efecto teórico, más que la causa, de las luchas populares. No hay problema epistemológico que valga en esta connotada crisis del marxismo. Por lo tanto la solución no radicaría en corregir los aspectos ominosos o en fundar nuevos paradigmas como sugieren Paramio y Reverte. El marxismo y cualquier paradigma transformador que se precie de tal tienen que rendirse ante la evidencia empírica que indica la presencia de sujetos revolucionarios no pensados por ninguna teoría e insumisos ante los pretendidos partidos de vanguardia. Ejemplos de esta "insumisión" son los movimientos feministas, ecológicos, pacifistas, juveniles y obreros por fuera de los radares de las izquierdas tradicionales.

Al comentar la polémica, Terán sostiene que tanto uno como otros convienen en entender al marxismo, sin más, como un "análisis crítico de una formación social con vistas a su transformación" (Terán, 1980, p. 20). Se trata, en todo caso, de esquivar tentaciones pasadas cuando se pontificaba al marxismo como un sistema autosuficiente, cerrado sobre sí mismo y opuesto por el vértice al universo del discurso burgués. Se trata de salvar al marxismo de sus lecturas sacralizadas como de quienes apostaban simplemente a la separación entre Lenin y Marx, es decir, al trillado y crónico "retorno a los orígenes"[26]. Terán va a hablar de un producto "teratológico": la marxología. Se refiere a aquellos que se aferran a una lectura sacralizada para mantenerse a resguardo de las miserias políticas del presente absolviendo, de tal modo, a la teoría y a Marx de sus profanadores. Empero este escolasticismo, entiende Terán, de poco ayuda a la renovación teórica.

[26] Con motivo de su muerte, Controversia reproduce en su número 6 una entrevista a Nicos Poulantzas en la cual repasa diferentes aspectos de su obra. Poulantzas sostiene que la separación entre Marx y Lenin es válida en lo referido a la apreciación de las instituciones democráticas aunque también advierte que frente a los nuevos problemas las respuestas no se agotan ni en Marx, ni en Lenin, y ni siquiera en Gramsci. Sin dejar de valorar sus aportes, a este último lo ubica como el principal artífice de la estrategia leninista en Occidente.

La redefinición del estatuto teórico del marxismo radica en comprenderlo como una "caja de herramientas"[27]. Desde esta perspectiva sugerida por Terán, se desdibuja la instancia de la totalización de raigambre hegeliana en provecho de la plasticidad y de considerar privilegiadamente los puntos de fuga. Este giro tampoco estará exento de una reconciliación entre ética y política (volveremos sobre esto más adelante). Al igual que la totalización, la instancia de la centralidad también es sometida a revisión. Muy especialmente, encontramos en Controversia el interrogante en torno a la vigencia de la dupla base-superestructura como principio explicativo de la sociedad y la historia.

Nuevamente Terán y Schmucler[28] sientan su posición al respecto. Para este último, "la idea de que un asiento económico y, la estructura, es el sustento sobre el que se montan (determinándolas) las diversas formas en que se organizan las instituciones más variadas de la sociedad concreta, dio lugar a simplificaciones que hoy resultan intolerables" (Schmucler, 1980, p. 15). Inscribimos en esta saga de simplificaciones al concepto de Estado entendido como "gerencia institucional de la burguesía", a las ideas liminares que le atribuyen centralidad ontológica al proletariado (Lesgart, 2003) y subliman a la lucha de clases como "motor de la historia". Se suman también aquellas simplificaciones que permiten, sin miramientos, hablar de un estado burgués u obrero, de una democracia burguesa u obrera o hasta incluso de un arte burgués o proletario y así sucesivamente.

Este interrogante, que identificamos en Controversia, en torno a la validez de la dupla base-superestructura apunta, especialmente, tanto al marxismo ortodoxo como al "economismo" (Williams, 1980). Ambos entendieron a la fuerza productiva de un modo muy limitado fraguando al mismo Marx. Concibieron a la producción económica como la única producción material, cuando, a partir de Marx en La Ideología Alemana, la fuerza productiva debería ser concebida como "todos y cada uno de los medios de producción y reproducción de la vida real". Esta limitación colabora con la idea errada de un "mundo autosubsistente" de fuerzas productivas y con la idea de que existen

[27] En "De socialismos, marxismos y naciones", del número 7 de Controversia, Terán acuñaba la imagen braudeliana "pueblo de modelos" para metaforizar la renovación del marxismo. En "Algún marxismo, ciertas morales, otras muertes" (Controversia, n° 14), Terán se corrige a sí mismo y acude a esta construcción de Wittgenstein.

[28] Que existan denominadores comunes en Controversia no la exime de las tensiones y debates internos, en especial, cuando se pasa del plano abstracto al análisis de coyuntura. En el número 14 Sergio Bufano polemiza con Schmucler matizando sus afirmaciones. "Es posible que la división entre estructura y superestructura, como dice Schmucler, haya dado lugar a simplificaciones intolerantes (sic); pero ¿acaso podría desmentirse que en nuestro país, junto con el empeoramiento y la crisis económica, se ha producido un retroceso en toda la concepción de la cultura?" (Bufano, 1981 p.16).

actividades materiales y otras que no lo son. Raymond Williams (1980) fue quien advirtió esto al cuestionar el lugar que el economismo le reservaba a la cultura. La apuesta de este autor consiste en parar la teoría sobre sus dos pies, reconociendo que no existen actividades humanas materiales o estructurales y otras sin relevancia, sino que por el contrario todas son elementos de un mismo proceso social total que "conllevan intenciones y condiciones específicas" y es menester romper el aislamiento de las mismas derribándolas del "reino de las artes y las ideas" donde las han proyectado (Williams, 1980).

Tampoco han despejado el "equívoco economicista" quienes sofisticaron el edificio teórico a través de la "huidiza última instancia". Pasaron de una determinación automática, total o causal a otra de una naturaleza distinta en la cual la primacía se expresaría en la fijación de límites, en el diseño de condiciones de posibilidad sobre las cuales se sobrepondrían las formas subalternas de la ideología y de la política. La realidad es la que se muestra insumisa ante este esquema remozado dado que no es posible "desagregar dichos elementos sin aniquilar el objeto de estudio" (Terán 1981, p. 17). Para Terán el par base-superestructura no se debe sostener ni siquiera por razones didácticas. Superar esas aporías representa un prerrequisito para asimilar concretamente, siguiendo a Gramsci, el contenido económico-social y la forma ético-política.

Al introducir la variable ética como parte constitutiva de la teoría, se habilita la posibilidad de disolver o superar los dilemas concomitantes al marxismo, su historia y a las experiencias del socialismo real. De estos dilemas el que nos interesa aquí es el que anuda al concepto de democracia con la teoría marxista y el socialismo más en general. Y muy especialmente nos interesa identificar los presupuestos que sobre el particular Controversia irremediablemente deja atrás.

1.3 Dilema y duplicidad en torno a la democracia y el socialismo

Hemos visto hasta aquí el empeño puesto por los integrantes de Controversia en ultimar presupuestos y experiencias que los tuvieron como protagonistas. Las vanguardias y la metafísica marxista fueron inequívocamente objetos de embates teóricos con el objetivo de producir una autocrítica y nuevos interrogantes. La reactivación de la relación entre democracia y socialismo se lleva a cabo con un sentido similar, reconociendo los límites y los vicios en los cuales incurrieron las tradiciones peronista y socialista respectivamente. El ejercicio se lleva a cabo como si se antepusiese el "nobleza obliga"

señalando previamente contradicciones y prejuicios pasados, contemporáneos, propios y ajenos.

Decíamos también que en los primeros años del exilio la posición de Controversia lejos estaba de ser hegemónica. Que a fuerza de comprobadas lealtades y recursos, las posiciones montoneras en torno a una contraofensiva y a un desenlace revolucionarios seguían cosechando importantes adhesiones. Incluso conspicuos referentes del eurocomunismo, como el español Fernando Claudín (1977)[29], seguían especulando, pese a las evidencias, con la vía armada al socialismo en América Latina. Las transiciones al socialismo menos traumáticas quedaban reservadas a las regiones del mundo más desarrolladas. La democracia había sido en estas latitudes o bien la historia de un fracaso (Paz, 1982)[30] o un subterfugio táctico para la tradición socialista revolucionaria.

La vista gorda ante los regímenes del este como la ubicación de la democracia en un plano productivista produjeron en el socialismo una laceración ética (Aricó, 1980). Durante décadas, muchos socialistas se vieron inmersos en flagrantes contradicciones, reclamando en sus países aquello que ni de cerca existía al otro lado de la cortina de hierro. O también plegándose con oportunismo a ciertas tendencias o reivindicaciones desmintiendo trayectorias y posicionamientos previos. A esta manipulación, Terán la denomina "simultaneidad ambigua". "Una de las formas de su ejercicio es la que practican quienes, por ejemplo, valoran al mismo nivel y simultáneamente a Fidel Castro y a Solidaridad, cuando es público que el dirigente cubano justificó ex ante la intervención soviética en Polonia (Terán, 1981, p. 18).

Para Aricó emprender la discusión sobre la democracia en el marco de la crisis del socialismo, exige un "mínimo de buena fe", un reconocimiento histórico sobre el estatuto político y teórico de la cuestión en la tradición socialista revolucionaria. Mientras la III Internacional fue hegemónica, los movimientos revolucionarios dirigidos por ella incurrían en una duplicidad en relación a la democracia[31]. Se la evocaba para sumar sectores para la causa pero se la despreciaba al vislumbrar una transición al socialismo signada por la dictadura del proletariado (que finalmente terminaba siendo una dictadura de la burocracia).

[29] Este posicionamiento se reconstruye en Giller (2014).
[30] Ibíd.
[31] "La lucha democrática y socialista por un "nuevo" tipo de democracia, no es sino un burdo disfraz de un astuto plan de captura del poder en lugares donde el partido comunista constituye una minoría incapaz por sí sola de arrastrar al conjunto de fuerzas democráticas detrás de consignas como las de "dictadura" del proletariado". (Aricó, 1980, p. 15)

La piedra angular de estos comportamientos radicaba en el repertorio leninista sobre la democracia. Primeramente, se la consideraba un disfraz burgués y por lo tanto una democracia burguesa. Con el tiempo se fue depurando esta idea inicial bajo el axioma que sostenía que "el socialismo supera a la democracia". La otra versión estilizada consistió en la homonimia, esto es igualando una categoría con la otra. Esta indiferenciación categorial trajo como resultado una tensión irresuelta al interior del movimiento socialista. Celosos de la democracia, los socialdemócratas relegaron al socialismo. Anteponiendo el socialismo por sobre la democracia, los comunistas emplazaron una autocracia. "Lo que quedó es cualquier cosa, pero nunca socialismo" (Aricó, 1980, p. 15).

No obstante durante el inmediato período de posguerra existieron procesos de transición en los cuales el pluralismo cultural e ideológico tenía lugar. Las denominadas vías nacionales sentaron un precedente con respecto a una dialéctica entre democracia y socialismo donde el segundo no apagaba a la primera, donde se garantizaba la participación ciudadana en la administración del estado, en el partido y en los establecimientos productivos. La ortodoxia soviética no tardó en sofocar "estos malos ejemplos" y en restituir el statu quo.

Según Aricó el problema no es que los comunistas sean malvados sino el modo en que se asume la propuesta de transición al socialismo. La misma al pretender la transformación anticapitalista de una formación social determinada empoderaba al Estado a un límite tal que adquiría una presencia decisiva en todos los ámbitos de la vida pública. Es esa intervención la que terminaba ahogando a los canales de participación. Allí radicaba el dilema por el cual pan y democracia se convierten en polos excluyentes (Aricó, 1980).

La izquierda latinoamericana quedó presa de este dilema durante mucho tiempo. La justificación del socialismo real en base a sus presuntas conquistas habilitaba a soslayar un sinnúmero de privaciones vinculadas a la libertad de expresión, al pluralismo, al debido proceso, etc. La implacabilidad de los hechos ha demostrado el círculo vicioso por el cual a mayores privaciones de las libertades, mayor enajenación con respecto al "proyecto histórico de la clase" (Aricó, 1980).

El desafío por articular democracia con socialismo incorporando el pluralismo no se podía encarar sin "cuestionar radicalmente todas las experiencias socialistas concretas" (Aricó, 1980, p. 15). También resultaba imperativo el cuestionamiento tajante al armonicismo que proyectaba la teleología socialista, ésa que depositaba en la sociedad

comunista el fin de la lucha de clases y la que permitía el pasaje de lo complejo a lo simple. El "socialismo real" agita la fantasía del Pueblo-Uno (Plot, 2012) pretendiendo borrar todo signo de conflicto. Para proteger entre algodones esa sociedad conciliada consigo misma, desde la cúspide del poder se ofrece un variopinto de microcuerpos que hipertrofian la sociedad civil. Nucleamientos de artistas, juventudes y profesionales, órganos de base y de defensa revolucionaria, socorros mutuos junto a los consabidos compañeros de ruta. Desde estos espacios se ha ejercido la profilaxis social (Lefort, 2004).

No existe "democracia real" en la proyección de una sociedad conciliada consigo misma. Tampoco existe "democracia real" como punto de llegada, como resultado de la destrucción del capitalismo, "como un derivado que surge necesariamente de una estructura" (Portantiero, 1980, p. 23). Tampoco se devela ese misterio buscando la respuesta adecuada al quién o al quiénes ejercen el poder soberano. La pregunta por la forma y el contenido de la democracia, planteada de modo tajante, se revela como un debate bizantino.

Veíamos con Barros (1987) que frente al reto democrático de los 80, las izquierdas intelectuales o bien mantenían vigente la disyuntiva democracia formal-democracia sustantiva o bien se rendían ante la forma democrática de cuño liberal – la poliarquía – resignando el socialismo. Señalamos también con anterioridad que Controversia se inclinaba por una tercera vía resuelta a congeniar ambos términos, a reactivar una dialéctica por la cual socialismo y democracia se estrechan las manos incorporando al pluralismo como un valor irreversible.

Queda claro la revaluación de la voluntad política frente a ese "dios oculto" de las estructuras. Pero, ¿qué quedan de estas últimas, en el análisis, para tomar dimensión de las frustraciones pasadas y de, por ejemplo, el contexto dictatorial? Como hemos planteado con anterioridad, las estructuras sobreviven como límites y en relación a la democracia, Portantiero (1980) plantea como idea la mayor o menor compatibilidad entre ciertas formas de producción material y ciertos regímenes políticos. Pero compatibilidad no significa isomorfismo.

El ejemplo que brindan las dictaduras latinoamericanas es esclarecedor para desandar esa pretendida correspondencia automática entre capitalismo-liberalismo-democracia. El capitalismo para realizarse a sí mismo sólo necesita lo que tiene de burgués el estado de derecho. Esto es, la libertad de contratación, comercio e industria (Preuss, 2011); la mera existencia de ciudadanos jurídicamente iguales, una fuerza de trabajo disponible

para ser asalarizada. Por eso es que puede funcionar con cierta normalidad rodeado de campos de concentración. Esta conclusión, de significado histórico, permite observar que la democracia ha sido una producción y una conquista de las clases populares. De acuerdo a Portantiero, al permitir su autoconocimiento, la lucha democrática no ha sido para la clase obrera una mera argucia táctica sino más bien una instancia para su constitución como clase (Portantiero, 1980).

La democracia como problema habilita, a todas luces, un trabajo de distinción. En primer lugar, el lugar de las "estructuras" fijando límites y no determinando de una vez y para siempre ordenamientos políticos predestinados. También la distinción entre socialismo y democracia a sabiendas que el primero no subsume a la segunda como tampoco la figura del productor subsume a la figura del ciudadano.

Esta tarea de esclarecimiento se remonta también a los confines de la tradición socialista revolucionaria. Portantiero recupera la obra de la revolucionaria polaca Rosa Luxemburgo en ese sentido, para desestimar tanto al "cretinismo parlamentario" como al "cretinismo consejista". Rosa Luxemburgo propuso terciar ante el dilema planteado entre Kautsky y Lenin. El primero al priorizar el parlamento terminaba sacrificando al socialismo ante el altar de la "democracia burguesa". El segundo al priorizar los consejos, entregaba las libertades políticas a manos de un gobierno de un puñado de personas, "una pandilla". Según la reconstrucción de Portantiero, Luxemburgo introduce y refrenda la importancia de los derechos políticos y del sufragio para la elección de autoridades revolucionarias. Y estas libertades tienen que asistir a los sujetos más allá de las prescripciones que la ortodoxia suele delimitar. Las libertades de prensa, de sufragio, de reunión ilimitada son tales en la medida que las pueden ejercer quienes piensan de modo distinto. De otro modo, el proceso revolucionario se va agotando al tiempo que se reprime la disidencia o se apaga la participación de las masas. En ese marco, fueron las burocracias partidarias las que terminaron sustituyendo la efervescencia inicial invocando una participación revolucionaria más proclamada que realmente verdadera.

De este último recorrido sacamos en limpio dos elementos. Controversia desmitifica a la tradición socialista revolucionaria y a los regímenes del socialismo real que presumieron democracia cuando en realidad acudían a un uso instrumental de este concepto a la par que ejercían despóticamente el poder aplastando la diversidad. En segundo lugar, se deja sentada la premisa por la cual la democracia no es coextensiva al capitalismo (Montaña, 2014). La coyuntura y la diáspora latinoamericanas representan

para Controversia una dramática comprobación. Los derechos humanos son "teóricamente innecesarios" (Aricó, 1980) para el proceso de acumulación capitalista.

Este divorcio entre economía y política también se comprueba en los confines de la organización nacional. La nación autoritaria fue tal en tanto existía un notorio desfasaje "entre los sujetos sociales capaces de producir la nación y su misma necesidad de no ampliar la participación en busca de un consenso legal que francamente desdeñaba" (Terán, 1980, p. 9). La inserción dependiente del país en división internacional del trabajo implicaba centralización estatal y sofocamiento de cualquier atisbo de rebeldía que pudiera alterar esa hoja de ruta.

No es de extrañar, entonces, la profunda animosidad de la dirigencia oligárquica con el concepto de democracia asimilado, sin medias tintas, al caos social. Efectivamente, la República ideal alberdiana tenía que esperar por tiempo indeterminado mientras tanto la República posible evidenciaba un proceso de modernización acelerado ajeno al pluralismo y a las libertades políticas. La crítica a la generación del 80 no excluye, según Terán, una mirada crítica sobre la supuesta "democracia de las lanzas" encabezada por los caudillos federales del interior. Necesariamente, la crítica se extiende al revisionismo histórico, quienes en el afán de impugnar a la historiografía oficial construyeron un relato complaciente con los perdedores y sus resistencias.

Sobre la preponderancia de la dimensión estatal en los Estados Nacionales se va a referir también Aricó extendiendo el análisis a América Latina. Si para Aricó, América Latina es una unidad problemática (Aricó, 1981) lo es en tanto herencia colonial a superar y en cuanto a una ascendencia estatal determinante que irradiaba su influencia sobre las clases sociales. Es, en suma, el estado performando a la sociedad y constituyendo la nación. Son estas condiciones particulares las que, a juicio de Aricó, van a explicar la "adecuación" del "esquema leninista" en ciertas izquierdas. Hablamos de la coexistencia de atraso y modernidad en América Latina, del connotado desarrollo desigual y combinado, y de la necesidad de capturar el poder estatal descansando en una fuerza política y un liderazgo cohesionados a falta de una clase obrera organizada a la usanza europea. Por estos motivos, Aricó se divertía llamando a América Latina como un "continente leninista" (Giller, 2014).

Hemos rastrillado hasta aquí los números de Controversia con un objetivo claro. Las experiencias e ideas sometidas a revisión no se comprenden cabalmente si no la situamos en el marco de nuestro interrogante principal. Nos preguntamos por la

democracia, por el concepto de democracia aceptando el reto de la plurivocidad (Koselleck, 1993). Convenimos también de antemano en mensurarlo alejándonos de cualquier tentación normativista. Asumimos entonces la cuestión democrática en Controversia como una gramática abierta a la cual reportan problemáticas vinculadas directa o más indirectamente. Tanto la crítica al leninismo como la revisión de la experiencia armada, por mencionar dos de los tópicos analizados, han representado en este capítulo asuntos transversales al concepto de democracia dando cuenta así – parafraseando a Lechner – de uno de los patios interiores de Controversia.

Huelga aclarar que este ha sido nuestro primer paso. En el connotado pasaje que va desde la revolución a la democracia (Lechner, 1990), nos ocupamos en este primer capítulo de la deconstrucción del primero de estos dos términos. Controversia pone de cabeza todos y cada uno de los elementos teóricos y prácticos que sostuvieron la empresa foquista y de izquierdas en Argentina y en América Latina. Esta lectura exhaustiva y, a su vez, comprometida de los setenta le provee al clima de época intelectual de los ochenta un saldo desde el cual construir y sintetizar el debate sobre la democracia. Entiéndase que no hablamos de una secuencia cronológica, al menos no para Controversia donde la discusión se da simultáneamente.

A su modo, Controversia se hace cargo y hasta anticipa las antítesis[32] que cincelaron a la crítica intelectual de los 80. Se vieron también atravesados por su propia "historia interna" y por otra externa (Rabotnikof, 1992). La primera alude a la crisis del programa del marxismo junto a su reduccionismo economicista y su teleología. La segunda alude, lógicamente, al ciclo de las dictaduras pero también a la aparición de nuevas demandas y movimientos sociales. También la reflexión democrática en Controversia responde a la semblanza común de la etapa. "Encarnada en el ensayo como género, recuperando derroteros generacionales y haciéndose cargo de la crisis de los fundamentos de su propio programa de investigación, adopta un tono prescriptivo, vuelve a poner sobre el tapete la relación entre ética y política..." (Rabotnikof, 1992).

La literatura especializada[33] consagra al Seminario "Las condiciones sociales de la democracia" organizado por CLACSO, en Costa Rica en 1978, como el puntapié inicial sobre la discusión del orden democrático en la región. También se sostiene que desde entonces el concepto de poliarquía se comenzaría a usar como sinónimo de democracia.

[32] Rabotnikof identifica al menos tres antítesis que encarnarían lo nuevo y lo viejo. A saber: guerra-orden, acuerdos estratégicos-pactos fundacionales, límites de la política-política productiva.
[33] Ver en Rabotnikof (1992), Lechner (1990) y Lesgart (2003).

Es decir, prevalecieron los aspectos formales del concepto por los sustantivos o, en otras palabras, la ponderación de las reglas de juego sobre el ejercicio directo de la soberanía popular. Signos inequívocos de un nuevo programa de investigación donde además cabía la cuestión del buen orden y del realismo político como también la determinante influencia de la mencionada historia externa tallada por décadas de autoritarismos y fluctuaciones institucionales[34].

No obstante la asimilación democracia igual poliarquía lejos estuvo de ser el único sentido atribuido al primero. Más bien se trató de una hegemonía parcial al cabo de una serie de intentos fallidos (Reano, 2011) por alcanzar definiciones más equilibradas, con mayor presencia de aspectos sustantivos. Podemos decir que Controversia ha sido uno de esos intentos. Hemos sobrevolado los esfuerzos de Aricó y Portantiero por suturar el concepto de democracia con el de socialismo y los retomaremos en el capítulo tres cuando aquéllos se contrasten con sus pares peronistas.

Coincidimos con Reano en caracterizar a Controversia como la antesala de los debates de la transición propiamente dicha. Más aún, podemos complementar esta descripción con la figura de la bisagra con la cual se articulan los núcleos problemáticos de los setenta y los ochenta. Tomamos prestado su argumento que sostiene la productividad de recuperar el concepto de democracia en su polisemia y las resistencias a clausurar su significado. Nuestra diferencia es la línea de corte. Para Reano Controversia es su "punto de partida" (2010, p. 34), en cambio para nosotros es nuestro punto de llegada y objeto de análisis. Ella prolonga sus argumentos más allá de Controversia y del exilio hasta llegar a la transición democrática. En oposición, nuestro trabajo se aproxima más al de Gago (2012) a quien ya hemos citado precedentemente. Ambos, formulando diferentes preguntas, limitan sus alcances a Controversia.

Tal como afirmamos, el debate sobre la democracia es posible toda vez que Controversia identifica a sus *otros* sin miramientos (Garategaray, 2015). Hablamos por un lado del exilio armado y, por el otro, de la Dictadura Militar. Hasta el momento, nos ocupamos de esta primera interlocución que desde luego no se agota en el exilio montonero sino se extiende el balance a toda una experiencia generacional de la cual los integrantes de Controversia formaron parte. Como dice el epígrafe que encabeza este capítulo, buscamos interrogar al "monstruo" que yacía al interior del campo popular.

[34] Ibíd.

Nuestro segundo paso consistirá, justamente, en pesquisar la impugnación de Controversia al proyecto dictatorial. Más allá de la dramática denuncia al terrorismo de Estado y su "máquina de masticación de cuerpos" (Lesgart, 2002, p. 164), existe también una impugnación a las pretensiones políticas, de mediano plazo, del poder dominante. Hablamos de la supeditación institucional al imperativo económico-neoliberal como de la alineación internacional. Incluimos, desde luego, las tensiones existentes entre voceros oficiales y oficiosos alrededor de la apertura política que el bloque de poder proyectaba para sobrevivir en el tiempo. Contrapuntos surcados al calor de una corriente internacional resuelta a desprestigiar a la democracia, a atribuirle elementos distorsivos para el desempeño de las fuerzas del mercado. Nos referimos naturalmente al pensamiento neoliberal cuya fase ascendente resulta contemporánea a nuestro objeto de estudio. De ese modo, se amalgaman diferentes problemáticas que reportan a nuestros intereses y tensionan el concepto de democracia.

Estas alteridades junto a la condición exiliar representan "topos de unidad" para los integrantes de Controversia (Garategaray, 2015). Al destierro también hay que sumarle la posibilidad que significó para muchos intelectuales de conocer e intercambiar ideas con colegas de otros países de la región[35]. Con el correr del exilio, muchas de estas marcas de identidad comenzaron a diluirse y a cobrar relevancia las diferencias en torno al ideal democrático. Anticipando las discusiones del retorno al país, una pregunta resuena en las páginas de Controversia. "¿Podría afirmarse que todos los que estamos hoy por la democracia compartiremos mañana las mismas trincheras?" (Caletti, 1980, p. 27). En base a estas previsiones y debates desarrollaremos el tercer capítulo de esta Tesis completando así lo que hicimos hasta ahora.

[35] Para un análisis de este fenómeno ver en Montaña, M. J. (2014) La "latinoamericanización" del exilio mexicano: El caso de la revista Controversia. Para el examen de la realidad argentina [1979-1981] [en línea]. II Jornadas de Trabajo sobre Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX, 5, 6 y 7 de noviembre de 2014, Montevideo, Uruguay. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.3985/ev.3985.pdf

Capítulo 2. El examen de la realidad autoritaria.

> "Hoy la derecha y, en particular, las dictaduras militares desafían a la democracia, hoy la democracia es un desafío para la izquierda" (De Ípola, 1980, p. 32)

Entre finales de 1979 y principios de 1980, la Dictadura Militar comenzaba una nueva etapa marcada por una aspiración. Dicha aspiración consistía en marcar la cancha para el futuro político del país. Con ampulosidad, sus voceros oficiales y oficiosos convocaban a un diálogo con el sector civil. Claro está que ese diálogo al cual se convocaba contenía prerrequisitos, exclusiones y una hoja de ruta "tallada en piedra". Se buscaba, por un lado, ampliar la base de sustentación política para convalidar los cambios económicos y sociales producidos y los que estaban en curso. Un diálogo frente a hechos consumados al cual sólo se prestarían los "pseudos dirigentes" tal como destacaba un documento de la Confederación Socialista Argentina[36].

A la distancia, obviamente, observamos que esta aspiración de la Dictadura estuvo muy lejos de concretarse. El ocaso de la Dictadura y su día después se asemejó más a una implosión que a un repliegue ordenado con condicionamientos. Esta reflexión hay que tomarla sin descuidar el poder residual de las Fuerzas Armadas durante la década del 80 y sus pronunciamientos que mantuvieron en vilo a la democracia naciente.

Empero si nos situamos en el momento específico y particularmente en los análisis de Controversia, vamos a encontrar pronósticos pesimistas[37] en el sentido de vislumbrar las salidas posibles a la Dictadura. Una democracia restringida se presentaba como el escenario más probable para el día después. Esta interpretación era alimentada con análisis de política económica e internacional. También la teoría política ocupaba su lugar como instancia de comprensión global.

Para 1980 todavía el poder omnímodo de la Junta se hacía sentir y lejos de representar una concesión, la "apertura" representaba una muestra elocuente de cómo conservaban

[36] La referencia corresponde al documento "Construyamos una Argentina democrática y popular" reproducido íntegramente en los números 11 y 12 de Controversia.

[37] Este pesimismo se manifiesta con mayor claridad en torno a la posibilidad de juzgar las violaciones a los derechos humanos. "Tendremos que aprender que en la Argentina, al menos por largo tiempo, no habrá otro Núremberg, y que las batallas que se libran y se librarán en el futuro próximo no tienden a él" (Schmucler, 1980, p. 4). "Porque ése es un pasado que no puede borrarse, aunque todavía no existe la fuerza suficiente para imponer lo que Schmucler llama un Núremberg" (Pedrozo, 1980, p. 15). (...) toda la sociedad civil ha sufrido una experiencia traumática que no querrá repetir; y, además, porque las FFAA que produjeron esa experiencia de terror no pueden, *no podrían jamás* (…) aceptar un cuestionamiento a su actuación puesto que ello implicaría un juicio de Nuremberg" (Bufano, 1981, p. 15) (cursiva en el orginal).

la iniciativa. Con los partidos políticos proscriptos y con los sindicatos atados de mano, la abrumadora mayoría de las decisiones estaban concentradas en poquísimas manos. Los movimientos que comenzaban a despuntar radicaban al interior de las tres armas en relación a ciertos aspectos del modelo económico y a los tiempos del proceso político. Fenómeno comprensible que ciertas contradicciones sean absorbidas en un mismo polo de poder a falta de alternativas canalizadoras.

Suele afirmarse que, durante la Dictadura, la política prosiguió a la economía o que "el programa económico y el proyecto político (…) son sólo una misma cosa" (Ábalo, 1979, p. 26). Ese programa-proyecto se caracterizó por el desplazamiento de un modelo con eje en el trabajo – y sobre todo en la industria – por un "modelo financiero y de ajuste estructural". Durante más de 40 años de desarrollo industrial, Argentina había cosechado una estructura económico-social donde la clase trabajadora en alianza con ciertos sectores del empresariado local era un actor de relevancia, donde los ciclos expansivos de la economía se retroalimentaban con los aumentos salariales y el fortalecimiento del mercado interno, donde se había institucionalizado la protección al trabajo y al valor agregado nacional restringiendo o morigerando la fuga de divisas.

Contra esa homogeneidad por abajo como anverso de una heterogeneidad por arriba (Villareal, 1985), se rebeló la dictadura. Propusieron y lograron disciplinar a ese mundo laboral cohesionado y contencioso a los efectos de sellar de una vez y para siempre la posibilidad de una inserción soberana en la económica internacional. Debían descentrar a la clase trabajadora, al salario como factor multiplicador del ciclo económico, bajo el influjo de la teoría de las "ventajas comparativas estáticas", para auspiciar un proceso de concentración y centralización del capital como también una transferencia de ingresos del trabajo hacia las fracciones dominantes. Esta dinámica de acumulación supuso para la crema del poder económico una mayor integración con el mundo de las finanzas internacionales comprometiendo al conjunto de la economía y llegando al punto de transferir el endeudamiento externo al Estado (Aspiazu et al, 2004).

No sólo trastocaron las relaciones interclases. El disciplinamiento al interior de las clases propietarias también estuvo a la orden del día. La burguesía agraria y la gran burguesía industrial se impusieron frente a las actividades intensivas en mano de obra y comprometidas con los ciclos de la economía doméstica. Se buscó diseñar un perfil de especialización para la industria, en el cual sólo cabían las actividades intensivas en capital con capacidad exportadora y con escaso valor agregado. Es decir se impusieron los bienes intermedios por sobre los bienes de capital y los de uso con la mira puesta en

consolidar industrias de base competitivas en términos internacionales. Este rediseño de los intereses propietarios alcanzó un nivel de drasticidad similar al de la dialéctica capital-trabajo. En Controversia se afirma que la Dictadura no fue sino un "proceso de reorganización del capitalismo" para el cual el terrorismo de estado sirvió como "escudo protector" (Portantiero, 1980).

Ese es el status quo que la Dictadura quería refrendar con su connotado tiempo político. La estrategia consistía en producir una grieta en los partidos mayoritarios entre los que se rendían frente a estos puntos de no retorno y los que seguían "aferrados al pasado". Es de nuestro interés, en el marco de este trabajo y en este capítulo, preguntarnos por la recepción de esta aventura en Controversia. ¿Cómo es que estas aspiraciones pudieron tener alguna cabida en el sector civil?[38] ¿Qué particular acepción de la democracia permite el "diálogo democrático" entre quienes detentan un poder autocrático y quienes lo padecen?[39] ¿Existían condiciones internacionales para un affaire de esta naturaleza? ¿Existe algún sustento teórico para respaldar un "juego democrático" donde las cartas están marcadas y la cancha inclinada?

Hemos asumido aquí el concepto de democracia como una gramática abierta, en construcción. La querella de Controversia contra el poder dominante no supone necesariamente una deontología democrática. Tampoco nosotros iremos a buscar aquí algún deber ser. Identificaremos un empeño en considerar un cúmulo de variables entre las que se destaca el contexto internacional y en rastrear históricamente antecedentes del

[38] En el Número 4 de Controversia, en la sección Coyuntura, se presentan "33 opiniones sobre el plan político". Ellos son: Deolindo Bittel, Eloy Camus, Jorge Triaca, Federico Robledo, Roberto Grabois, Ítalo Luder, Virginia Sanguinetti y Leónidas Saadi por el Partido Justicialista; Ricardo Balbín, Antonio Tróccoli, César García Puente, Raúl Alfonsín y Luis León por la UCR; José Antonio Allende, Martín Dipp y Salvador Busacca por la Democracia Cristiana; Arturo Frondizi, Rogelio Frigerio y Marcos Merchensky por el MID; Oscar Alende y Raúl Rabanaque Caballero por el Partido Intransigente; Simón Alberto Lázara (Partido Socialista Unificado); Américo Ghioldi (Partido Socialista Democrático); Documento de la Confederación Socialista Argentina; Documento del Partido Comunista Argentino; Rodolfo Smith (Demócrata Progresista); Francisco Manrique (Partido Federal); Emilio Massera, Alejandro Lanusse; Jorge Rafael Videla; Amadeo Frugoli (Partido Demócrata Mendoza); Jorge Abelardo Ramos (Frente de Izquierda Popular). Excluyendo a los personeros de la Dictadura, las opiniones partidarias contemplativas e incluso las que depositan ciertas expectativas en el Plan Político de la Dictadura lejos están de ser una minoría. Están también, vale decirlo, los posicionamientos intransigentes que abogan por la libertad de los presos políticos como condición para cualquier tipo de diálogo. Este posicionamiento es ostensible al interior de las opiniones peronistas destacándose el pedido por la libertad de Lorenzo Miguel y María Estela Martínez de Perón.

[39] En el número 8 de Controversia en la Sección "Desde Allá" se presentan cuatro opiniones sobre la coyuntura de diferentes personalidades que residían en Argentina. Nos interesa destacar textuales del historiador José María Rosa por la elocuencia en su crítica al diálogo propiciado por la Dictadura. "El mes pasado aún se deslizaba plácidamente esa etapa del Proceso que la imaginación del ministro del Interior se empeñaba en llamar "diálogo político": curioso soliloquio donde un interlocutor mudo (el gobierno) elegía el disertante por sus virtudes personales con exclusión de sus méritos políticos" (…) Ni siquiera podríamos llamarlo "diálogo de sordos", porque los sordos, aunque incapacitados para oírse no abdicaban su voluntad de expresar" (Rosa, 1980, p. 26)

temperamento tanto de la Dictadura como de sus interlocutores. Esta intensidad argumentativa alumbra también otro de los patios interiores de Controversia, uno que no se amilana ni se obnubila frente al ciclo ascendente del autoritarismo.

2.1 De la "dominación compleja" al pacto estatal

> "En 1980 los militares quieren comenzar a "hacer política": ¿podrán también hacerla los sectores populares?" (Portantiero, 1980, p. 3)

Valga una aclaración desde el comienzo. El tiempo del diálogo o de la política habla más del modo en que la Dictadura presentaba su iniciativa que de un análisis de Controversia. Lejos estaban de tomar el nombre tal como venían los proyectos desde el poder autoritario. Por eso es que el encomillado en "hacer política" presente en el epígrafe que encabeza esta sección, nos parece muy elocuente. En efecto, lo económico, lo social y lo político "son tres dimensiones que la mentalidad castrense gusta en divorciar" (Controversia, 1980, p. 3). ¿Acaso la implantación más o menos progresiva del programa económico de Martínez de Hoz[40] no suponía articulación y subordinación de intereses, en suma, política?

El despliegue estatal del programa económico de la Dictadura, desde luego, supuso política. "Resulta necesario comprender que la presencia del estado militarizado se desplegó también como política, en las relaciones de producción y división social del trabajo, en tanto condensación de un poder excepcional que en lo social, en lo ideológico, en lo político, tradujo siempre su intención trastocadora como implícito camino de legitimación" (Casullo, 1980, p. 6). Este programa económico era el objetivo estratégico de la Dictadura y como tal representaba el momento de "dominación compleja". Casullo toma prestado "dominación compleja" de Poulantzas para identificar la primacía de una fracción o espacio en el proyecto de estado. Esta particularidad es la que pretendían "universalizar" con la apertura política. Es decir, hacer del modelo la base del pacto estatal abriendo al juego a los actores que garantizasen compromiso futuro en la administración de lo heredado.

Como antecedentes, hasta ese momento en la región, de un pacto estatal a la medida de una Dictadura militar, se destacaba la experiencia brasileña con la creación del partido

[40] "La implantación y desarrollo del programa de Martínez de Hoz representó una victoria de los sectores de capital más concentrado (agrario, financiero, industrial) contra la burguesía marginal, fundamentalmente manufacturera" (Ábalo, 1980, p. 5)

oficialista ARENA. Cabe aclarar que ARENA tuvo una existencia simultánea a su correspondiente Dictadura a diferencia del caso argentino donde el poder de la Junta Militar se expresaba con apoyos civiles pero sin formalizarse en un partido. Para una transición condicionada desde el sector civil, vale el ejemplo del Pacto de Punto Fijo venezolano. Caso exitoso y duradero en el tiempo de una transición condicionada pues no todas las fuerzas civiles que jaquearon a la Dictadura de Pérez Jiménez eran convidadas al pacto estatal. La principal fuerza excluida era el Partido Comunista venezolano, quienes fueron segregados por un sistema que perdería con el tiempo pluralidad y no tardaría en volverse bipartidista.

En cambio, la hoja de ruta que presagiaba la Dictadura estaba más inclinada a recoger los frutos de una crisis al interior de los partidos tradicionales. Esa sería la coronación de todo un proceso de transformaciones regresivas y el suelo fértil para la ambición mayor: "reformular la relación estado-sociedad en la Argentina" (Casullo, 1980, p. 6). En aras de dividir a la oposición, los jerarcas de la Dictadura convocaban a diferentes rondas de diálogo con condicionamientos severos. Quienes asistían debían hacerlo a título personal, es decir, sin cargar mandato partidario alguno. A su vez la convocatoria no suponía la adopción de ningún calendario para una salida electoral y las conversaciones estaban ceñidas a los trazos gruesos del destino nacional ajenos a cualquier concreción en el corto o mediano plazo[41].

Estas líneas maestras estaban contenidas en un documento oficial de significativa recepción y crítica en Controversia. Hablamos de "Las Bases Políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional" publicado el 19 de diciembre de 1979. Este opúsculo, en menos de 30 carillas, reunía las pretensiones de la Dictadura a la vez que defendía lo actuado hasta el momento. Estaba dividido en una introducción y tres secciones: bases doctrinarias, bases programáticas y bases instrumentales.

En la introducción se deja asentado que el golpe de Estado tuvo lugar una vez agotadas y desnaturalizadas todas las instancias constitucionales y que transcurridos casi 4 años "los valores esenciales que dan fundamento a la conducción del Estado han sido restituidos"[42]. Sobre esta reconstrucción, se afirma que la imagen de la Nación ante el mundo también se reconstruyó. Se entiende que este documento liminar inauguraba una

[41] Para más conocimiento de esta coyuntura específica ver "Los vericuetos del diálogo" y "Crisis del diálogo y la disputa por la herencia" en los números 6 y 7 de Controversia respectivamente.

[42] Ruinas digitales (En línea), p. 55. (Consulta 19/02/2019). Disponible en: http://www.ruinasdigitales.com/revistas/dictadura/Dictadura%20-%20Documentos%20Basicos%20y%20Bases%20Politicas.pdf

etapa de realizaciones más trascendentes y delicadas. Se inauguraba, para la Junta, el momento de normalización político institucional.

> "El Proceso de Reorganización Nacional carecería de proyección histórica y desconocería el propósito al que solemnemente se comprometió si no iniciara, como lo hace ahora, la etapa de normalización político institucional y no estableciera para ello las bases doctrinarias, las bases programáticas y las bases instrumentales reunidas en este documento, como primer paso de un vasto proceso cuya continuación, desarrollo y cumplimiento con éxito sólo serán posibles si todas las reservas cívicas de la Nación le prestan su concurso con patriotismo, lealtad, abnegación y desinterés"[43].

Las bases doctrinarias ofrecen una semblanza del cemento ideológico de la Dictadura. Se ponderan "la concepción cristiana de la vida" y "las tradiciones de nuestra cultura" ambas preexistentes a la integración nacional. Éstas servirían como guía para la justa comprensión de los problemas nacionales y "para desarrollar las pautas que lleven a un Estado con autoridad (…) apto para preservarlos del populismo demagógico y anárquico, de los totalitarismos y de los intereses legítimos o abusivos de individuos o sectores determinados"[44].

La invocación a la nación, a la unidad nacional, se presenta como una marca de certidumbre recurrente, como una totalidad homogénea. Los argentinos tienen a partir de ella "conciencia histórica, cultura, tradiciones y creencias propias, un estilo de vida singular, glorias, héroes y mártires comunes"[45]. La pluralidad no está presente en el concepto de nación pero sí aparece a la hora de reivindicar el sistema político (representativo, republicano y federal). En ese sentido, son legítimas todas las aspiraciones políticas siempre que reúnan ciertas características. Deben ser "responsables", ajustarse sin miramientos a la Constitución Nacional y dotarse de una organización interna que garantice la renovación e idoneidad de sus dirigentes. Naturalmente estas bases presuponían exclusiones. Si bien no se dejaban por escritos nombres propios, se podía advertir hacia donde apuntaban. Se consideraban fuera de

[43] Ibíd., p. 56.
[44] Ibíd, p. 58.
[45] Ibíd, p. 60.

juego a las "ideologías totalitarias" y a quienes fomentasen "la lucha de clases", el culto a la personalidad y "la propiedad colectiva de los medios de producción"[46].

Las bases programáticas, por su parte, expresan lineamientos muy generales para cada área de gobierno[47]. Se deja en claro que estas bases programáticas se montan sobre las doctrinarias conformando una totalidad orgánica. Nos interesa destacar dos aspectos sobre los que volveremos más adelante. En lo que respecta al área económica, se destaca como guía para la acción del gobierno el principio de subsidiariedad del Estado con respecto a los actores económicos y sociales. Además en el ámbito internacional, se refuerza la inscripción del país al mundo occidental al tiempo que se asume el imperativo de la agregación nacional en bloques regionales preferentemente a partir de los acuerdos bilaterales. Se enfatiza también la necesidad de salvaguardar la integridad nacional frente a los centros de poder mundial cualesquiera sean ellos.

Por último, las bases instrumentales que ocupan sólo tres carillas no agregan demasiado más. Presentan el diálogo con el sector civil al cual se convocaba, se refiere vagamente al régimen de partidos políticos a crear, a las inhabilitaciones políticas y a la conformación de una comisión política "que, en representación de las Fuerzas Armadas, actuará a tales efectos, como órgano de trabajo y asesoramiento"[48].

Permitámonos recuperar y desarrollar una idea presente en este documento, en especial, en las bases doctrinarias. Nos referimos al énfasis que se advierte en situar a la "concepción cristiana de la vida" y en "las tradiciones de nuestra cultura" como elementos constitutivos y previos a la integración nacional. Éstos determinarían a la nación y al pueblo como tales de una vez y para siempre y así planteados nos remiten a ciertos aspectos de la obra del conspicuo pensador alemán Carl Schmitt.

Schmitt encuentra un espejo en la obra de Rousseau desde el cual fortalecer su idea en torno a la primacía de la homogeneidad. Para Schmitt, lo decisivo en Rousseau a la hora de prefigurar un orden político no es tanto el contrato – elemento de raíz liberal – sino el principio de identidad entre gobernantes y gobernados. Bajo una fachada liberal – el contrato – la legitimidad del Estado encuentra su última ratio "allí donde, en lo esencial, impere la unanimidad" (Schmitt, 1990, p. 18) al punto de alcanzar esa consonancia entre quien manda y quien obedece (que no son más que una y la misma cosa)

[46] Ibíd, p. 61.

[47] Las bases programáticas se dividen en las siguientes áreas de gobierno: institucional, cultural y educativa, área económica, área social, área científico-tecnológica, área de organización territorial, área internacional y área de seguridad.

[48] Ibíd, p. 81.

Lo político, para Schmitt, es aquella relación por la cual se dividen las aguas entre dos grupos en el preciso instante en que se reconocen bajo la lógica amigo-enemigo y en el que ensayan su mismidad frente a la otredad. En perspectiva diacrónica, lo político es lo constitutivo, es previo a cualquier acto de agregación mediante contratos, acuerdos o cartas magnas. La mismidad política de un pueblo antecede y está por encima de cualquier constitución (en sentido lógico e histórico) (Preuss, 2011). Y esta unidad del pueblo es superior en términos políticos a cualquiera de las escisiones y conflictos que surcan a una sociedad determinada. El sentido que le atribuye Schmitt a esta unidad obedece a una razón cuasi natural asociada a lo étnico, a la lengua, a una historia común y a la capacidad política de ese pueblo de realizarse realizando su otredad.

Pues bien, en "Las Bases Políticas…" esta unidad preconstitucional estaría dada por los valores cristianos y la tradición cultural. No obstante, allí no se agota el argumento. Lo distintivo de lo político en una democracia es la voluntad soberana de un pueblo de sostener su unidad, su particularidad e imponerla frente a cualquier otra escisión sea económica, social o cultural. Lo político se impone. Esta mismidad de un pueblo consigo mismo, para Schmitt, es la verdadera esencia de la democracia. Lo decisivo no sería el sufragio universal. Éste no es el fundamento de la igualdad democrática sino la resultante de una igualdad que está dada previamente (Schmitt, 1996)

Sumando a esta secuencia lógica, no sorprende el hecho de que Schmitt sostenga que una verdadera dictadura sólo puede afincarse en bases democráticas. Esta afirmación que, a simple vista, pareciera un equívoco garrafal no se mueve un ápice de la línea argumental schmittiana. Para que un pueblo pueda realizarse democráticamente, debe realizar su otredad y extender su condición cuasinatural, su mismidad, con los medios que tenga a su alcance. Una dictadura que suspenda el funcionamiento de las instituciones y las clausulas constitucionales podría ser una herramienta democrática siempre que cumpla con el fin superior de observar esa igualdad sustantiva preconstitucional de un pueblo.

Controversia no se interroga tanto por estos principios generativos que en "Las Bases…" se presentan como los fundamentos de la nación. Incluso se desestima a esta operación caracterizándola como inspirada en "las oscuridades retóricas del mesianismo militar-tomista" (Portantiero, 1980, p. 2). Estas marcas de certidumbre, esta fantasía del Pueblo-Uno o de La Nación-Una, en los términos de Lefort, son más relevantes por el tipo de "democracia" que están prefigurando. Y más acá dentro de la misma lógica,

cabe preguntarse los porqués y los cómos de este empecinamiento de la Dictadura y la derecha, en general, con el concepto de democracia.

Emilio De Ipola en su artículo "El pensamiento de la derecha y la Junta Militar" se empeña en explorar el interrogante mencionado recientemente. El estupor no es lo suyo pero tampoco se priva de mencionar una verdad incontrastable a modo de disparador. "Indudablemente, hay una amplia cuota de cinismo en el hecho de que un régimen cuyo carácter dictatorial no necesita ser demostrado declare sustentar los ideales democráticos" (De Ipola, 1980, p. 31).

De Ípola recupera declaraciones de voceros oficiales y oficiosos del régimen en relación a la democracia. Entre los primeros destaca al General Viola quien en declaraciones a la prensa sostenía que la democracia que buscaban alcanzar consistiría en una auténtica democracia "tal como nosotros la entendemos". Tras estas ambigüedades, se proyectaba la pretensión oficial de introducir subrepticiamente la idea de una democracia "sui generis" cuyo sello distintivo son las restricciones y las exclusiones.

Por otra parte, el autor realiza un comentario sobre lo que él considera es la intelectualidad orgánica de la Dictadura, a la cual no había que buscarla en las posiciones institucionalizadas sino más bien en cierta prensa específica como La Nación o Carta Política. Estos órganos más allá de divulgar las tesis oficiales, las racionalizaban y hasta se permitían cierto nivel de crítica. "No son, pues, sólo órganos de circulación sino también de producción de la ideología de la dictadura" (De Ípola, 1980, p. 31). De Ípola destaca de esta línea editorial cierta sofisticación a la hora de restaurar el "recto sentido de la democracia" asociado a valores tales como el imperio de la ley, el bien común y las libertades. Allí estaría lo esencial y no necesariamente en la participación popular. Inclinar la balanza en la otra dirección podría activar los "peligros demagógicos". El argumento se completa ponderando otras formas de gobierno iguales de legítimas como la monarquía o la aristocracia siempre que observen los valores mencionados. De ese modo, finalmente, legitiman a un régimen autoritario que "está preparando las bases para una futura democracia" (De Ípola, 1980, p. 32).

Desmentir estas supercherías bien redactadas, para De Ípola, es una tarea que conduce a un callejón sin salida. La lucha política no pasa por contrastar verdad con mentira. Resulta más productivo para los sectores democráticos identificar con claridad esta ideología positiva emanada desde el poder y desde los medios de comunicación masivos. Subestimarla sería una torpeza habida cuenta de la acogida que encuentra en amplios sectores de las audiencias argentinas.

La estrategia autoritaria de la derecha no se agota en la violencia estatal. Mucho menos ésta se alinea con la movilización de masas, más bien busca producir apatía en ellas[49]. La novedad de la estrategia autoritaria estriba en la *fuerza normativa de lo fáctico* (Lechner, 2013). El condicionamiento fáctico de la realidad llega a un punto en el cual es percibido como norma legítima para el funcionamiento de la sociedad.

> "Aquí parece relevante el aporte de Foucault: el poder produce. El poder produce no sólo realidades sino también la manera de pensar la realidad. En la medida en que se va determinando las prácticas sociales, determina también las interpretaciones que los hombres hacen de sus prácticas y sus intereses. Es decir, el poder no sólo moldea la realidad social, también secreta razón". (Lechner, 2013, p. 185)

Profundizaremos en esta semblanza de la nueva derecha o del neoconservatismo en el próximo apartado. Resta agregar aquí que estas narrativas que desplegaban la Dictadura y su intelectualidad, se inscribían en el marco de un orden ideológico internacional en el cual el lenguaje de la libertad y la democracia aparecía rodeado de "cuidadas adjetivaciones restrictivas" (De Ípola, 1980, p. 32).

En el caso que nos ocupa, "Las Bases Políticas..." son bastantes claras en cuanto a las exclusiones y en cuanto a los "límites del disenso"[50]. Las exclusiones, como hemos mencionado, se recortaban en función de las inadecuaciones de ciertos actores con el pacto estatal. Pero éste de ningún modo podía agotarse en la subsunción de las fuerzas políticas. Garantizado el compromiso entre las Fuerzas Armadas y los grupos económicos concentrados, el pacto debía extender sus dominios al sector sindical O, mejor aún, era menester redefinir la presencia y la naturaleza del sindicalismo argentino en la vida nacional habida cuenta del programa económico que se buscaba imponer.

"Las Bases Políticas…" son contemporáneas al proyecto de Ley Gremial prohijado por la Dictadura. Los objetivos, en este sentido, eran bien concretos. Se buscaba cortar de cuajo con el poder de negociación nacional que tenía el sindicalismo. Durante décadas, la acción sindical expresó, a su modo, a un mercado de trabajo y a un modelo de acumulación productiva. Hablamos de un mercado y de un modelo que se

[49] Para una semblanza integral del nuevo autoritarismo ver en Cardoso, Fernando Henrique, **Sobre la caracterización de los regímenes autoritarios en América Latina** en Collier, David (1985). El Nuevo Autoritarismo en América Latina. México: Fondo de Cultura Económica.

[50] Ibíd, p. 56.

retroalimentaban entre sí demandando un alto nivel de ocupación y cierto nivel salarial sin perjuicio de las oscilaciones provocadas por los connotados ciclos del *stop and go*. El sindicalismo argentino garantizaba la homogeneidad salarial al organizarse por actividad (y no por empresa) accionando, de tal modo, en nombre de todos los asalariados. Cabe sumarle a esta descripción, por un lado, el poder cosechado a partir de la administración de las obras sociales y la tendencia del sindicalismo a situarse en la vida nacional como fuerza gubernamental (Portantiero, 1980).

Lo cierto es que pese a los golpes de estado y a todos los atropellos institucionales, los sindicatos permanecieron de pie durante la proscripción del peronismo manteniendo los niveles de ocupación y salariales en márgenes razonables. Esto se debió a lo que sugerimos con anterioridad: una matriz económica con base en la industria sustitutiva donde el mercado interno y el ingreso popular eran decisivos.

El parteaguas en el modelo económico que significó la Dictadura del 76 prefiguró también una redefinición del sindicalismo. "Al intentar reducir el espacio político para su acción, al buscar descentralizar la actual estructura organizativa, al limitar su poder económico, la ley busca trastornar absolutamente las características tradicionales de la acción sindical argentina fragmentando los intereses de los asalariados como globalidad. Es simplemente una cara del plan económico, visto como proyecto de sociedad" (Portantiero, 1980, p. 3).

Específicamente, la Ley Gremial buscaba balcanizar al sindicalismo promoviendo zonas de actuación sindical autónomas fuera del orden nacional. Para lo cual se preveían organismos de primer y segundo grado, como las federaciones, pero se prohibían las organizaciones de tercer grado como la CGT. También se les garantizaba a los sindicatos la posibilidad de "convencionar por su cuenta" desalentando, de tal modo, la adhesión a las federaciones. La Ley también otorgaba facilidades para la creación de sindicatos y además suprimía la entrega de fondos destinados a obras sociales (Olmos, 1979).

El escenario deseado consistía en una fragmentación de la representación sindical. Solamente las actividades de mayor productividad podrían negociar desde una posición de fuerza. De este modo se hería de muerte a la representación global de los afiliados encarnada en la CGT y se abría la puerta a una remozada aristocracia obrera, mascarón de proa para la incorporación del sector sindical al pacto estatal. Naturalmente en Controversia, al igual que con las Bases Políticas, se rechazaba esta Ley Gremial aunque este rechazo no era óbice para un análisis minucioso y en algún punto severo

sobre la actuación del sindicalismo en el pasado reciente y en la crónica contemporánea[51].

El examen sobre la coyuntura dictatorial favorecía la activación, en la revista, de una reflexión sobre el liberalismo argentino (Farías, 2016) como también la activación de un aparato crítico particular de influencia gramsciana. Destaca Farías (2016) en "El liberalismo, una tradición incómoda en Controversia" que el antiliberalismo es un sello distintivo de la Revista pero que a diferencia de lo que podían sostener sus integrantes en el pasado, este renovado antiliberalismo tomaba otras acentuaciones[52]. Se rechazaba en especial al liberalismo argentino, a su linaje y se incluía a la Dictadura Militar Argentina al interior de esa tradición. Resultaba elocuente el nombre que se dio a sí misma la Dictadura, "Proceso de Reorganización Nacional". Denominación que hundía sus raíces semánticas en la saga inaugurada en la Batalla de Caseros y consolidada por la generación del 80. Se rechazaba, sobre todo, su duplicidad, el blandir banderas democráticas cuando en realidad a lo sumo lo que podía propiciar la tradición liberal argentina eran "democracias restringidas". Y frente a una Dictadura que no sólo subvertía la institucionalidad sino que también eliminaba físicamente a su oposición, el rechazo era visceral. Los artículos de Bruschetin (1980) "Liberalismo y perspectiva nacional" y de Terán "La nación autoritaria" son representativos en ese sentido. Hemos mencionado anteriormente al artículo de De Ipola (1980), que tenía la particularidad de no dejarse ganar por el estupor y analizar el problema descarnadamente.

Vimos en el capítulo anterior cómo Controversia ajustaba cuentas con marcos teóricos marxistas ligados a la ortodoxia y al economicismo. Ese ajuste implicaba el descubrimiento de nuevas bibliotecas como también nuevos usos para antiguos referentes. Dijo Aricó, ulteriormente, en relación a Gramsci:

> "Por nuestra tierra incógnita pasaron como meteoros las figuras estelares de las grandes narraciones. Jefes nómades de saberes que el presente histórico erosionó, sin dejarnos siquiera individualizar sus marcas, se esfumaron con igual velocidad con que irrumpieron. La fortuna de Gramsci felizmente es distinta; ni tan grande ni tan efímera… Pero debió mediar la quiebra de las

[51] Para conocer las diferentes miradas presentes en Controversia sobre la cuestión sindical ver en Sotelo, Luciana (2010). **Análisis de las reflexiones sobre el mundo sindical en la revista Controversia**. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

[52] Aún más, en relación al liberalismo, como teoría política, la condena ya no es tal en razón de la reconsideración de las garantías civiles y constitucionales.

> certezas, tuvimos que sobrellevar la carga penosa de una derrota, para que las virtudes de su manera de enfrentarse con las cosas pudieron imponérsenos como una lección de método." (Aricó, 2005, p. 30).

Son estas nuevas condiciones de derrota y exilio en Controversia, entre otras, las que permiten identificar a la política en clave gramsciana, esto es, en un juego de tensiones donde, lejos de fijarse a partir de las determinaciones económicas, las prescripciones de la hegemonía se redefinen continuamente. De allí que el pacto estatal pueda reconvertirse por iniciativa del poder dominante, sobre todo, como pasó con "Las Bases…" o para procesar y contener la presión popular (como pasó con la Ley Sáenz Peña en el período 1912-1916). Portantiero (1979) plantea un clivaje al interior del liberalismo entre liberalismo conservador y liberalismo transformista. Este último tuvo por objetivo superar la crisis en la cual se había sumergido el orden conservador mediante una operación transformista: introducir el sufragio libre al interior del régimen. Cabe preguntarnos si esta categoría – transformismo - es aplicable a la "apertura política" de la Dictadura, comprensible objeto de esta sección, o si resulta más justa la figura del gatopardismo[53]. En todo caso, nos parece que lo difícil es comparar una operación exitosa con otra que apenas alcanzó a balbucear su nombre.

Hemos procurado hasta aquí interrogar a nuestro objeto pretendiendo atender las prescripciones esperables en el análisis de los lenguajes políticos (Palti, 2005). Y en ese sentido resulta menester subrayar la relevancia que este último le atribuye al consabido contexto. Éste lejos de ser un dato anecdótico o de color, representa el "conjunto de convenciones que delimitan el rango de las afirmaciones disponibles a un autor determinado" (Palti, 2005, p. 69). Una definición de esta naturaleza mantiene al contexto a salvo de los reduccionismos radicales que sitúan al texto como un apéndice de realidades dadas de antemano. Se trata, entonces, de superar (sin suprimir) la dimensión semántica – los contenidos explícitos – para introducir la dimensión pragmática; es decir el preciso instante en que se disuelve la alteridad entre texto y contexto.

La otra gran marca de identidad en el análisis de los lenguajes políticos radica en absolverlos en su contingencia. Cuando hablamos de discursos políticos estamos hablando de formaciones plenamente históricas, las cuales no están para develarnos el

[53] En el uso común, gatopardismo significaría "cambiar algo para que no cambie nada" y debe su nombre a la novela "El Gatopardo" (1958) de Giuseppe Tomasi di Lampedusa.

secreto del buen gobierno o cualquiera de las preguntas crónicas de la filosofía política (Palti, 2005). La opción por un plano fáctico, esto es, por concebir a los textos como un acto comunicacional contingente e histórico resguarda al análisis de caer en lo que Skinner (2007) llama "mitología de la prolepsis". Bajo esta figura, este historiador británico abjura del empecinamiento por encontrar la significación retrospectiva de una obra. Allí es donde el contextualismo representa una garantía para superar las tendencias normativistas asociadas a la historia de las ideas.

No nos hemos valido exclusivamente de Controversia para reponer el contexto de la "apertura política" propiciado por la Dictadura. Tampoco le creímos por entero a nuestro objeto al analizar la particular acentuación al concepto de democracia en boca de los voceros oficiales y oficiosos de la Junta Militar. Sumamos las fuentes que creímos convenientes y ponderamos el temperamento presente en Controversia tendiente a comprender - antes que a denunciar solamente - como en el caso del artículo de De Ipola. A continuación, seguiremos insistiendo en las "condiciones semánticas de producción" a partir de recuperar del análisis y del contexto internacional de Controversia las gramáticas que delimitaban el debate por la democracia.

2.2 Las pinzas internacionales

Desde la segunda posguerra, buena parte de las sociedades occidentales se organizaron en base a una serie de premisas que se mantuvieron vigentes durante, por lo menos, tres décadas. Estas premisas descansaban en un trípode de acuerdos básicos en torno a lo político, lo económico y lo social (Camou, 2010). Desde lo político, existía un consenso en relación al pluralismo, a las libertades, a la necesidad de un sistema de partidos competitivos ajeno a los totalitarismos de cualquier signo. En relación a lo económico si bien prevalecía la iniciativa privada como el mejor mecanismo para la asignación de recursos, el Estado también se reservaba su cuota de influencia e intervención. El espectro de la intervención estatal iba desde la regulación de diferentes actividades hasta la provisión de servicios públicos y la inversión en áreas consideradas estratégicas. En términos sociales, los derechos ciudadanos fueron creciendo en calidad y cantidad garantizados por el denominado Estado de bienestar sobre el cual recaían las responsabilidades en materia de educación, seguridad social y salud universales. Fueron tiempos marcados por la "edad de oro" del capitalismo, por la conciliación de clases y por la aparición progresiva de nuevas demandas y subjetividades políticas.

Estos consensos comenzaron a resquebrajarse promediando la década del 70. No se puede soslayar, en ese sentido, el agotamiento del paradigma económico reinante como tampoco la crisis petrolera producto de la decisión unilateral de los países de la OPEP de aumentar el precio del barril de crudo. Los desequilibrios en los países desarrollados, en especial la inflación, sumado a la creciente interdependencia financiera pusieron en tela de juicio a los pilares que sostenían a los sistemas económicos mixtos. Las plumas neoliberales[54] apuntaban al "excesivo igualitarismo" propiciado por el Estado de Bienestar y al también excesivo poder conquistado por los movimientos sindicales. Entendían que tanto uno como los otros asfixiaban a la iniciativa privada con ingentes cargas tributarias y con reivindicaciones salariales disociadas de la productividad, respectivamente. Claramente, se asistía a una crisis de realización del capital. El gasto social y la puja distributiva se comían progresivamente la tasa de ganancia.

Para doblegar a la inflación y a los desequilibrios macroeconómicos, el pensamiento neoliberal proponía un Estado fuerte para mantener a raya a los sindicatos y para controlar la emisión de dinero. Como contrapartida, vislumbraban un Estado limitado[55] en lo que refiere al gasto público y a la intervención económica. El objetivo consistía en reanimar el ciclo económico facilitando mayor rentabilidad al capital vía reformas fiscales y regresión distributiva. Conceptualmente, concebían a la desigualdad como un motor para el progreso (Anderson, 2003). También era menester alcanzar una tasa de desempleo razonable para presionar los salarios a la baja con un "ejército de reserva". En resumidas cuentas, estas eran las recetas que se presentaban como viables a escala internacional para salir del "atolladero" en el que estaba inmerso Occidente.

Efectivamente, estas nuevas ideas sustentaron una nueva fase del capitalismo que significó una "brutal concentración de la producción y una centralización del capital en una escala mundial" (Ábalo, 1980, p. 21). Esta extensión de las relaciones de producción capitalistas a los países emergentes y de la periferia socialista se hacía a expensas de los salarios, del trabajo y de los capitales marginales, los cuales tendían a la

[54] Perry Anderson (2003) identifica en Fiedrich Hayek al referente más destacado del pensamiento neoliberal a partir de su obra Camino a la Servidumbre (1944). También identifica la reunión liminar de esta corriente en Mont Pelerin, Suiza, en 1947 a la cual asistieron, entre otros, Milton Friedman, Karl Popper, Lionel Robbins, Ludwig Von Mises, Walter Eukpen, Walter Lippman, Michael Polanyi y Salvador de Madariaga.

[55] Un teórico importante en esta materia es Robert Nozick. En "Anarquía, Estado y Utopía" (1974) propone la creación de un Estado Mínimo "dedicado exclusivamente a proteger a las personas contra el robo, el fraude y el uso ilegítimo de la fuerza, y a respaldar el cumplimiento de los contratos celebrados entre tales individuos" (Gargarella, 1999, p. 45). Nozick está discutiendo con su colega de Harvard, John Rawls, quien en "Teoría de la Justicia" (1971) se pronunciaba en favor de un Estado activista en la tarea de garantizar igualdad de oportunidades.

desaparición. En el comentado suplemento "La democracia como problema" del número 9-10 de Controversia, Carlos Ábalo reflexiona[56] sobre cómo la democracia se ve profundamente afectada a partir de esta nueva fase capitalista. ¿Qué se puede esperar de la democracia en este nuevo contexto internacional si no su reconversión conceptual en un régimen relativamente estrecho y condicionado? Dice Ábalo, pensando en general y en Argentina en particular, que la democracia se verá estrangulada en el tiempo por el mercado mundial capitalista. La democracia, entendida como la participación creciente de las masas populares con vistas a la elevación del nivel de vida, encontrará severas limitaciones para su realización.

El argumento de Ábalo parecería reponer el clivaje entre democracia sustantiva y democracia formal como así también la ponderación de la economía para explicar (y agotar) la política. Ante esta última calificación, el autor se defiende porque su argumento "no es economicista en el sentido de que el mercado mundial no es una categoría exclusivamente económica. El individuo es un individuo histórico-concreto y el mercado mundial es lo que define de la forma más general y más concreta a la vez, lo que puede entenderse por la posibilidad biológica y cultural de desarrollar el ser social e individual en un período histórico determinado" (Ábalo, 1980, p. 22).

Ábalo no se privaba de analizar la realidad argentina y la posibilidad de un resquicio democrático a la luz de su argumento. El mercado mundial le asignaba al país un lugar específico dentro de la división internacional del trabajo. Naturalmente, este lugar le pertenecía a la actividad agrícola de la pampa húmeda. El análisis continuaba su lógica enfatizando en el perfil de especialización de esta actividad y en el aumento del precio internacional de estos comoditties. Una vez reorganizado el complejo económico y articulado en función del mercado mundial, el autor sostiene que sobrevendría una etapa de acumulación donde se incluiría a la burguesía marginal y al mercado interno dentro de estrictos límites predeterminados[57]. De tal modo, habría más espacio para el desarrollo industrial y al no existir en el país un ejército industrial de reserva, los salarios podrían aumentar. El autor sostiene que, a través de esa brecha que se abría en el modelo económico, se podía abrir otra brecha de alcances democráticos. Para la acumulación industrial y el crecimiento nominal y cualitativo de la clase trabajadora, resulta ineludible la apropiación de una porción de la renta agraria por vía impositiva.

[56] El artículo de Carlos Ábalo se llama "Las restricciones del gran gulag".

[57] Sin mencionarlas, el autor está haciendo alusión a los alcances previstos en las Bases Políticas de la Dictadura analizadas en la sección anterior.

Como contrapartida, esta transformación demandaba un resquicio democrático, mínimas condiciones de posibilidad para la organización popular.

El análisis de Ábalo resulta productivo por su interés en ceñirse a variables "objetivas". Más allá del voluntarismo, más allá de las singularidades nacionales, existe una realidad superior que aprieta a la democracia para reconvertirla en un régimen estrecho y condicionado. Y si bien las capas intelectuales podrán "disfrutar de un cierto espacio para leer, escribir y opinar no demasiado diferente del actual" (Ábalo, 1980, p. 21), la democracia no conocerá su verdadero nombre por tiempo indeterminado. Las brechas democráticas serán precisamente eso: intersticios para atenuar las agresiones del capital concentrado o bien para el ejercicio individual y limitado de ciertos derechos.

Como sugerimos en párrafos precedentes, el neoliberalismo no resultó ser simplemente una moda pasajera diseñada desde el Departamento de Estado. Resultó ser un fenómeno profundo y articulado, de "ambiciones epocales" (Casullo, 1981, p. 4) como lo fueron las otras grandes reconversiones del capitalismo. Y, claramente, este fenómeno contenía un capítulo político, una hoja de ruta para una democracia consustanciada con el sistema de dominación. Así como el neoliberalismo disciplina a los productores con la apertura económica e insta a los consumidores a la moderación, proyecta un modelo político donde la democracia se presenta más como un producto acabado que como un proceso soberano para construir formas de vida en común.

Esta democracia restringida debe entregarse ante los hechos consumados, ante la concentración de los medios de producción y la división internacional del trabajo. Ese consenso autoritario es el suelo a partir del cual debieran competir quienes aspiran a ser "gerentes" estatales en un marco de una creciente homogeneización social regresiva. Entiéndase esto último como el resultado de abandonar conceptualmente al conflicto como el motor de las transformaciones. Las "Bases Políticas" analizadas en la sección anterior representan una cabal traducción de estos postulados. Aquéllas vislumbraban un "régimen unanimista" que "naturaliza sus límites de acuerdo a la lectura y los beneficios de un dominio oligárquico" (Ibíd.), que mantiene a raya al populismo, que garantiza la "normalidad política represiva" (Ibíd.).

Estos modelos vernáculos eran alentados desde los tanques de pensamiento de derecha internacionales. Controversia, en cabeza de Nicolás Casullo[58], a la hora de analizar las iniciativas del poder dominante hace alusión al "Trilateralismo Gaucho" (Ibíd.) en

[58] Este artículo de Casullo lleva el nombre de "Democracia autoritaria y restringida" y está en el número 11-12 de Controversia.

evidente referencia a la Comisión Trilateral (grupo de discusión creado por David Rockefeller en 1973).

La Comisión Trilateral[59] es recordada por un informe sobre la crisis de la democracia[60] cuya autoría corresponde a Michael Crozier, Samuel Huntington y Joji Watanuki. Cada uno de estos autores ofrece una perspectiva de acuerdo a su procedencia: Europa, Estados Unidos y Japón respectivamente. En conjunto, integran una mirada trilateral desde el capitalismo más desarrollado y avanzado de entonces. Con los ecos del final de la guerra de Vietnam y en el marco de las preocupaciones sobre los límites del crecimiento, este informe tuvo por objetivo señalar la crisis de gobernabilidad de las potencias más avanzadas. La tesis fundamental consistía en identificar al "exceso de democracia" como la raíz de los problemas en tanto el Estado se veía desbordado por la sobrecarga de demandas (*overload*). Esta asincronía entre una demanda social creciente y una limitada capacidad de respuesta deterioraba la autoridad del Estado. "Según Huntington la vitalidad de la democracia en Estados Unidos produjo un incremento notorio de la actividad de gobierno y, al mismo tiempo, una contracción también notoria de la autoridad del mismo" (Rial, 2015, p. 2).

Cuando pensamos en los atributos y en la legitimidad de los Estados Modernos tenemos que tener presentes, al menos, dos elementos incontrastables. Primero, nadie puede dejar de pertenecer a él. Con el Estado no hay apostasía posible. Segundo, a esta formidable capacidad de secularización se le suma ese poder infraestructural del cual hablaba Mann[61]. Hablamos de esa autonomía que le permite al Estado hacer valer su autoridad en todos los distritos donde extiende su dominación pero también hablamos de su capacidad de modificarse a sí mismo al absorber demandas sociales. Ante los nuevos retos, la respuesta más habitual del Estado consiste en dotarse de la organización y los recursos que permitan abordarlos. Las demandas ambientales o de equidad de género y la consecuente creación de dependencias estatales abocadas a estas cuestiones pueden representar ejemplos elocuentes de esta dinámica.

El reporte de la Comisión Trilateral, como observamos, revela las preocupaciones de los sectores trasnacionales del mundo capitalista con el objetivo de dar respuesta a los

[59] Actualmente la Comisión Trilateral tiene su sede en New York, reúne en su seno a sectores académicos, de las finanzas y de la política y está dedicada al análisis de las políticas públicas a escala global (Camou, 2010).

[60] El informe se denomina *The Crisis of Democracy: On the Governability of Democracies* y data de 1975. Hasta la actualidad no se conocen versiones editadas en castellano más allá de ciertos pasajes traducidos libremente por comentaristas y expertos (Camou, 2010).

[61] Esta característica de los Estados modernos atribuida a Michael Mann la encontramos en Abal Medina (2010, p. 96)

grandes desafíos surgidos en la década del 70. En ese sentido, se asume un diagnóstico liminar: las democracias occidentales padecen "una crisis de gobernabilidad". Y esta crisis obedece, insistimos, al desequilibrio entre las demandas sociales y el déficit de respuesta de los estados democráticos. "Así, se adelanta en la Introducción, "el dilema central de la gobernabilidad de la democracia" es que "las demandas sobre el gobierno democrático crecen, mientras que la capacidad del gobierno democrático se estanca" (p.9)" (Camou, 2010, p. 6).

Identificamos en este diagnóstico, de algún modo, la paradoja del poder infraestructural que mencionamos anteriormente. Si el Estado moderno tiene la capacidad de reconvertirse acrecentando sus dominios y absorbiendo demandas, para la Comisión Trilateral llega un punto en que esa dinámica amenaza la integridad del sistema. Ahora bien, esa amenaza no es cargada en las cuentas de las burocracias o de los gobiernos sino en la democracia como régimen. Sea por sus principios generativos sustantivos o por las garantías que ofrece, la democracia lejos de reforzar su autoridad se vuelve ingobernable y se desvía de sus objetivos.

El Informe de la Comisión Trilateral presentaba tres desafíos cuya conjunción impactaba negativamente sobre la autoridad política y además echaba un manto de sombra y pesimismo sobre las democracias. Aquéllos se presentan argumentalmente desde lo general a lo particular empezando por el cuadro internacional para terminar en las dimensiones constitutivas de las democracias.

En primer término, están los *desafíos contextuales*. Éstos aluden al ambiente externo al cual se enfrentan las democracias. Los fenómenos contemporáneos al Informe están ligados a una renovada distribución del poder militar e internacional y a las relaciones más o menos tensas entre las democracias trilaterales con el campo socialista y el tercer mundo. En segundo lugar, se ubican los *desafíos societales internos*. Aquí se están señalando las "estructuras del sentir" propias de los 60 y los 70. Refieren, por un lado, a las renovadas formas de acción colectiva cuyo sello distintivo radica en una cultura contestataria de amplia acogida en los jóvenes, los intelectuales y en los medios masivos de comunicación. También y como contracara, la referencia es extensiva al creciente individualismo y al desencanto con la política tradicional.

Por último, encontramos los *desafíos intrínsecos* inherentes a la naturaleza de los regímenes democráticos. Aquí el Informe plantea un clivaje interesante. *Los desafíos contextuales y societales internos* pueden representar variables a controlar, sobre las cuales se podría intervenir para atenuar efectos. En cambio, los *desafíos intrínsecos*

expresan una dificultad más inquietante en tanto atañen al funcionamiento del proceso democrático en sí mismo (Camou, 2010). Por esta razón es que los alcances del Informe se concentran principalmente en estos *desafíos intrínsecos.*

La particularidad del funcionamiento democrático, de acuerdo a la visión de los Trilaterales, instala un círculo vicioso por el cual constantemente se van alterando y acrecentando las expectativas. Las demandas le van "corriendo el arco" a un Estado que siempre está corriendo por detrás. La cadena consiste en que a una demanda x le sigue una prestación estatal y ésta a su vez origina nuevos reclamos democráticos reinaugurando el ciclo *ad infinitum* (Camou, 2010). Este mecanismo tildado de perverso es respaldado con proyecciones presupuestarias. Se comparan diferentes variables en el tiempo en el presupuesto de Estados Unidos y se percibe que mientras la curva de gasto en diferentes rubros se mantiene estable, la curva de gasto en bienestar social sostiene una tendencia alcista. Se remarca, nuevamente, que pese a estas concesiones crónicas, la autoridad gubernamental se debilita.

Se señala además que el funcionamiento democrático, su pluralidad, propende a la disgregación de intereses. Al generar múltiples demandas, sujetos, prestaciones e instituciones, se vuelve muy costosa la articulación de todos esos intereses. La expresión más evidente de esta disgregación está en los partidos políticos. Éstos son desplazados de la centralidad de otrora en las sociedades trilaterales. Tempranamente, este Informe señala un fenómeno extendido en las identidades políticas de la ciudadanía. Los partidos tradicionales empezaron a perder ascendencia en la ciudadanía, la cual en una porción importante comenzó a identificarse como "independiente". A su vez, el sufragio comenzó a orientarse más a los candidatos que a los partidos. En suma, los partidos declinaron en su relación con la ciudadanía, sobre todo, en su función de canalizar las demandas sociales (Ibíd.).

De acuerdo a esta perspectiva, Occidente estaba en una crisis de gobernabilidad, de liderazgo. Y la causa de esta crisis era el "exceso" de democracia. Apelando a cierto organicismo, se sostenía que el cuerpo social no podía funcionar adecuadamente si la cabeza no funcionaba adecuadamente. En ese sentido, tanto la representación como el funcionamiento burocrático presentarían distorsiones y serían ineficientes. Empero, la autoridad no estaba sólo puesta en duda en el gobierno y en las dependencias estatales. La consideración era transitiva a la escuela, a los sindicatos, asociaciones empresariales, profesionales e iglesias. Integralmente, el liderazgo había caído en desgracia en las sociedades democráticas (Ibíd).

De todas estas definiciones del Informe Trilateral, en Controversia[62] se recoge, más que nada, el trazo grueso; es decir, el diagnóstico liminar sobre la ingobernabilidad y las proyecciones alrededor de modelos de democracia restringida. De ese modo, De Ípola comparte con Casullo la influencia de la Trilateral en el discurso sobre la democracia auspiciado por la Dictadura:

> "Es evidente que detrás de esos juegos verbales no hay otro objetivo real que preparar el terreno para la puesta en marcha de una versión autóctona de la llamada *democracia viable o restringida*, modelo propuesto, como nadie ignora, por los "expertos" de la Trilateral". (De Ípola, 1980, p. 31). (La cursiva es nuestra).

En Controversia se propone, además, una inflexión sobre esta cuestión. Con énfasis, se afirma que la práctica política de los sectores dominantes argentinos anticipó a este estado del arte internacional. Nuevamente, acudimos a Casullo para esclarecer este asunto.

> "La "ingobernabilidad de la democracia", tema de moda y de actual preocupación del poder en el mundo capitalista, tiene en el caso argentino una larga y escabrosa cronología. Trayectoria vernácula que emergió (…) en la lucha radical para incorporarse al sistema político (…) y que regresó y alcanzó desde el poder el paroxismo de la "disfuncionalidad democrática" desde 1955 en adelante con respecto al peronismo". (Casullo, 1980, p. 3).

Se podría afirmar con Casullo, entonces, que las elites argentinas estuvieron a la vanguardia a la hora de diseñar y ejecutar una democracia "con recortes, exclusiones, desmembración de instancias peligrosas" (Ibíd.). Otras voces en Controversia también aportan en esta dirección.

[62] No está de más señalar que ya en el número 1 de Controversia, Portantiero al identificar a la democracia como un fruto tardío del capitalismo, se menciona a la Comisión Trilateral como un proyecto que buscaba interrumpir un proceso de muy corta vigencia. "Una vigencia muy corta, pues, pero que al capitalismo le parece ya demasiado larga: en el famoso libro de Huntington, Crozier y Watanuki escrito por encargo de la Comisión Trilateral en 1975, se decreta a la democracia occidental como "ingobernable" y en crisis, postulando que el crecimiento de la participación ciudadana redunda gravemente contra la eficiencia del sistema" (Portantiero, 1979, p. 6).

> "La concepción de la *democracia restringida* – inventada por el general Pedro Eugenio Aramburu mucho antes que la Trilateral lo advirtiera – es por cierto la hija legítima de la democracia liberal clásica aunque represente la negación final del viejo individualismo humanista". (Caletti, 1980, p. 28) (Cursiva en el original).

Y en relación a la performance electoral del peronismo, se sostiene que:

> "Esta contundencia del pueblo peronista en las urnas (…) es lo que devela, sin necesidad de sofisticados recursos teóricos, la "ingobernabilidad de la democracia" en Argentina desde la perspectiva del Pentágono y sus aliados nacionales". (Casariego[63], 1980, p. 29).

Además de estas menciones, en el comentado suplemento "La democracia como problema" se incluye el artículo de un autor marxista e italiano, Giacomo Marramao, cuyo título es "El paradigma de la ingobernabilidad". Allí se sugieren lecturas sumamente productivas para pensar la eficacia de las teorías neoconservadoras en relación con sus pares de izquierdas. Se presenta, entonces, la mayor capacidad descriptiva de la derecha y, en especial, de la Comisión Trilateral al momento de abordar los conflictos. Así planteado el problema, el "exceso de demandas" como motor explicativo resultaría más didáctico que las teorías marxistas fundadas en la objetividad económica. También se plantea una superioridad en cuanto a los "remedios" para revertir la ingobernabilidad. Superioridad no por la naturaleza de esos "remedios", claro está, sino más bien por la coherencia entre diagnosis y plan de acción. Estos remedios consisten en "reducciones de las demandas existentes y reforzamiento de las capacidades de control del sistema político" (Marramao, 1980, p. 33).

Lógicamente, esta propuesta era concomitante a una tendencia que comenzaba a imponerse y tenía como denominador común el retiro del estado, la reducción de las prestaciones públicas en materia de seguridad social. Si fracasaban los partidos en su función de filtrar las demandas, si fracasaba la autoridad del estado, pues bien, la derecha se aprestaba a desplazar "hacia el mercado los pedidos excedentes del cuadro

[63] Elena Casariego es el seudónimo de la socióloga Alcira Argumedo (Gago, 2012).

de compatibilidad" (Ibíd). El tratamiento de este "dividendo" expresa, como pocas otras cosas, la organicidad entre la teoría y la práctica neoconservadoras.

La sensibilidad en la percepción de los cambios es otro de los aspectos que este autor se propone contrastar. Para Marramao, la tradición marxista adolece de cierta pobreza teórica para interpretar un mundo donde el "triángulo de hierro: estado-patrón-sindicato" (Ibíd) comienza a perder centralidad. Se impone a la izquierda, según Marramao, una redefinición del antagonismo superando el conflicto de clase e incorporando las nuevas demandas y subjetividades políticas. La decadencia del estado social requiere, además, de una sensibilidad atenta a los "pliegues más íntimos" (…) " a los fenómenos retorcidos, oscuros, deformes de las crisis, que medio siglo atrás demostraron intelectuales "reaccionarios" como Ernest Junger y Carl Schmitt" (Ibíd). En su "pesimismo vigilante cargado de pasión política" (Ibíd), las izquierdas[64], a escala internacional, subestiman las nuevas iniciativas ideológicas de la derecha al tiempo que persisten con sus certezas en el desencanto y en la resignación.

Por último, quisiéramos rescatar, del análisis estrictamente internacional[65] presente en Controversia, elementos concordantes con el debate por la democracia y con el autoritarismo reinante en el país. Argentina, huelga decirlo, no estaba ajena a la disputa por la cual las superpotencias se dividían el globo en áreas de influencia. Y si bien nuestra inscripción en el mundo occidental y capitalista era evidente y palmaria, la coyuntura permitía ciertos deslizamientos que despertaban contrapuntos tan razonados como encendidos.

Bajo el influjo de la doctrina se seguridad nacional la cual implicaba fronteras ideológicas, Argentina aspiraba a orbitar de modo privilegiado en el sistema controlado por Estados Unidos. Atrás había quedado la hipótesis de conflicto con Brasil y la estrategia ajustada a tales efectos. Se imponía una política que identificaba en la "subversión" el enemigo interno y los aliados externos de ésta reconfiguraban el mapa de alianzas, lealtades, bloques y vínculos bilaterales. Ahora bien, Estados Unidos no sostenía una línea de acción homogénea para con su "patio trasero". Pasaron de

[64] De Ípola, en un artículo mencionado con anterioridad, también hace referencia a este contraste entre la izquierda y las renovadas iniciativas de las derechas. Su preocupación, no obstante, se limita al caso argentino y a esta subestimación de las teorías neoconservadoras. "Es, en suma, ignorar la eficacia de esta nueva intelectualidad orgánica en tanto productora de una ideología positiva, que no sólo se defiende sino que también ataca y que, por añadidura, logra una indiscutible audiencia en sectores importantes de la sociedad argentina." (De Ípola, 1980, p. 32).

[65] Había una sección relativamente estable en Controversia denominada "Bloques y Estrategias". Allí se analizaba la coyuntura internacional con especial énfasis en el conflicto global entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

apuntalar dictaduras como la de Trujillo o Batista "para arribar luego a la idea kissingeriana de que lo más apto sería la nominación de un país guía cuyo peso determinaría la actitud de los demás ("hacia donde vaya Brasil, irá América Latina")" (Nudelman, 1979, p. 15).

En Controversia se le prestaba una especial atención al conflicto de hegemonías[66]. Y en esa pelea por la hegemonía internacional, el Atlántico Sur ocupaba un lugar destacado al representar un punto crucial para el tráfico comercial, en especial, de hidrocarburos hacia Europa y Estados Unidos. Con la perspectiva del control territorial es que la Unión Soviética movía sus piezas e incrementaba su presencia en el Conosur. Así es que razones estratégicas como otras más coyunturales explicaban la política persuasiva de la Unión Soviética para con la región en general y para con la Argentina en particular. La compra de cereales a nuestro país se encontraba dentro de las razones coyunturales y se realizaba a partir de la sobrevida de acuerdos comerciales estrechados durante el tercer gobierno peronista. La dictadura anteponía, en este caso, los "intereses antes que los principios" tal como sazonaba un editorial del diario La Nación de la época. La crónica contemporánea también nos habla de un conjunto de iniciativas impulsadas por la Unión Soviética, en relación a Argentina, tendientes a sumar presencia en terrenos inéditos, como la provisión de tecnología de punta para el abastecimiento energético, el financiamiento de represas y la colaboración en el plano militar.

Pero, sin duda, lo que más impacto produjo fue el flirteo entre la Unión Soviética y la dictadura argentina en los foros internacionales[67] cuando los derechos humanos ganaban la agenda. Impacto y estupor no sólo en los círculos intelectuales del exilio argentino[68].

---

[66] Este interés se verifica, principalmente, en los artículos de Ricardo Nudelman "Argentina en el conflicto de hegemonías" y "Algo más sobre el conflicto de hegemonías" presentes en los números 2-3 y 5 respectivamente.

[67] Nudelman afirma que este entendimiento se daba aún en aquellos foros internacionales donde la Unión Soviética no participaba formalmente. Se refiere precisamente a la Conferencia de Países No Alineados realizada en La Habana en 1979. "…la ausencia de toda referencia a la situación argentina actual en el documento final (salvo la declaración de apoyo a la reivindicación argentina de soberanía sobre las Islas Malvinas, que también es proclamada por la dictadura militar) indica, a mi entender, una clara aceptación de la política soviética en el área" (Nudelman, 1979, p. 15).

[68] En relación a este punto, Nudelman polemiza con el reconocido abogado Rodolfo Mattarollo quien se encontraba exiliado en Francia y era miembro fundador de la Comisión Argentina de Derechos Humanos. Nudelman entendía que Mattarolo pecaba de cierta ingenuidad a la hora de interpretar el posicionamiento de la Unión Soviética con el caso argentino. "Pienso que Mattarollo debería comprender que "el organismo más representativo de la comunidad internacional nada puede o quiere hacer si una de las superpotencias impide su pronunciamiento, como bien lo entendíamos y denunciábamos cuando algo similar ocurrió con las atrocidades cometidas por las fuerzas expedicionarias norteamericanas en Vietnam. Creo que Mattarollo debería entender el papel de la URSS y los EEUU, como superpotencias, y su pretensión de hegemonía en el mundo, y dejar de esperar que en el futuro allanen esas dificultades

Es menester comprender que, hacia 1979, la imagen de la Dictadura estaba muy deteriorada por las denuncias internacionales a las violaciones de los derechos humanos. La "política exterior a la defensiva" de la Dictadura, que bien describe Nudelman en Controversia, tenía por objetivo recomponer una imagen muy golpeada así como también superar una situación de aislamiento. En ese sentido, la condescendencia soviética le venía, a la Dictadura, como anillo al dedo.

Las violaciones a los derechos humanos también formaba parte de la agenta bilateral entre Estados Unidos y Argentina. La administración Carter se hacía eco de las denuncias contra la dictadura argentina al tiempo que buscaba equilibrios y contrarrestar la influencia creciente de la Unión Soviética. Con la ocupación soviética en Afganistán, Estados Unidos encontró una buena razón para unir fuerzas contra su archirrival a través de dos acciones contundentes: un boicot cerealero y otro boicot a los Juegos Olímpicos de Moscú 1980. En función de estos boicot, las presiones norteamericanas sobre la Dictadura ponían sobre la mesa el vínculo comercial argentino-ruso y la agenda de derechos humanos al punto tal "que podemos deducir que la cotización internacional de la tonelada de trigo argentino podrá en el futuro medirse con una cantidad proporcional de "desaparecidos" políticos" (Nudelman, 1980, p. 16).

Además de Afganistán, la tensión internacional reconocía otros capítulos en Irán (a partir del derrocamiento del Sha, la Revolución Islámica y la crisis de los rehenes norteamericanos en Teheran) como así también en Nicaragua donde los sandinistas habían tomado el poder y en la guerra civil en Angola. En todos estos escenarios, las superpotencias jugaban sus fichas apuntalando o debilitando a uno de los sectores en pugna. En diferentes artículos de Controversia[69] se sostiene además que la coyuntura estaba signada por un debilitamiento de la posición norteamericana en la disputa por la hegemonía internacional. Todas estas contradicciones sumadas planteaban una serie de oportunidades para los países del tercermundo dentro de los cuales Argentina no era la excepción. El aprovechamiento de estas contradicciones permitía expandir los vínculos internacionales – multilateralismo – y, por añadidura, elevar los márgenes de autonomía

---

porque Argentina seguirá vendiendo cereales a la URSS para beneficio de los monopolios agroexportadores y de los terratenientes argentinos" (Nudelman, 1980, p. 16)

[69] En 4 artículos de Controversia tiene lugar una polémica interesante en torno a la naturaleza del intervencionismo soviético. Participan de la misma el español Fernando Claudín con "El expansionismo soviético" (número 8), José Eliaschev con "La europaronia de su majestad" (número 12), Ricardo Nudelman con "Antes que sea tarde" (número 14) y Carlos Ábalo con "¡El apocalipsis (expansionista) now!" (número 14). El acuerdo común sobre el cual parten todos consiste en identificar que la pelea por la hegemonía internacional estaba abierta en aquella coyuntura.

en materia de política exterior (Crespo y Nudelman, 1980). Dentro de este contexto, se puede explicar la frondosa relación bilateral de la Dictadura con la URSS.

En "Aportes para una discusión de la situación actual" (1980), Crespo y Nudelman inscriben a las Bases Políticas de la Dictadura (comentadas en la sección anterior) como el modelo institucional ajustado a los lineamientos internacionales que hemos visto. En ese sentido y en sintonía con otras interpretaciones presentes en Controversia, una futura participación de las Fuerzas Armadas en un eventual esquema de poder funcionaría como "caución definitiva" ante cualquier desviación de los objetivos previstos en las Bases. Del lado de los sectores populares, la participación activa, frente a un escenario de apertura, debería tener presente tanto el escenario de inestabilidad internacional como la interlocución entre las fuerzas en oposición a la Dictadura.

Con lo señalado hasta aquí, deseamos insistir en una idea. El debate por la democracia en Controversia no es ajeno a esta coyuntura internacional. Más aún, cuando este debate es animado por intelectuales de izquierda que, azorados o no, asisten a desplazamientos en el campo socialista que tienen por objeto a la Dictadura argentina como a otras dictaduras latinoamericanas. Aunque ninguno de los integrantes de Controversia sostenía simpatías con el socialismo real, distinto, quizás, era el caso de Cuba y, en alguna medida, de la República Popular China. Así las cosas, cobra una especial relevancia cierto posicionamiento ante la visita de estado del dictador Jorge Videla a China.

> "Pero cualquiera sea el resultado de esta visita, deberá quedar claro que si China puede recibir al dictador argentino en razón de sus "intereses nacionales", nuestro "interés nacional", que es el de nuestro pueblo explotado, torturado y asesinado por esa dictadura militar, nos impone el repudio al aval político que eventualmente pudiera darle". (Nudelman, 1980, p. 16)

No sólo este tipo de vínculos y realineamientos internacionales desvelaban a Controversia. El divorcio del eurocomunismo respecto del Kremlin también representaba un elemento desafiante en aquel cuadro de situación internacional. Hacemos extensiva esta consideración a los conatos de rebeldía en Polonia y a la vertiginosa carrera armamentista tanto a un lado como al otro de la cortina de hierro. Volvamos al interrogante planteado con anterioridad, al cual debemos reportar en esta

sección. ¿Cómo es que este mundo en pleno tembladeral influía en el debate por la democracia, en la posibilidad de una transición en Argentina? Creemos que por default. La falta de referencias tangibles a la hora de proyectar un futuro deseable, de algún modo u otro, gravitaba en las páginas de Controversia. Y más aún, si comparamos esta incertidumbre con las certezas del pasado.

Podemos afirmar categóricamente que en Controversia no se postula un "país-faro" o un "bloque regional-faro" al cual perseguir más allá de alguna simpatía personal. No pasaba lo mismo durante las décadas del 60 y 70 con Cuba, sobre todo, y las revistas de la izquierda latinoamericana. Revistas como *Marcha*, *Casa de las Américas*, *Siempre*, *La Rosa Blindada* y *Bohemia* ponderaban a Cuba como un horizonte ético y de transformación revolucionaria. Y, en ese sentido, muchas de estas revistas se constituían en relación a la Isla "en ecos, corresponsalías, baluartes de su política" (Gilman, 1999, p. 465).

En suma, no registramos en Controversia una experiencia internacional contemporánea a destacar en materia de "buen gobierno" o de "democracia participativa". Y fenómenos puntuales, como el eurocomunismo, son percibidos a la distancia sin ningún tipo de involucramiento ni entusiasmo. Lo que prima, en general, es una epistemología de la sospecha antes que juicios de valor positivos. Y en relación al futuro inmediato del país, el ánimo, en mayor medida, es pesimista[70]. Vislumbran que, de producirse, la apertura institucional arrastrará la sombra omnipresente de las Fuerzas Armadas y que, como señalamos, tampoco será posible juzgar y condenar, en el corto o en el mediano plazo, los crímenes de lesa humanidad.

Por su parte, el contexto internacional, sea por derecha o por izquierda, en términos abstractos o concretos, termina fungiendo como un juego de pinzas sobre el debate por la democracia. Por un lado, los tanques de pensamiento desacreditaban a la democracia e introducían el concepto de ingobernabilidad. Por el otro, la lucha por la hegemonía internacional exhibía miserias e intereses ajenos a los principios generativos de la democracia.

En este capítulo nos hemos abocado a semblantear al autoritarismo militar en sintonía con la coyuntura internacional. Más allá de polémicas puntuales, las diferencias entre

[70] A lo reseñado anteriormente en relación a los pronósticos pesimistas de Controversia, sumamos una reflexión de Portantiero que analiza el temperamento de las fuerzas políticas ante la propuesta política de la Dictadura. "Frente a una propuesta de "democracia restringida" planteada desde el poder, la totalidad virtual de las fuerzas políticas organizadas (incluyendo al sindicalismo) no encuentra otra opción manifiesta que acomodarse, aún para el regateo, en ese espacio predeterminado desde lo alto." (Portantiero, 1980, p. 24).

los articulistas de Controversia han sido más de forma que de fondo. Algo similar hemos registrado en el capítulo 1, en relación a la crítica a las vanguardias político-militares. Los denominadores comunes son más comunes, valga la redundancia, cuando se trata de dejar atrás el pasado e indagar el presente.

Veremos en el próximo capítulo una discontinuidad. El debate sobre el futuro que no es otra cosa que el debate sobre la democracia en la Argentina nos permitirá identificar tensiones sustanciales entre quienes abrazan la tradición socialista y quienes abrazan la tradición peronista en Controversia.

Capítulo 3. Entre la realidad efectiva y una aspiración plural

> "Con esa rara dignidad con que la ideología entierra a sus muertos, los contornos del viejo discurso racional-democratista permanecen, se empecinan y, más aún, se refuerzan a sí mismos, hasta convertirse en uno de los mayores continentes de la abstracción que registra la historia de la lucha política argentina" (Caletti, 1980, p. 27)

> "La *debilidad fundamental* de la democracia argentina está en el *propio interior del movimiento* que constituye su nervio, es decir en el propio interior del movimiento obrero argentino, en su incapacidad de reconocerse a sí mismo en el sector social decisivo, con todo lo que esto implica, para una recomposición democrática de la sociedad argentina" (Aricó, 1980, p. 16)

Los epígrafes que encabezan este capítulo tienen el mérito de introducir subrepticiamente una de las aristas del problema que aquí nos convoca. El debate por la democracia en Controversia entre peronistas y socialistas puede medirse a partir de los recelos y las críticas veladas esgrimidas desde los dos bandos. En efecto, cuando Caletti señala la obstinación del discurso racional-democratista, lo hace enfocando, sin decirlo, esta consideración en los argumentos del discurso socialista. Por su parte, Aricó, al ponderar la necesidad de una renovación sindical, señala también, inequívocamente, la necesidad de una renovación del peronismo en beneficio de una transición democrática. Más allá de los usos y costumbres y del estilo al momento de polemizar, estos escamoteos nos facilitan una primera aproximación al debate.

Sin perjuicio de lo crucial que resulta este contrapunto en Controversia para nuestra historia intelectual, lo cierto es que, en sus pasajes más álgidos, se asemeja a un debate entre sordos e incluso se acude, también excepcionalmente, a argumentos *ad hominem*. Todos estos recursos mencionados van precipitando el final de Controversia como proyecto común al tiempo que evidencian la capitulación, tanto de unos como de otros, en el esfuerzo de hacer dialogar tradiciones cuya convivencia siempre fue difícil. Permitámonos la siguiente imagen. Entre peronismo, socialismo y democracia identificamos el síndrome de la manta corta. Tanto unos como otros tiran de la manta hacia su lado cubriéndose a sí mismos y al concepto de democracia, evidente botín en disputa. Y en ese movimiento cada campo despoja al otro si no de su condición democrática, al menos, de su capacidad para acuñar coherentemente el concepto. En este escenario de acusaciones recíprocas, a grandes rasgos, los peronistas apuntan a la inadecuación de las herramientas teóricas de los socialistas y éstos les objetan a aquéllos sus prácticas reñidas con los principios generativos de la democracia.

Un tenor similar podríamos identificar cuando, en los 60-70, el divino tesoro era el término revolución. En una época aún más dramática que la del exilio mexicano aunque asistida por "la percepción a escala planetaria de la inminencia (deseada) de transformaciones radicales en la política y las instituciones" (Longoni, 2003, p. 2), las formaciones peronistas y socialistas también se recelaban. Hablamos, en este caso, de protagonistas y de organizaciones de diferente índole, no sólo de intelectuales. Aun persiguiendo un objetivo similar, aún en las coincidencias tácticas, los *cómo* y los *porqué* eran objeto de una encarnizada lucha política.

Nuevamente, estilicemos el contrapunto. El peronismo, desde el prisma marxista o socialista, era percibido como un movimiento que por su propia naturaleza – burguesa – impedía el desarrollo revolucionario de las masas y que, a lo sumo, lo único que podía concretar eran ciertos avances limitados en un marco de conciliación de clases. El socialismo, desde el punto de vista peronista, representaba un movimiento o una tradición más preocupada en rendir pleitesía a sus bibliotecas extranjeras que en embarrarse en la lucha concreta del movimiento nacional revolucionario por excelencia. En suma, bonapartistas, por un lado; revolucionarios de café, por el otro.

Observamos cómo, silenciosamente, las querellas mutuas se reconvierten y se proyectan en el tiempo. Los ecos de los 60 y 70 están presentes en Controversia y pesan. Algunos son asumidos con vergüenza, otros, en cambio, resuenan sin disimulo. Sosteníamos en el capítulo 1 que la figura que mejor le cabe a Controversia es la de la bisagra en tanto articuladora de nudos problemáticos de los 70 y los 80. Es, justamente, desde esa perspectiva que queremos dar cuenta de este debate, de sus raíces y sus secuelas.

No todo es disonancia entre peronistas y socialistas. Existían "parecidos de familia"[71] en la forma de concebir la política (Reano, 2011), la coyuntura y a la tradición liberal. Sobre esto último, nos expresamos en el capítulo anterior. Recordemos, tan sólo, que en Controversia existe cierto consenso al momento de criticar al liberalismo en su autoproclamación democrática. La historia le ha dado sobrados ejemplos a Controversia de que el liberalismo argentino, a lo sumo, ha prohijado modelos de democracias restringidas y que las "libertades económicas" pueden reinar rodeadas de campos de concentración.

También en su condición de bisagra, se vislumbra en Controversia otro consenso en tono al conflicto democrático, más propio, quizás, del campo problemático de las

[71] Según Lesgart (2003) esta expresión se la debemos a José Nun, quien a su vez la toma de Wittgenstein (p. 117).

transiciones. De tal modo, se desterraba por completo la posibilidad de incurrir en la violencia para saldar diferencias políticas. La lucha política democrática demandaba respeto por el adversario circunstancial, por la alternancia en el poder y por las instituciones, las cuales podían ser transformadas sólo por los canales institucionales previstos a tales efectos. Se pasaba a considerar a la vida pública como una irremediable polífonía (Lefort, 2004) y a ponderar los métodos para construir vida en común. Y, efectivamente, se comenzaba a considerar que esta competencia leal por el poder, este "pluralismo agonístico" (Mouffe, 1999) no debiera representar una concesión graciosa de parte de los sujetos políticos, sino más bien una condición constitutiva de la democracia moderna.

Las condiciones de posibilidad para esta polémica son las mismas que despejaron el camino para la crítica de la lucha armada como también para la evaluación del contexto dictatorial y de la ofensiva de la derecha a escala internacional. Hablamos, desde luego y en primer lugar, de la experiencia de la derrota, de su irreversibilidad, frente a quienes, en el exilio, seguían visualizando como posible y deseable una salida bajo los parámetros setentistas. En obvia alusión a Montoneros, Portantiero hacía la siguiente referencia, dando por sentado que la vía armada había fracasado "salvo para algunos que anuncian periódicamente "ofensivas finales" contra la dictadura u otros que, más novedosamente (!), imaginan ahora una coalición entre ejército y peronismo revolucionario que, a la manera árabe, instaure el socialismo…" (Portantiero, 1980, p. 13).

Se toma la derrota, entonces, como la variable que precipita la reflexión sobre la democracia (Gago, 2012). Entiéndase, por oposición, que a esta última no se llega en virtud de una maduración intelectual sobre las crisis acontecidas en el país. Recuperaremos esta idea, y sus efectos en la transición, en nuestras conclusiones.

La segunda condición de posibilidad, íntimamente ligada a la primera, es el exilio y su doble fractura (Casco, 2008). Esa que implicó, por un lado, el destierro afectivo-profesional y, por el otro (aún más relevante), el abandono de las certezas del pasado sobre las cuales hemos abundado con anterioridad. En razón de sus intereses y objetivos, Controversia oficiaba como una suerte de recomposición de esta doble fractura para quienes participaban activamente de su proyecto. Reunía a partir de premisas liminares y, sobre todo, a partir de la libertad para discutir los problemas medulares del país, dentro de los cuales se destaca la democracia. Y a diferencia del

pasado, se construye a partir de considerar a la diversidad de opiniones como un insumo fundamental. Todo esto representa un aprendizaje del exiliado (Gago, 2012).

Venimos tomando a la democracia como una gramática en construcción y como un tópico transversal – ubicuo - a toda la revista más allá de sus apariciones nominales. Consideramos también a la refutabilidad como una de las características intrínsecas de los conceptos políticos asumiendo que esta condición tampoco impide la fijación precaria y contingente de significados (Palti, 2005). De otro modo, no sería posible un mundo común de sentidos como tampoco debates como el aquí vamos a abordar. Humildemente, buscamos inscribir nuestros esfuerzos bajo el paradigma de los lenguajes políticos dando cuenta así de las respectivas trayectorias intelectuales. Buscamos también atender a las diferentes dimensiones de los lenguajes políticos: semántica, sintáctica y pragmática (quién habla, a quién le habla y contexto) (Bracco, 2018).

En este capítulo, vamos a proponer, en primer lugar, una breve genealogía de los desacuerdos entre la izquierda marxista y el peronismo. Prestaremos especial atención, sobre todo, a la naturaleza de los debates y de las críticas recíprocas – veremos que guardan afinidad con las de Controversia – más allá del contrapunto por la democracia, el cual no tenía demasiados adeptos en los sesenta y setenta. Sucesivamente, confrontaremos, en secciones apartadas, los argumentos y los artículos de los peronistas y los socialistas de Controversia triangulando oportunamente con el estado del arte y la literatura especializada.

3.1 Breve genealogía de un desencuentro

La connotada pregunta por la contradicción principal puede representar una buena puerta de entrada al debate entre la izquierda marxista y el peronismo (o la izquierda nacional). El núcleo de la discordia remite a una disyuntiva de hierro. ¿Era el antagonismo de clase o la contradicción nación-imperio lo decisivo en un país independiente en lo formal aunque periférico y subordinado en términos económicos y militares? ¿Los diagnósticos de los clásicos, que otrora alumbraron crisis y revoluciones en las sociedades más avanzadas de Occidente, poseían una validez universal? Estas preguntas, si bien retóricas, pueden ayudarnos a organizar ciertos pasajes de un desencuentro entre tradiciones cuyos intereses remiten a la emancipación de los sectores sociales menos favorecidos.

Quienes rehúsan del antagonismo clasista como motor para la transformación social, comprenden que son los movimientos nacionales los encargados de llevar a cabo las tareas históricas de realización nacional que ninguna clase puede hacer por sí sola. Y en el caso particular de América Latina, la herencia colonial, la lengua común, el monocultivo, entre otros factores, determinan un destino y la necesidad de una estrategia comunes. Por su parte, quienes abrazan la ortodoxia marxista, consagran indistintamente, en cualquier tiempo y lugar, al proletariado como el sector clave que deberá acaudillar al resto de las fracciones oprimidas en provecho de una estrategia revolucionaria con vistas a socializar los medios de producción y a liquidar, incluso físicamente, a la clase explotadora.

A todas luces, la caricaturización precedente reviste utilidad en nuestro análisis sólo para relevar la disonancia entre los movimientos nacionales y las izquierdas de nuestro país. Existe bibliografía frondosa[72] abocada a historiar cómo las formaciones tradicionales de la izquierda argentina – pensamos tanto en el Partido Socialista como en el Partido Comunista – o bien retacearon apoyo o se opusieron frontalmente tanto al yrigoyenismo como, sobre todo, al peronismo. Las experiencias populistas en función de gobierno, al autoafirmarse representando a la nación en su conjunto, produjeron incomodidad en la izquierda tradicional quienes veían cómo su pretendida base social adhería a los primeros. En ese sentido, se caracterizaba a las realizaciones y conquistas propiciadas por los populismos como maniobras distractivas e incluso demagógicas que escondían el verdadero rostro de gobiernos burgueses. La saga del Partido Comunista argentino[73] se destaca por su virulencia y por su adhesión a las directrices emanadas desde la Komintern y la ortodoxia soviética. De inspirar y organizar la agitación obrera, en un espiral de creciente conflictividad en el marco de la estrategia internacional *clase contra clase*, a integrar la Unión Democrática, junto a la UCR, el socialismo y fuerzas conservadoras – a la usanza de los frentes populares europeos - con el objetivo de derrotar al peronismo (al cual se lo asimilaba al nazismo[74]).

Contra este temperamento, se rebelarían importantes núcleos militantes e intelectuales de la izquierda tradicional para formar la connotada nueva izquierda al inicio de la

[72] Ver en Corbiere Emilio. *Orígenes del comunismo argentino (Historia del Partido Socialista Internacional).* Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1984 y Vazeilles José. *La izquierda argentina que no fue.* Editorial Biblos. Buenos Aires, 2003.

[73] Para complejizar esta caracterización, recomendamos el artículo de Aricó "Los comunistas en los años 30" presente en el número 2-3 de Controversia.

[74] Cuando no se lo inscribía dentro de la dicotomía civilización-barbarie, representando el segundo de estos términos el desplazamiento de los valores de las generaciones obreras pioneras vinculados con la autonomía política y la asociatividad (Portantiero, 1969).

década del 60. Esta "generación sin maestros" denunciaría el europeísmo reinante en las estructuras tradicionales velado bajo una discursividad clasista totalmente enajenada e incluso ultimatista. No pocos divulgadores e intelectuales con orígenes en el PS o el PC – y vinculados ulteriormente con la izquierda nacional – denunciarán las anteojeras "extranjerizantes" desde las cuales la izquierda tradicional analizaba la realidad y obraba en consecuencia. Incluso se buscaban razones en el hecho de que hubo extranjeros en el nacimiento de estas fuerzas políticas[75]. No queremos avanzar demasiado en esta dirección en tanto no es objeto prioritario de esta investigación. Permitámonos sí señalar que el proceso de formación de esta nueva izquierda, concomitante con la nacionalización de los sectores medios y la politización del arte y la cultura, significó una novedosa aproximación entre el marxismo y el peronismo, en términos intelectuales y políticos, revalorizándose una perspectiva latinoamericana y antimperialista. No obstante, persistirá una tensión, cierta disparidad de criterios entre ambos sectores, sobre todo intelectuales, en torno a las herramientas para conocer la realidad.

En el número 5 de la Revista Los Libros[76], de noviembre de 1969, encontramos elementos para desovillar el desencuentro intelectual y político que aquí nos ocupa. En este número, Portantiero desarrolla una crítica a tres trabajos sobre el peronismo de Félix Luna, Rodolfo Puiggrós y Gonzalo Cárdenas. El libro de Luna es "El 45". Portantiero lo califica como una crónica bien documentada sobre el comportamiento del ejército y los partidos políticos en aquel año crucial desde una óptica radical que busca acercar posiciones con el peronismo. Nuestro crítico, en este caso, queda insatisfecho con el lugar que se le reservaba a Perón en tanto es presentado como un sujeto pasivo determinado por una coyuntura que le es ajena.

El trabajo de Puiggrós[77], por su parte, transitaba el camino de la interpretación de los mismos hechos narrados en "El 45". Las marcas de enunciación, claramente, son otras. Puiggrós se había formado en el comunismo argentino y, en su madurez intelectual, continuaba empeñado en criticar la ineptitud de la izquierda tradicional. El énfasis

[75] Oscar Terán (2013) cita los ejemplos de Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos. Estos dos sumaban, en este cuadro de rechazo al cosmopolitismo de izquierda, a la ciudad de Buenos Aires como "metáfora geográfica de la entrega al extranjero" (p. 141).

[76] La Revista Los Libros (1969-1976) representa una fiel expresión de los avatares de un sector de la nueva izquierda intelectual. Inicialmente pensada como un proyecto modernizador de la crítica literaria, este proyecto fue reconvirtiéndose al compás de la radicalización de la política (Espósito, 2015). Contó con la dirección de Héctor Schmucler y con la colaboración de otros integrantes del Consejo de Redacción de Controversia como Aricó, Del Barco, Portantiero y Terán.

[77] "El Peronismo. 1. Sus causas".

estaba puesto en el consabido clivaje entre "vieja y nueva clase obrera" y su relación con los orígenes del peronismo. Puiggrós va a terciar a favor de los nuevos dirigentes en tanto sostuvieron las posiciones más avanzadas frente a una "vieja guardia sindical"[78] anacrónica y tributaria de la izquierda tradicional. Hasta aquí la crítica no excede los marcos convencionales del género. Veremos cómo con el texto de Cardenas[79], la crítica se ubica en otro nivel e introduce un punto de fricción entre las herramientas de análisis marxistas y una particular acepción del peronismo.

Portantiero caracteriza al ensayo de Cárdenas "El peronismo y su cuña neoimperial" como un texto militante y lo sitúa al interior de la "ortodoxia partidaria". Representa, en ese sentido, una iniciativa por definir ideológicamente al peronismo inscribiéndolo dentro de los movimientos del Tercer Mundo. Definición doctrinaria para Cárdenas que no admite ninguna discusión. Esta singularidad es el argumento por el cual Cárdenas entiende que no se puede analizar el peronismo con categorías sociológicas europeas. Obviamente, el marxismo se encontraría comprendido dentro de las generales de esta ley. La conclusión "espectacular" a la que llega consiste en asumir que al peronismo sólo lo explica el mismo peronismo.

Cárdenas lejos de ceñirlo a un fenómeno social y político, eleva la consideración del peronismo a un "nuevo campo epistemológico". De más está decir que para Portantiero todo esto representa un exceso de voluntarismo reñido con la más mínima coherencia. Además, impugna la ponderación que hace Cárdenas de la contradicción nación-imperio por considerarla inconsistente. Al estar la estructura productiva argentina permeada por el imperialismo, para Portantiero las contradicciones entre clases incluyen a la contradicción nacional. Portantiero podría haberle respondido a Cárdenas invocando a Fanon - líder tercermundista si los hay – quien sostenía que la liberación social es, además, liberación nacional.

[78] Para Portantiero, Puiggrós adolece de rigor histórico e incluso sugiere que el autor adultera una fecha para consentir su interpretación. "El afán de Puiggrós por avalar su versión de que la mayoría de los sindicalistas tradicionales se opusieron a Perón, lo lleva a cometer en su libro un error sospechoso, al ubicar la reunión del II Congreso de la CGT (…) en diciembre de 1943, es decir, cuando Perón ya era Secretario de Trabajo y Previsión, siendo que en otra parte del libro ubica correctamente la fecha de ese congreso, un año antes, en 1942" (Portantiero, 1969, p. 11). Esta polémica con Puiggrós retoma algunos de los argumentos que el mismo Portantiero había planteado, junto a Miguel Murmis, en los documentos de trabajo del Centro de Investigaciones Sociales Nº 49 y Nº 57. Ambos volverán sobre el particular en "Estudios sobre los orígenes del peronismo" (1971).

[79] El ensayo de Gonzalo Cárdenas "El peronismo y la cuña neoimperial" forma parte de un volumen de redacción compartida denominado "El peronismo" de Carlos Pérez editor. Participan también Ángel Cairo, Pedro Geltman, Ernesto Goldar, Alejandro Peyrou y Ernesto Villanueva.

Con este caso particular, se comienza a cavar una trinchera en defensa de la validez científica del marxismo, en contra de la fetichización del peronismo, el provincianismo intelectual y el "elogio de la inefabilidad" (Terán, 2013, p. 139).

> "Por todo eso, y mientras tanto, quizás continúe siendo preferible explicar al peronismo mediante el uso de antiguallas tales como desarrollo de las fuerzas productivas, tipo de relaciones de producción, estructura de clases, alianzas y conflictos entre ellas, y otras desmesuras "occidentales". Y eso en homenaje al propio peronismo, que para validar su vigencia en la historia política argentina no necesita ser convertido en una cosmovisión desaforada." (Portantiero, 1969, p. 22)

En este mismo número de "Los Libros", Oscar Terán publica una crítica al libro de Norberto Wilner "Ser social y Tercer Mundo". En rigor de verdad, la crítica también se extiende al prólogo de ese trabajo, de autoría de Amelia Podetti. El artículo de Terán se denomina "Las robinsonadas de lo nacional" y desde el título nomás se verifica el tenor del desacuerdo. Claramente, este trabajo de Terán guarda una simetría profunda con el de Portantiero que acabamos de analizar.

Terán emprende una defensa de la obra marxiana frente a estos dos contradictores. Cuando impugnan el economicismo marxista, Terán se defiende sosteniendo que el economicismo es una desviación marxista que sólo se puede atribuir al reformismo y a la II Internacional. Cuando se impugna el fatalismo, Terán sostiene que de haber formulado alguna predestinación, Marx la restringió a los países de Europa Occidental. Terán concede a sus contradictores el hecho de que ni Marx ni Engels abordaron adecuadamente los problemas del colonialismo y la cuestión nacional. Pero esta carencia tampoco habilita a emparentar al marxismo con el imperialismo. ¿Dónde radicaría este vínculo entre imperialismo y marxismo? Terán reconstruye el argumento de Podetti por el cual la ausencia de una especificidad nacional en el marxismo desemboca en una complicidad con el imperialismo.

> "Esta ausencia corre paralela con un mecanismo hábil para "enmascarar los planes imperialistas", que se configura a partir del "robinsonismo social": una sola sociedad produciendo aisladamente y generando plusvalía en forma inmanente. Este ocultamiento encubriría "el "interés común que

> unifica a las dos clases antagónicas de la sociedad industrial": la explotación colonial" (Terán, 1969, p. 3).

En este punto, la defensa de Terán no es tan clara o, al menos, tan enfática. Por un lado sale al rescate de Marx identificando el despertar de su interés en las regiones periféricas después de la derrota de la Comuna de París. Por el otro y en función de este despertar, sostiene que se puede plantear el problema colonial dentro de los "marcos conceptuales" de Marx aunque sin dar demasiadas precisiones al respecto.

Terán releva en la perspectiva de estos autores diferentes vicios como el espontaneísmo y la autosuficiencia teóricas. Invierte la carga de la crítica de la cual el marxismo es objeto para identificar las inconsistencias del "robinsonismo de lo nacional". La polémica no se agota aquí. Terán se introduce en el arenoso terreno de las identidades políticas para desacreditar las posiciones de sus adversarios emulando una suerte de argumento ad hominem. Se pregunta por el significado político[80] de este tipo de obras en un contexto – fines de los 60 – en el cual estaban convergiendo los sectores más avanzados del peronismo[81] y el marxismo. Elípticamente, Terán, preguntándose quiénes quedarán fuera del "camino de la liberación nacional y social", termina ubicando a Podetti y Wilner[82] fuera de esa convergencia y en el cuadrante de la derecha del peronismo.

> "Al margen de él quedarán los "marxistas de salón" que ponen el acento en la forma para menospreciar el *contenido,* y los peronistas de derecha que tras la *forma* oscuren [sic] el *contenido*" (Terán, 1969, p. 23) (Cursiva en el original)

[80] También podríamos señalar que esta es un tipo de lectura pragmática (en el sentido asignado por Skinner). Terán interroga el contexto de estas intervenciones; se pregunta por el sentido de las mismas, por la operación que encarnan en el marco de esta disputa intelectual y política.

[81] En el artículo de Portantiero que mencionamos con anterioridad también se distingue entre un peronismo de izquierda y otro de derecha. "… la contradicción de clases incluye a la contradicción nacional y que sólo la primera puede motorizar a un auténtico movimiento de liberación, tal como lo prueba, entre otras cosas, la diferenciación interna que se opera en el propio peronismo entre una "derecha" y una "izquierda", pese a los esfuerzos ecuménicos que Cárdenas realiza para fetichizar ese movimiento como una "totalidad"" (Portantiero, 1969, p. 22)

[82] Tanto Amelia Podetti como Norberto Wilner fueron importantes animadores de las Cátedras Nacionales en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Podetti, por su parte, mantuvo vinculación con la organización peronista Guardia de Hierro y fue Secretaria de Cultura de Isabel Perón hasta su derrocamiento. Para una semblanza de su trayectoria ver en Denaday. J. Amelia Podetti: una trayectoria olvidada de las Cátedras Nacionales. 2013. (En línea) (Consulta: 23 de septiembre de 2019). https://journals.openedition.org/nuevomundo/65663

Discusiones como éstas conocieron también un capítulo de orden institucional, académico. En la Carrera de Sociología de la UBA y, en general en la Facultad de Filosofía y Letras, tuvieron lugar la experiencia de las Cátedras Nacionales[83]. Por un lado, esta experiencia significó la pérdida de hegemonía de la sociología empirista y cientificista bien representada en la obra y en la trayectoria de Gino Germani. Aunque siendo más precisos podríamos decir que el comienzo de esta pérdida de hegemonía antecedió al nacimiento de las Cátedras Nacionales. En ese sentido, podemos tomar, como fecha de referencia, la renuncia de Germani al Departamento de Sociología de la UBA en 1962. Por otro lado, las Cátedras Nacionales fueron fiel expresión del proceso de politización, de amplias capas sociales y culturales, característico de los 60 y 70. En ese marco, podemos circunscribir el debate entre las Cátedras Nacionales y sus homólogas marxistas – Las Cátedras Marxistas[84] – en tanto las primeras desdibujaban las fronteras del binomio ciencia-política y las segundas pretendían resguardar la especificidad de las ciencias sociales, gravemente herida junto al retroceso del paradigma modernizador.

La intervención de las universidades nacionales de 1966, propiciada por la Dictadura de Onganía, lejos estuvo de representar una barrera para el desarrollo de las Cátedras Nacionales. Por el contrario, fue a partir de ella que ingresaron a la Facultad de Filosofía y Letras profesores vinculados al catolicismo posconciliar, entre ellos el mencionado Gonzalo Cárdenas y el sacerdote Justino O´ Farrell. A partir de allí y con el impulso de jóvenes graduados[85], se renovaba la oferta académica incorporándose las asignaturas de las Cátedras Nacionales, especialmente, en la grilla de las materias especiales y optativas.

Las Cátedras Nacionales abrazaron la teoría de la dependencia, desestimaron a la tradición intelectual europea e incorporaron autores argentinos como Scalabrini Ortiz y Jauretche como también escritos de líderes tercemundistas (Perón, Mao, entre otros). Se asistía, de tal modo, a un rescate del otrora vilipendiado "ensayismo". Frente a la

[83] Para recuperar estos debates vamos a acudir a Ghilini, A. Las cátedras nacionales, una experiencia peronista en la Universidad. 2010. (En línea) (Consulta: 24 de septiembre de 2019). http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5124/ev.5124.pdf

[84] "Las "cátedras marxistas" tuvieron su origen en 1964 cuando los discípulos de Germani: M. Murmis, J. C. Portantiero, E. Verón, O. Landi, H. Schmucler, entre otros, comienzan a incorporar autores marxistas y nuevas perspectivas teóricas en los programas de sociología" (Ghilini, 2010, p. 16).

[85] Ghilini (2010) identifica como integrantes de las Cátedras Nacionales a Alcira Argumedo, Horacio González, Juan Pablo Franco, Fernando Álvarez, Roberto Carri, Enrique Pecoraro, Ernesto Villanueva y Susana Checa. "También Amelia Podetti, Gunar Olson y Norberto Wilner, con formación filosófica, Rolando Concatti, uno de los más conocidos miembros del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, y Norberto Habegger, ex seminarista jesuita" (Ghilini, 2010, p. 5).

sociología cientificista y funcionalista, las Cátedras Nacionales abjuraban de la pretendida neutralidad valorativa y ponían todo su empeño en la construcción de una teoría social al servicio de la liberación nacional y latinoamericana. Desde esa posición, polemizaban con las interpretaciones en boga sobre el peronismo, como por ejemplo la de Gino Germani, que identificaba en Perón a un líder demagógico, o la de Ismel Viñas, que reducía al peronismo a un fenómeno burgués (Ghilini, 2010).

El contrapunto más significativo con las Cátedras Marxistas es prácticamente el mismo que identificamos en las páginas de Los Libros (más allá de que puedan coincidir o no los protagonistas). Las Cátedras Nacionales entendían que la clave para entender la historia latinoamericana no estaba en las clases sociales si no en la contradicción nación-imperio. Por eso es que ponderaban la categoría "pueblo oprimido" frente a quienes ponían el énfasis en la "clase".

No obstante, las Cátedras Nacionales no renegaban del marxismo en un todo sino se lo apropiaban "desde un interés puramente político, como método para pensar la realidad críticamente y conjugaban esta teoría con los aportes de líderes políticos latinoamericanos o tercermundistas" (Ghilini, 2010, p. 16). Aquí, la diferencia con las Cátedras Marxistas es palmaria en tanto éstas tomaban al marxismo desde un interés prioritariamente teórico y científico. Y, a su vez, reconocían su validez para pensar a las sociedades latinoamericanas sin la necesidad de acudir a elementos teóricos subsidiarios.

Podemos encontrar un debate similar en los usos de la obra de Gramsci. Aquí los "contendientes" son Horacio González[86], por un lado, y el grupo editor de Pasado y Presente, por el otro. En representación de su grupo de la Revista Envido, González tomaba la voz para denunciar la presencia de una óptica althusseriana en la perspectiva gramsciana de Pasado y Presente (PyP)[87]. ¿Cuál sería el problema de esta interpretación? "Tanto H. González como *Envido* le endilgaban al althusserianismo una especie de cientificismo; o un cientificismo de nuevo tipo" (Gómez, 2016, p. 8). Es

[86] Integrante de las Cátedras Nacionales y graduado de la carrera de Sociología de la UBA, Horacio González era, por entonces, animador de la Revista Envido (julio 1970-noviembre de 1973) desde donde polemizaba con la izquierda marxista. Tanto Envido como Antropología del Tercer Mundo (noviembre de 1968-marzo de 1973) eran publicaciones vinculadas a las Cátedras Nacionales y a la Tendencia Revolucionaria del peronismo. González, a su vez, editó en 1972 una versión de El Príncipe Moderno de Gramsci, la cual fue retitulada como "El Príncipe Moderno y la voluntad nacional-popular" e incorporo un prólogo de su autoría, bajo el sugestivo título "Para nosotros, Antonio Gramsci".

[87] Para ver esta tensión tomamos a Gómez, S. Horacio González y sus usos de Antonio Gramsci en el marco de las Cátedras Nacionales (1968-1971) y la revista Envido (1970-1973). 2016. (En línea). (Consulta: 26 de septiembre de 2019). https://journals.openedition.org/nuevomundo/69757

decir que, por intermedio de esta operación, los ecos neutralistas del funcionalismo resonaban en PyP al reducir a Gramsci a una especie de cientista social.

González estaba empeñado en recuperar la productividad política de Gramsci y en acuñar un uso historicista de su obra en provecho de una estrategia revolucionaria para el peronismo frente a quienes celaban la autonomía de la práctica teórica. El concepto de bloque histórico le calza a la perfección en razón de su capacidad de aunar dimensiones otrora diferenciadas (base-superestructura) y de justificar la unidad de Perón – líder – con su pueblo. En ese sentido, la revalorización de *El Príncipe* gramsciano consistía en su asimilación con Perón. Lejos de percibir en aquél cinismo o amoralidad, introducía en Perón la inspiración política de construir un ordenamiento enraizado en el pueblo, un proyecto estatal consustanciado con la voluntad nacional-popular.

El Gramsci de los peronistas es un Gramsci revolucionario, una referencia para concretar las aspiraciones populares y no un subterfugio para excusarse de derrotas y equívocos. Se pondera – siguiendo a González - una experiencia viva frente a los que obturan sus categorías con mimetismos sociológicos o lo usan para sofisticar yerros pasados. Así como antes asimilaban peronismo con bonapartismo – sostenía González -, ahora[88] con mayor elegancia, acuden al "cesarismo progresista" desde la distancia que parte en dos a la ciencia y la política. Se apropiaban, los peronistas, de una obra que no estaba "tallada en piedra" y que tampoco representaba una carta blanca para adherir a la causa popular. En Envido, ante todo, ya se reconocían parte de la experiencia popular en tanto asumían la identidad peronista.

Quizás sea menester no concederle toda la autoridad a los planteos de González y ensayar alguna recuperación del grupo Pasado y Presente en relación a Gramsci y la lectura de aquéllos del peronismo. Esto último teniendo en cuenta que, obviamente, en PyP identificamos antecedentes temáticos de Controversia más allá de los nombres propios de Aricó y Portantiero. PyP surgió en 1963 a instancias de un grupo de intelectuales comunistas que habían sido expulsados de su Partido. El aporte intelectual más significativo que hicieron consistió en renovar la biblioteca del marxismo argentino incorporando, justamente, a Gramsci. Para ello se valieron de los esfuerzos y de las traducciones impulsadas por quien fuera su maestro, el importante dirigente comunista Héctor Agosti. En PyP no sólo se ciñeron a Gramsci, sino que midieron la envergadura

[88] Nos referimos a la primera etapa de PyP.

del materialismo histórico frente a otras tendencias del pensamiento como el existencialismo, el estructuralismo y el psicoanálisis, entre otras "herejías".

Junto a Gramsci, concibieron la necesidad de construir hegemonía, entendida como la dirección moral e intelectual de la sociedad y, por añadidura, la especificidad de la subjetividad y la voluntad en el desarrollo de los procesos políticos sin perjuicio de las contradicciones económicas de orden estructural. En ese mismo cuadro, prestaban especial atención al rol de los intelectuales para organizar la cultura obrera y popular en el marco de la disputa por la hegemonía, tarea a la cual PyP se entregaba[89]. En su primera etapa cordobesa – entre 1963 y 1965 - alcanzaron una interpretación del peronismo ajena a las inspiradas por el dualismo civilización y barbarie, del cual el comunismo argentino fue tributario si recordamos cómo asimilaron peronismo a nazifascismo. En este período, en PyP, el peronismo era concebido como un momento de constitución política para las masas obreras, también como un momento de equilibrio frente al poder oligárquico y se ponderaba positivamente el fortalecimiento de los sindicatos. También se destacaba la sagacidad de Perón pero no se lo consideraba un revolucionario. De más está decir que no adherían al peronismo e identificaban la posibilidad de su superación a partir de potenciar el vínculo entre los intelectuales y las masas obreras (Basombrío, 2007).

Con la efervescencia del año 1973, PyP volvía a editarse, esta vez desde Buenos Aires. Esta vuelta estuvo acompañada de un posicionamiento en torno a la disputa que tenía lugar al interior del peronismo. Para PyP, el estado de cosas en el peronismo permitía la posibilidad de desarrollar un camino autónomo para la clase obrera y concretar la realización del socialismo. Amén de este diagnóstico, la opción era clara: la Tendencia Revolucionaria y, en especial, Montoneros como espacio de acumulación para librar una "guerra de posiciones". Entendían la construcción de hegemonía como un proceso revolucionario alternativo al "burocratismo sindical" (y al liderazgo de Perón) y al vanguardismo izquierdista del ERP. Los primeros buscaban reanudar un modelo de capitalismo autárquico, el cual para PyP estaba agotado. Los segundos, al desestimar al peronismo como identidad obrera, facilitaban la fragmentación de las clases subalternas (Farías, 2014).

[89] Para repasar estas lecturas de Pasado y Presente y, en especial, de Aricó ver en Basombrío, C. Peronismo y marxismo: la interpretación de José Aricó. 2007. (En línea). (Consulta: 30 de septiembre de 2019). http://cdsa.aacademica.org/000-108/686.pdf

Como sostiene Farías (2014)[90], la categoría de hegemonía gramsciana también les servía para "marcarle la cancha" a Montoneros. La organización tenía que entender que las vanguardias "son un momento determinado, y no determinante, del proceso revolucionario" (Farías, 2014, p. 222). Por eso es que debían acompañar la experiencia de los trabajadores y no caer en el sustituismo. También el lugar de las acciones armadas tenía que ceñirse a esta concepción. El "contrapoder" debía tener como actor principal al movimiento social, fluir de abajo hacia arriba. De otro modo, la organización incurriría en una relación de exterioridad y mecanicista con las clases subalternas.

Veremos, más adelante, cómo los socialistas de Controversia, en pleno debate con los peronistas, acudirán, nuevamente, a la categoría de hegemonía pero, esta vez, con otras acentuaciones. Allí el horizonte no será la revolución sino más bien la apertura democrática y la necesidad de una fuerza socialista externa al peronismo. Persistirán en la defensa de las herramientas analíticas universales dejando sentado que es falso que el peronismo sólo se rinde "ante la empatía" (Portantiero, 1980, p. 12). Predicarán la carencia de atributos democráticos en el peronismo así como otrora marcaban la carencia de atributos revolucionarios. En espejo, los peronistas también repetirán argumentos del pasado, renovarán otros tantos, coincidiendo quizás en la bifurcación que se abría para ambas tradiciones y trayectorias.

3.2 ¿Caídos del cielo o del catre?

> "Hacer de la política un encuentro abierto. Una militancia con lo cálido de la vida. No con la forma seca de una naranja, como veíamos en esos tiempos a tantos asteroides y anacoretas del activismo marxista recitando contra el populismo". (Casullo, 2008, p. 93)[91].

Lejos de representar una "forma bastarda de la deliberación", las polémicas forman parte del debate democrático más allá de sus ribetes encendidos y de los eventuales exabruptos. Cumplen su función en el marco de lo que podríamos denominar un paradigma adversarial y no representan la negación del debate sino más bien su

[90] Ver en Farías, M. Controversia *como legado de* Pasado y Presente: *la resignificación de una biblioteca teórico-política*. 2014. (En línea). (Consulta: 30 de septiembre de 2019). https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=387036833017

[91] Este pasaje corresponde a una carta de Nicolás Casullo, de 1974, a su compañero de militancia en Montoneros, Jarito Walker. Éste y otros textos de Casullo se encuentran reunidos en Casullo, Nicolás. *Peronismo. Militancia y crítica (1973-2008).* Colihue. Buenos Aires, 2008.

paroxismo (Amossy, 2015, p. 25). A partir de esta brevísima mención descriptiva, quisiéramos destacar la productividad de la polémica que dividió a los peronistas y a los socialistas en Controversia.

Verónica Gago (2012) no sólo identifica con claridad a los protagonistas de la disputa[92], también afinca la productividad de esta polémica en razón de su carácter anticipatorio de los "temas de la campaña presidencial de 1983" (p. 87), sobre todo, al consignar como tópicos la saga del peronismo revolucionario y del sindicalismo. Al identificar algunos puntos ciegos y giros en falso de la polémica y de Controversia, en general, Gago se permite una mirada retroactiva y, también categórica, afirmando que "no es casual que el radicalismo como representante histórico de la democracia formal tal como se consideraba al inicio, sea la fuerza política que logra hegemonizar el momento de transición y dar cuerpo a la "restauración democrática"" (Gago, 2012 p. 85). Recuperaremos esta perspectiva de análisis en nuestras conclusiones apoyándonos en el derrotero político e intelectual de los protagonistas de la polémica una vez concluido el exilio.

El centro de la querella de los peronistas radicaba en caracterizar al socialismo como un "socialismo caído del cielo"[93]. Esta metáfora tenía una doble connotación. Primero, refería a una crítica de larga data vinculada a la desconexión del socialismo con la realidad nacional. Nótese la ostensible continuidad con lo visto en la sección anterior. Segundo, caían del cielo porque los renovados planteos socialistas presentes en Controversia no hacían justicia con la trayectoria socialista pretérita. Caían del cielo porque reformulaban sus inquietudes y programáticas como si se tratase de un socialismo nacido de generación espontánea, sin antecedentes de intervención e influencia en la vida nacional.

En su artículo conjunto, Casullo y Caletti (1981) son implacables. Les imputan que todas las reelaboraciones teóricas y políticas emprendidas no partían del "drama" (p. 7) nacional sino más bien de encrucijadas europeas y si es que osaban asumir algún tipo de autocrítica, ésta tenía como referencia a la mentada "crisis del marxismo" (Ibíd) propia de las fuerzas políticas del hemisferio norte. A diferencia de lo ensayado por la izquierda peronista, la izquierda no peronista no ensayaba ninguna autocrítica honesta que no estuviera mediada por "paños y tibiezas" (Ibíd.). A juicio de los autores, toda

[92] "Se inicia aquí otra controversia sobre el populismo: quedarán J.C. Portantiero y E. De Ipola, por un lado, y N. Casullo, S. Caletti y E. Casariego-Argumedo, por otro" (Gago, 2012, p. 25).

[93] La metáfora hace referencia al artículo de Casullo y Caletti denominado "El socialismo que cayó del cielo" publicado en el n° 14 de Controversia.

esta nueva aventura socialista no representaba más que un "anodino reto ideológico y político" (Ibíd).

Sobre la cuestión democrática, se extiende una consideración similar. No partían de la sensibilidad que las mayorías populares le imprimían a la cuestión sino más bien a partir de traducciones de escenarios extranjeros signados por regímenes democráticos estables e "izquierdas burocratizadas y de masas que hoy se plantean su participación en futuros gobiernos de coalición" (p. 8). La revisión del leninismo y del partido de vanguardia también recibía un tratamiento similar. No lo rechazaban a instancias del espejo nacional y su contradictorio movimiento peronista sino por "el descubrimiento del feminismo, el ecologismo y ciertos extraparlamentarismos contestatarios del viejo continente con su copiosa bibliografía" (Ibíd).

Extraviado de la historia nacional y de su propia historia[94], el discurso socialista, más allá de su renovada biblioteca, testificaba un capítulo más de su propia enajenación. De tal modo la teoría se medía con más teoría, "textos ecuménicos" (Ibíd), y todo en el marco de un lenguaje babeliano cuya contracara era un "saber psicotizado" (Ibíd). Entre tanto "escamoteo", este discurso socialista se fugaba hacia adelante fetichizando el mismo vocablo (*socialismo*) que le permitía "escapar graciosamente de cualquier incendio" (Ibíd).

Casullo y Caletti estaban discutiendo, principalmente, con Portantiero quien, en el número 8 de Controversia, publicó un balance categórico sobre el peronismo y, en especial, sobre la izquierda peronista bajo el título "Peronismo, socialismo y clase obrera". Allí Portantiero (1980), por un lado, descartaba, de plano, la posibilidad de que el peronismo pueda culminar en el socialismo – tópico que luego desarrollará junto a De Ípola en el número 14 – e hipotetizaba en torno a las opciones más razonables que se les

[94] Casullo y Caletti le dedican algunos párrafos a este escamoteo socialista respecto de su propia historia, sobre todo a lo acontecido desde 1966-68. Y también la reponen, desde su óptica, con las siguientes palabras. "Fue, como socialismo, amplia y mayoritariamente guerrillero, antiperonista y empedernido anticualquier modelo de estado democrático ("farsa") elegido por el pueblo en lo marcos de la institucionalidad burguesa. Luchó tozudamente para que el pueblo no cayese ni en "el golpe" ni en "la elección" sino que admitiese que el cambio violento de estructuras pertenecía al horizonte del semestre. Consideró, a partir del sectarismo político que produjo la experiencia obrera de Sitrac-Sitram, el seguro quiebre histórico del peronismo. Llamó a votar en blanco entre la dictadura y la candidatura de Cámpora en nombre de "la nueva y desperonizada historia" que había inaugurado una peculiar historia del Cordobazo. Interpretó el arribo a la presidencia del general Perón no como una reivindicación histórica del pueblo sino como el fruto de maniobras palaciegas (el no votado Cámpora pasaría a transformarse entonces en el "emblema democrático" de medio siglo argentino). Asaltó cuarteles a los tres meses de la elección de un gobierno popular, se fascinó con la guerrilla peronista cuando ésta ya había iniciado su proceso de gruesas equivocaciones y soberbias, habló del campo y un cerco progresivo a la ciudad, o bien consideró al lopezrreguismo como el punto óptimo entre la URSS y USA, o llamó trotskistamente a formar soviets campesinos y obrero unos meses antes del golpe" (Casullo y Caletti, 1981, p. 7)

presentaba, de cara al futuro, a aquél movimiento popular y a su ala izquierda. Primeramente, Portantiero dejaba explícitamente sentada su posición en torno a la validez de "las herramientas universales analíticas" para el análisis del peronismo. En base a ellas, analizaba la performance electoral justicialista (1945-1975) para concluir que cuando alcanzaba guarismos plebiscitarios, ésto se debía a la eficacia en la concurrencia de sus dos tendencias constitutivas: *el laborismo y el populismo*. Bajo la categoría *laborismo,* Portantiero identificaba a la clase obrera urbana y a sus organizaciones sindicales, las cuales encontraron en el peronismo su salto a la política y la superación de sus reflejos corporativos y reivindicativos. Bajo *populismo,* subsumía al conjunto de fuerzas pluriclasistas del interior de país en zonas de limitada o nula industrialización. Esta descripción se ajustaba a los liderazgos provinciales tradicionales enrolados en el conservadorismo popular o madurados al interior del neoperonismo, las fuerzas que se abrieron paso en el interior del país con la proscripción del peronismo.

Sean la clase obrera urbana o los sectores populares de la periferia, lo cierto es que ambos vivieron con naturalidad la lealtad al peronismo. A quienes esta lealtad les producía "difíciles estados de ansiedad" (p. 12) – y aquí va el primer apelativo de Portantiero – era a los intelectuales radicalizados y a las clases medias peronistas. Éstos y la ortodoxia justicialista, al negarle recíprocamente al otro su membrecía durante los 70, arrastraron al peronismo a una "penumbrosa polisemia" (Ibíd). En perspectiva, el autor calificaba como un "dislate" (Ibíd) la homonimia entre peronismo y socialismo como, a su vez, la traslación del modelo tercermundista a la realidad argentina. "Evita pasó a ser una versión – mejorada por criolla – de Rosa Luxemburg; Perón un Mao de las pampas, y la clase obrera urbana (…) devino en la fantasía colonial del campesinado de Fanon" (Ibíd)[95].

Portantiero, no obstante, reconoce que el peronismo era la fuerza más activa en la oposición a la Dictadura Militar. Pero, ahora bien, la misma izquierda peronista que otrora buscaba sacrificar a sus adversarios internos en provecho de sus objetivos, desde

[95] Este pasaje de Portantiero despertó respuestas encendidas en el sector peronista de Controversia. "Dejemos de lado que ni Evita es una versión de Rosa Luxemburg, ni Perón un Mao de las pampas. Tampoco un Hitler sobre caballo pinto o un rampante Napoleón III de camisa sudorosa. Con todo la versión que se nos presenta del líder de los trabajadores argentinos deja ver las huellas de un *gorilismo mal depilado*" (Casariego, 1981, p. 12). "Y mucho más dramáticamente que lo que afirma Portantiero, en cuanto a que la izquierda peronista supuestamente confundió a Perón con Mao y a Evita con Rosa Luxemburg, puede decirse en cambio que lo *patétic*o resultó creer empedernidamente, ni siquiera confundir, que hombres del 17 ruso, mujeres del principios del siglo alemán o italianos del 30 tenían las claves decisivas para orientarnos en nuestro complejo país periférico de los setenta" (Casullo y Caletti, 1981, p. 7) (Las cursivas en las dos citas son nuestras).

el exilio reivindicaba al peronismo, en un todo, en una "reconversión apologética" (Ibíd) evidenciando una pendularidad poco razonable. Es con estos antecedentes que Portantiero se animaba a vislumbrar los diferentes escenarios posibles y viables para el peronismo.

Entre las dos tendencias constitutivas del peronismo, sería el *laborismo* el mejor posicionado para reconstruir la fuerza política y participar de una transición democrática. Y tanto los trabajadores como las fuerzas no peronistas deberían vérselas con un futuro peronismo más parecido al Labour Party inglés que con el movimiento de liberación nacional que imaginó la "clase media tercermundista" (p. 14) de la década del 70. Con ese escenario, la opción más realista que se le presentaba al peronismo revolucionario era la posibilidad de desarrollar un espacio de izquierda dentro de esa estructura laborista "descartada la mutación mágica de peronismo al socialismo y la improductividad política a largo plazo de la "unidad del peronismo"" (p. 13). Este proyecto supondría una tarea política ardua y de largo aliento amén de considerar al sindicalismo como un grupo de presión y naturalmente corporativo para el cual la construcción de hegemonía no estaba entre sus prioridades[96].

Casullo y Caletti arremetían contra lo que consideraban un "enjuiciamiento" del socialismo al peronismo, contra la "historia reemplazante" (p. 9) que enarbolaban desacreditando lo nacional, contra las salidas políticas "extramuros" (p. 10) del peronismo. En base a estas consideraciones, entendían que Portantiero buscaba la "socialdemocratización" (Ibíd) del peronismo a imagen y semejanza de lo que ocurría en otras latitudes. Enfatizaban en que estas nuevas lecturas e interpretaciones reeditaban las ínfulas "modernizantes" de otrora y, cuando no, se apelaba al "típico modo "civilizatorio" que se proyectó en el permanente fracaso socialista en nuestras crónicas" (Ibíd).

Los dos creían en la necesidad de una "teoría nacional" que diera cuenta de las transformaciones en curso desde una óptica situada, singular, receptiva de los movimientos populares, sus despliegues y reconversiones. No obstante esto no significaba una "peronización de los conceptos" (Ibíd) o la edificación de una "ciencia peronista" (Ibíd). Por el contrario, la tarea de construcción de una teoría nacional no

[96] En este aspecto, como en tantos otros, Portantiero coincidía con Aricó. El anverso del corporativismo sindical residía en la dificultad de la clase trabajadora para reconocerse como el sector social decisivo en la construcción de una democracia participativa tal como la vislumbraba Aricó en el epígrafe que encabeza este capítulo.

debía ser una empresa facciosa. Esa posibilidad sólo existía en el "dejo paranoico" evidenciado por el "socialismo vernáculo" (Ibíd).

Con respecto a la bifurcación de caminos, Casullo y Caletti dejaban la impresión que las puertas se cerraban, por tiempo indeterminado, a la posibilidad de un punto de acuerdo entre peronistas y socialistas. Antes debían formularse y responderse una serie de interrogantes en torno a "cómo volvemos a pensar los recorridos, con quiénes, desde dónde, a partir de qué encuentros o nuevos desencuentros del pensamiento intelectual con las mayorías políticas argentinas…" (Ibíd).

Quien también estaba resuelta a darle un punto final a este tipo de polémicas era Elena Casariego (Alcira Argumedo). En el remate de su artículo "Sobre pampas, "polisemias" y confusiones" del N° 11-12 de Controversia, concluía entendiendo que lo productivo era pensar el peronismo entre peronistas por fuera de las discusiones que proponían los "socialismos verbales". Lógicamente, llegaba a esta conclusión, luego de rebatir - prácticamente punto por punto - los argumentos de Portantiero. Repasemos aquí algunos de ellos.

Para Casariego (1981), es el socialismo, y no el peronismo, el que ha "estado gravemente enfermo de polisemia" (p. 12). Esto se debe a que en toda su saga histórica, y en todas sus latitudes, ha adoptado diferentes traducciones y acentuaciones (utópico, científico, real, verbal) hasta el punto de llegar al límite de la inefabilidad. Casariego también contrapone, vis a vis, al declamado pensamiento científico marxista – *las herramientas analíticas universales* – contra el pensamiento doctrinario estratégico, destacando la superioridad de este último. El primero contaba con la ventaja que sólo se medía en el plano abstracto, "en la intersubjetividad de los pensadores sociales" (Ibíd). Por el contrario, el segundo, bajo el adagio "la única verdad es la realidad", debía dar cuenta de la vida pública concreta y proyectar las transformaciones necesarias evitando caer en un empirismo pedestre.

La caracterización del peronismo de Portantiero también era objeto de impugnación por parte de Casariego. El interclasismo (laborismo más populismo) para dar cuenta del peronismo, no significaba más que la definición ("esquemática") de un pueblo, de la cual el peronismo no tenía por qué avergonzarse. Y la perspectiva en torno a que la diversidad se mantenga unida en el marco de un movimiento nacional no dependía de condiciones estructurales, como afirmaba Portantiero, sino más bien de la voluntad política. Con respecto al sindicalismo y su supuesta propensión hacia el corporativismo, Casariego también era categórica. Si algo había demostrado la historia era que el

movimiento obrero, a partir del peronismo y del liderazgo del mismo Perón, había dado un salto de calidad hacia su vertebración política. La historia reciente también atestiguaba que los intentos sindicales de reclusión corporativa – vandorismo y participacionismo - habían naufragado conforme el paso del tiempo. Aún más, la autora concebía que el proyecto "Labor Party" para el movimiento obrero argentino había sido, más que nada, una aspiración de los diferentes regímenes que proscribieron la participación política del peronismo. Lo que se escondía detrás de esta pretensión, por derecha o por izquierda, era someter a la clase trabajadora a una "lógica de los partidos" (p. 13), enclaustrarla en sus reivindicaciones inmediatas, aislándola de la política, del movimiento de masas y de la construcción popular. Así en el pasado, los regímenes militares buscaban un interlocutor válido, un sindicalismo "profesional" a la usanza europea. Así, de cara al futuro, el "socialismo verbal" pretendía un movimiento obrero en disponibilidad pasible de ser "iluminado", sublimado en su consciencia.

Para el sector peronista de Controversia el encorsetamiento teórico del peronismo representaba, cuando menos, un equívoco. Y, aún más, entendían que hablar de democracia, proyectar democracia, por fuera de la experiencia de masas peronista, era "una tarea intelectual carente de sujeto en la Argentina" (Casullo, 1980, p. 11). En resultas, podemos afirmar que desestimaban, en un todo, los planteos socialistas en torno al pasado, presente y futuro del peronismo. Y con más precisión, podemos sostener que los peronistas de Controversia asumían un posicionamiento crítico en torno al rol de los intelectuales en su vínculo con el pueblo. En ese sentido, Mariano Zarowsky[97] destaca que los peronistas de Controversia, en especial Casullo, retomaban tópicos clásicos del revisionismo al identificar el hiato que separaba a las vanguardias intelectuales de la vida popular. Esta denuncia era, a su vez, un programa y un método en tanto las definiciones que proyectaban tendrían como punto de partida las formas políticas genuinas del pueblo.

> "Durante largo tiempo la izquierda peronista y no peronista se preguntaron qué le faltaba o de qué carecía el pueblo, que no accedía al "momento" de nuestros planteos socialistas. Hoy sería cuestión de preguntarse – desde otra forma de optimismo y confianza – qué pretenderá nuestro pueblo desde su

[97] Zarowsky, M. Del exilio a los nuevos paradigmas: los intelectuales argentinos de la comunicación en México (de Controversia a Comunicación y Cultura). 2015. (En línea). (Consulta: 25 de Octubre de 2019). http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-252X2015000200006

> conciencia y memoria, en esta lucha tan carcelaria y dramática que le tocó en suerte y lleva adelante" (Casullo y Caletti, 1981, p. 10)

En Controversia, Nicolás Casullo ensayó una revisión crítica del accionar de la izquierda peronista prácticamente desde el inicio mismo de la Resistencia. La crítica transitaba diversos registros pero el denominador común radicaba en impugnar esta relación de exterioridad entre las vanguardias políticas e intelectuales de la izquierda peronista y el movimiento de masas. Además estaba emparentada y funcionaba en tándem con lo desplegado por Caletti en su "exasperada" (Zarowsky, 2015, p. 6) crítica al leninismo, de la cual ya dimos cuenta en el Capítulo 1. Volviendo a Casullo (1980), en su meticuloso estudio sobre la izquierda peronista[98], contraponía dos perspectivas opuestas en el modo de concebir y proyectar al Movimiento en su larga Resistencia. Dos perspectivas, una primigenia y la otra, luego, hegemónica, que se oponían básicamente en la forma de asir lo eminentemente político.

Como exponente de la primera, Casullo escogía al otrora delegado personal de Perón, John William Cooke[99] quien, en una carta a aquél de 1957, formulaba una declaración de principios: "el peronismo no debe negarse a sí mismo". Fórmula que reunía diversos elementos. El peronismo no podía soslayar que era la posibilidad de crisis del sistema. En función, de que (el peronismo no podía olvidar) era la irrupción de las clases subalternas en el proceso nacional, "el hecho maldito del país burgués". A partir de lo cual – el peronismo no podía obviar – se expresaba en la cotidianeidad del pueblo dentro y fuera de las instituciones. Y esto conllevaba un sinfín de prácticas, experiencias, usos y costumbres tan particulares como difíciles de sistematizar.

En otras palabras, a instancias de Cooke, se debía comprender al peronismo, como lo que es: un hecho cultural, que se traducía en las expectativas y necesidades de un pueblo, en sus alegrías y rabietas, en su liturgia y rutina. Esta perspectiva nos invitaba a visualizar al pueblo como un productor político innegable. Casullo concibe al peronismo como un "fenómeno cultural intransferible, generador de resistencias y

[98] Para un estudio de la obra de Nicolás Casullo en Controversia, nos permitimos remitir a Greca, Leandro (2010). *Lo sindical, lo político, lo democrático. Reflexiones sobre la obra de Nicolás Casullo en Controversia.* Ensayo inédito presentando ante el Concurso "Homenaje a Nicolás Casullo" organizado por la Editorial Colihue. Buenos Aires.

[99] Casullo se encargaba de diferenciar a este primer Cooke del Cooke "consagrado", el cual propuso una orgánica más previsible para el peronismo revolucionario. Casullo se sentía más identificado con el primero. "Su concepción del 57 careció de fuerza o de posibilidades reales para ser profundizada, a pesar de que era – pienso – mucho más original y rica que la del Cooke posterior: el consagrado" (Casullo, 1980, p. 14).

perspectivas políticas propias" (p. 13) y a lo cultural "como momento sustancial de la generación de la política" (Ibíd).

Ahora bien, ¿cuál era la propuesta de Cooke, y por consiguiente de esta primera perspectiva, como salida organizativa para el peronismo? Cooke, según Casullo, se negaba a asimilar la riqueza del peronismo a modelos pre-codificados. Por el contrario Cooke planteaba un reencuentro en-el-movimiento. Allí debían desembocar lo político, lo gremial, lo extrainstitucional y todas las expresiones que se reivindicaban peronistas de la manera más democrática posible. La tarea de la dirigencia debía consistir en la "acción articuladora constante", enlazar las demandas, coordinar las luchas y producir marcos comprensivos que partiesen de las necesidades reales del Movimiento y no de piedras filosofales.

Distinta era la segunda perspectiva que, encarnada en diferentes variantes del peronismo revolucionario, fue volviéndose hegemónica al interior de aquellas formaciones conforme el paso del tiempo. Distinta puesto que no había prurito en poner el carro delante de los caballos. El objetivo era claro: socialismo. Y si bien – reconocían – el peronismo en estado "puro" podía generar resistencia y crisis sistémicas, esto no era sinónimo de socialismo. Para alcanzar esa cima, otra conducción debía encaramarse sobre el movimiento y de esa manera concretar las "aspiraciones objetivas" de la clase obrera. Casullo no dudaba en afirmar que tanto el clasismo como el basismo no confiaron en el movimiento "como productor político de un camino de ruptura ideológica en tanto tal". Basismo y clasismo eran el anverso y el reverso de la misma moneda. La misma estrategia pero con distintas tácticas. El primero apostando a la sinergia de base obrera enajenada del movimiento nacional. El segundo jugándose al "partido de los conscientes" que arrastraría al movimiento en tal o cual dirección.

Todo este trabajo de Casullo, resuelto a impugnar la relación de exterioridad entre las vanguardias y el pueblo y los marcos comprensivos "europeístas" o que encorsetaban la realidad, representaba, a su vez, la impugnación de – lo que él denomina – una "lógica de izquierda". Lógica, cabe aclarar, no privativa de la izquierda socialista sino también extensiva al peronismo revolucionario. Casullo prevenía sobre los riesgos que implicaban abordar la cuestión democrática desde esta lógica, desconociendo la singularidad del movimiento peronista en la historia democrática.

Precisamente en "Desde el movimiento de masas o desde los mitos" del N° 9 y 10 de Controversia, Casullo ausculta e historiza el significado del peronismo al irrumpir en la vida pública argentina. Para Casullo, el peronismo, con su presencia de masas, visibilizó

el conflicto en el marco formal de lo democrático burgués. Puso de relieve su vocación democrática pero en una perspectiva de transformación social y le cuestionó al sistema de dominación sus definiciones democráticas. Casullo, además, observaba que el peronismo forjó una dualidad de concepción política en la conciencia popular. Por un lado, en un primer momento, expresa la lucha dentro de los márgenes que impone la dominación. En otro momento y simultáneamente exterioriza la desmitificación de la democracia burguesa. ¿Cómo es que ocurría esto último? La explicación hay que buscarla en el valor paradojal que tiene el hecho que el Sistema defendía lo democrático y lo institucional proscribiendo al movimiento de masas y a su caudillo. La "democracia burguesa" devenía en mito en el momento que debía negar algunos de sus elementos constitutivos, la libertad de asociación y la primacía de las mayorías, por ejemplo, para salvaguardarse a sí misma.

A la par de aceptar, visibilizar y competir al interior de los límites de la denominada democracia formal, el peronismo animó la participación popular dentro y fuera de los márgenes institucionales. En las asambleas de fábrica, en las reuniones vecinales, en nucleamientos estudiantiles u obrero – estudiantiles, se fue desarrollando una perspectiva de lo democrático popular de alcances inéditos. Lo que se expresaba allí, según Casullo, era la real praxis del pueblo en función de una ruptura y del cambio social. Práctica de la que nadie era "dueño o secretario general" (p. 27).

Lo que evidencia este trabajo de Casullo, en pos de reivindicar la historia democrática del peronismo, es un contragolpe frente a quienes crónicamente le endilgaron ribetes autoritarios a aquél movimiento popular. El discurso racional-democratista al cual referimos en el epígrafe de este capítulo, tachaba al peronismo en su "liderazgo personal y caudillesco, falto de una definición explícita y coherente sobre el país…" (Caletti, 1980, p. 28). La particularidad de este discurso radicaba en su transversalidad en tanto era asumido por derecha como por izquierda. A todos ellos el peronismo – según Casullo - les respondía reivindicando sus logros, aún dentro de los límites de la "democracia saenzpeñista", como pueden ser la concreción del sufragio femenino y el impulso al constitucionalismo social.

Complejizamos un poco más el panorama si a la ampliación de los márgenes de la "democracia saenzpeñista", le sumamos la ya mencionada participación popular directa profundizada con la Resistencia. Ahí ya no estamos hablando de ampliación sino más bien de rebasamiento o superación en provecho de un cambio social. Hablamos, en ese sentido, de una especie de "contrademocracia". Pero a diferencia de lo que podría

proponer Rosanvallon (2007), este ejercicio democrático no institucionalizado estaba bastante más allá del "control ciudadano" o del "derecho a peticionar ante las autoridades".

Según lo peronistas de Controversia, la participación popular característica del peronismo significó el protagonismo de los trabajadores en la profundización de una democracia con justicia social donde, además, el pueblo era partícipe de realizaciones nacionales en todos los órdenes de la vida pública. Para Casariego (1980), esto significaba que el peronismo representó la materialización de la democracia sustantiva dentro del marco de la democracia formal.

Huelga afirmar que los peronistas de Controversia no es que desestimaban los valores de la democracia formal y ponderaban los atributos de la democracia sustantiva repitiendo ideologismos setentistas. Pero lo cierto es que tampoco alcanzaban o les interesaba superar aquel clivaje. Reano (2011) sostiene que en este concepto de democracia, existe una "sobredeterminación" (p. 50) de sentido de la dimensión sustantiva por sobre la formal[100]. Ponderamos y compartimos este análisis sumándole un elemento complementario. Como hemos mencionado, la democracia peronista es leída como un proceso cultural, de autoafirmación y síntesis de las clases populares. Con evidentes puntos de contacto con Williams (1980) y los Estudios Culturales en general, la cultura popular era percibida como una instancia estructural y determinante en la formación social y no como un simple repertorio de prácticas y representaciones de los "de abajo"[101].

Claramente, el empeño estaba puesto en reivindicar la experiencia de masas peronista, entendida como la "realidad efectiva" de la democracia argentina. Se inclinaban por una definición descriptiva (Sartori, 1997) de la democracia y no por una prescriptiva o apriorística. Y lo que mejor describía a la interrumpida y dramática democracia argentina era el despliegue, los avances e incluso traspiés del peronismo. Y esta "realidad efectiva" representaba, desde la óptica peronista, todo un testimonio contra un

[100] Luis Bruschtein (1980) también destacaba la dimensión sustantiva de la democracia peronista. "Existe una democracia real en el espíritu y la práctica real de las masas, en las asambleas e empresas y fábricas, en las asambleas estudiantiles y en las organizaciones campesinas y de pequeños propietarios, en su experiencia de lucha y movilización" (p. 20)

[101] En relación a esta particular forma de concebir la articulación entre democracia y cultura popular, podemos destacar las siguientes palabras de Caletti (1980): "Esta concepción de democracia alejada de un modelo acabado y coherente, se nos aparece como un conjunto de signos en ebullición, en la participación directa, en la inestabilidad y fluidez de las mediaciones, en la movilización, en la política como fiesta, en las expresiones larvales de una democracia de base, en el comportamiento masivo por oleadas…" (p. 28).

socialismo caído del cielo, crónicamente europeizado y cándido en sus interpretaciones y proyecciones.

3. 3 La cerrazón populista

> "El populismo no sólo ha sido degradado, también ha sido denigrado. Su rechazo ha formado parte de una construcción discursiva de cierta normalidad, de un universo político ascético del cual debía excluirse su peligrosa lógica" (Laclau, 2008, p. 34).

Ya hemos subrayado, en Portantiero, un aspecto del temperamento de los socialistas de Controversia por el cual la reivindicación de las "herramientas analíticas universales" representaba una marca de identidad y una diferencia con los peronistas. Acudir a la teoría, sin ambages, les permitía situar al peronismo más acá de quienes renegaban de su objetivación en los "patíbulos europeizantes". Someter al peronismo a esta lectura, los disponía para identificar en este movimiento diferentes características reñidas con los valores democráticos. Hablamos, por un lado, del verticalismo, de su asimilación autoproclamatoria con el pueblo, de los "liderazgos mesiánicos" y del estatismo que inspiraba a su doctrina. Consideraban que el peronismo, aún sus sectores más dinámicos, se mantenía aferrado a estos elementos de su tradición más allá de las tímidas consideraciones en torno a la posibilidad de una democratización interna. Estos lastres, así como existían en el ala política, también estaban presentes en el sindicalismo y éste en Controversia recibía un tratamiento diferenciado aunque, naturalmente, emparentado con la comprensión global del peronismo que tenían los socialistas.

En ese sentido, quienes llevaron adelante una crítica integral al peronismo fueron Portantiero y De Ípola en su connotado artículo "Lo nacional popular y los populismos realmente existentes". Como punto de partida, los autores ponían en línea al peronismo junto al resto de los populismos latinoamericanos bajo la particularidad de que éstos habían articulado sus antagonismos "nacional populares" a una insalvable distancia de los socialismos. Esta política comparada representaba para los autores un gesto de autoridad hacia un peronismo siempre celoso de sus singularidades. La tesis en este artículo era simple y categórica. Entre el socialismo y el populismo – léase siempre peronismo – no existía continuidad sino ruptura en términos políticos e ideológicos. Y ante la observación que sostenía que un socialismo desvinculado del populismo sólo podía existir como proyecto utópico, los autores reconocían esa limitación pero mantenían una firme convicción: "estamos convencidos de que aquello que los

socialistas asumimos como problema no será el populismo quien nos lo suministre como solución" (De Ípola y Portantiero, 1981, p. 11).

¿Cuál era el problema específico que representaba una divisoria de aguas entre populismo y socialismo? El problema era el Estado entendido como el principio general de la dominación en un orden capitalista. Amparados por una lectura disciplinada de Gramsci, los autores caracterizaban la operación por la cual los populismos habían conquistado la adhesión de las masas. En el marco de la crisis de la hegemonía oligárquica, el populismo irrumpió incorporando a las masas populares y capturando para sí "lo nacional popular". Se reconocen en este proceso tres niveles. Primero, un efectivo desplazamiento del antagonismo: de la dominación en general a la dominación oligárquica. Segundo, el relegamiento de las tradiciones y mediaciones "naturales" de las clases subalternas y la "cooptación" por parte de las élites del populismo ascendente. Tercero, la recomposición del principio general de la dominación en cabeza del Estado, fetichizado, ahora, en su versión "nacional popular". El resultado coagulaba en la implantación de una "hegemonía organicista".

> "En esta concepción organicista, que podría rastrearse en todos los populismos realmente existentes, la que hace que los antagonismos populares contra la opresión en ella insertos se desvíen perversamente hacia una recomposición del principio nacional-estatal que organiza desde arriba a "la comunidad", enalteciendo la semejanza sobre la diferencia, la unanimidad sobre el disenso". (De Ípola y Portantiero, 1981, p. 12)

Los autores destacan, entre tantas, una distinción insoslayable entre las tradiciones socialista y populista, la cual tiene que ver con la distancia que separa la teoría de la práctica. Por un lado, tenemos a los socialismos reales que desvirtuaron y traicionaron, con sus lacras, a los fundamentos teóricos de la doctrina diseñada por Marx y Engels, entre otros. En cambio, en el populismo esta distancia o es exigua o no existe. El populismo real lo es en tanto realiza lo que determina su teoría. El organicismo y la funcionalidad se celebran. La conducción – cabeza del organismo y, por añadidura, miembro superior del mismo – también se celebra y se fundamenta en los supuestos teóricos del populismo. La comunidad se mantiene unida por la presencia del Estado y por la del líder, que "personifica a la comunidad" (Ibíd.). En relación al carácter

ineluctable del culto a la personalidad en los populismos, los autores son categóricos y polémicos al sostener que "un populismo triunfante "laico" es impensable" (Ibíd).

No obstante, se reconoce, específicamente, que el peronismo fue el responsable de que exista el "pueblo" como sujeto político al reconocer derechos y facilitar instancias de participación y movilización de masas. Pero así como esto se reconoce también se señalan los límites en tanto la mencionada constitución política se llevó a cabo dentro de límites estrechos y predeterminados. Hablamos de un proceso que se vio subordinado a la tutela estatal y a la capacidad de veto del líder. La palabra y la pluma de Perón, en ese sentido, eran esclarecedoras en relación al Estado y también en relación a la política, en tanto se le atribuía a ésta "un carácter disociador, negativo y a veces casi mefistofélico" (p. 13). Toda esta prédica representaba un llamado al orden, a la prudencia, y su interlocutor privilegiado era el movimiento obrero.

Existe en relación al peronismo una interpretación que destaca a la ambivalencia como una marca de identidad. Según Daniel James (1990), el peronismo representó, desde la óptica de las clases subalternas, un movimiento herético que vino a hacer crujir las tradiciones políticas e identidades sociales preexistentes. Pero también, desde el Estado y desde su conducción, representó una ideología que procuraba armonizar el capital y el trabajo, controlar a las masas y prevenir el influjo del comunismo. Desde el mismo título de su libro, James nos situaba en esta ambigüedad, en este carácter paradojal del peronismo. Resistencia e integración, que se expresaban ya de forma larvada durante el decenio peronista. Valdrían como ejemplos – agregamos nosotros - las huelgas de 1949 en "nombre de Perón" impulsadas por la FOTIA en los ingenios tucumanos. O la creación, también por esos años, del Frente Obrero Peronista Revolucionario a una ligera distancia del Partido Peronista.

A la hora de analizar el peronismo, nuestros autores no llegan tan lejos como llegan las consideraciones de James o las de Juan Carlos Torre (2014) en "La vieja guardia sindical...". Si bien entienden que no corresponde agotar al peronismo "en la persona, los actos, y menos aún la palabra de su líder" (Ibíd.), lo cierto es que son mucho más sosegados en la consideración de lo que podría denominarse autonomía popular. En ese sentido, destacan el 17 de octubre de 1945 como una fecha paradigmática donde la iniciativa del movimiento obrero rebasó a las "prudentes consignas de Perón" (Ibíd.). No obstante, para De Ípola y Portantiero la "recepción creativa" (Ibíd.) de la palabra del jefe no alcanzaba a superar "la ideo-lógica del peronismo y su constitutivo componente nacional-estatal". La "herejía" no era tal. Y cuando existieron fricciones, enconos o

cuestionamientos desde las bases hacia las dirigencias "nunca pusieron *realmente* en tela de juicio a la forma del poder y, con ella, a la relación establecida de dominación/subordinación propia del peronismo" (Ibíd.)[102].

Hacia el final del artículo, se reservan un espacio para tratar el rol de los intelectuales y, en razón de este problema, para discutir, elípticamente, con el sector peronista de Controversia. Los autores, aquí, denuncian un argumento ad hominen de parte de quienes crónicamente han tildado a la izquierda intelectual de abstracta, desarraigada y europeizante. Puntualmente, refieren al ideologismo por el cual se impugna "todo discurso crítico relativo al populismo en base a una denuncia de la *im-postura* que afectaría por principio a la postura desde donde esa crítica es enunciada" (p. 14). Más allá de estos "escarnios" (Ibíd.) injustificados, los autores sostienen que poco han hecho los intelectuales populistas en aras de problematizar el vínculo con las masas. Sólo se han valido de la crítica a los intelectuales de izquierda caricaturizándolos. Éstos, desde la óptica populista, habrían sostenido exclusivamente la tesis de la "conciencia exterior", la cual debía conducir a los sectores populares, es decir, al elemento pasivo de este vínculo. Frente a esta opción, el populismo ha sostenido la tesis de la "verdad popular" recostándose en el otro polo de la relación pero dejando impertérrita la distancia entre unos y otros (Ibíd.) Para los autores, por su parte, no se trata de renegar de la alteridad entre intelectuales y pueblo sino por el contrario de asumir el problema reivindicando la pluralidad, escuchando al otro "sin someterse a él y sin someterlo (Ibíd). Esa era la alternativa que encontraban como válida en línea con el objetivo de poner en pie un proyecto democrático y socialista.

Los autores proyectaban una democracia socialista donde lo esencial radicaba en el reconocimiento del pluralismo. Entiéndase a esta democracia plural como "una práctica política y cultural que no enarbola, como supremos, los valores de la unanimidad y la semejanza" (Ibíd.). Se estaba pensando, de tal modo, en una democracia exenta de determinaciones positivas y de marcas de certidumbre, al decir de Lefort (2004). Este reconocimiento del disenso y esta impugnación del verticalismo autoritario, empero, no suponían asumir al "conflicto permanente" como una "virtud democrática". Por el contrario, se confiaba en la necesidad de construir, desde la pluralidad, los consensos

[102] La siguiente cita, también, resulta clarificadora en lo que respecta a la dialéctica entre bases y líder. "El indiscutido e indiscutible liderazgo del jefe bastó siempre para reinsertar las iniciativas, las protestas y hasta las rebeldías espontáneas de sectores de las bases dentro de los marcos de una estrategia de conjunto que las convertía en insumos para la implementación de políticas con otros horizontes y otras miras que aquellas que sus mismos protagonistas les asignaban" (Ibíd.).

que permitirían reconocer la legitimidad de los conflictos democráticos y la posibilidad de resolverlos en base a esos mismos consensos. Reano (2010) sostiene que con este posicionamiento se comenzaba a perfilar "una concepción de la democracia socialista, más ligada al ideario liberal del pluralismo por contraposición a una concepción popular de la democracia como movimiento" (p. 53).

Creemos posible leer tanto esta reivindicación del pluralismo como aquella requisitoria contra el peronismo en una clave signada por los desplazamientos en el itinerario teórico del sector socialista de Controversia. Matías Farías (2014) analiza el uso que le ha dado Portantiero al concepto de hegemonía desde la Revista Pasado y Presente hasta los textos de mediados de la década del 80 como "La producción de un orden" pasando, lógicamente, por Controversia. En Pasado y Presente, la hegemonía era pensada desde la teoría leninista del doble poder según la cual las vanguardias se debían a la consolidación de un poder contrahegemónico para doblegar a sus enemigos de clase. Ulteriormente en "Los usos de Gramsci", las vanguardias eran sometidas a una fuerte crítica y el concepto de hegemonía pasaba a cobrar otra relevancia más identificada en la construcción de una estrategia política persuasiva de largo aliento que en "la teoría de la organización revolucionaria" (p. 223). En Controversia, asistimos a otro giro. Si previamente identificábamos un desplazamiento del concepto de hegemonía desde la "guerra de maniobras" a la "guerra de posiciones", ahora el concepto se asimilaba al de democracia, a "la creación de un orden basado en el consenso de la mayoría" (p. 225). Pero, según Farías, esa no es la novedad más importante. La verdadera polémica se asienta en la cisura al interior de lo nacional-popular, al momento en que De Ípola y Portantiero diferencian una hegemonía organicista (la peronista) y otra pluralista (la socialista). Este clivaje termina representando una "tensión límite"[103] (Ibíd.) puesto que la categoría gramsciana de hegemonía implicaba un compromiso precisamente orgánico con el proletariado en base al principio de identidad entre clase y sujeto revolucionarios (Farías, 2014). Lo que se transparenta en estos desplazamientos, más allá de lo estrictamente teórico, es la reconversión del socialismo desde una ideología programática a un "horizonte cultural" (Gago, 2012, p. 98).

A su vez, la crítica a la fetichización del Estado – característica de los populismos - también puede leerse como un momento constitutivo de estos desplazamientos. La

[103] No es de extrañar que esta sea la última variación posible. Farías anota que, a partir de entonces, Portantiero abandonaba el concepto de hegemonía para reemplazarlo por "otros provenientes de matrices diversas, muchas de ellas clásicas como la tradición iusnaturalista o Weber" (p. 226).

denuncia de esta "estadolatría" tenía como anverso el reconocimiento, por un lado, de la política, en este caso, como promesa (Martínez Mazzola, 2014). Destacar la productividad de lo político representaba para esta tradición un ajuste de cuentas con el economicismo marxista. Pero, paralelamente, y aún más en el terreno de la política, la apuesta pasaba por poner en pie una izquierda "societalista". Las expectativas pasarían a estar depositadas en la "sociedad civil". Si la nueva izquierda de los 60 renovó sus intereses a partir de incorporar la cuestión nacional llevando a un segundo plano el clasismo, esta izquierda de los 80 estará más preocupada por la democracia, por las libertades y por la revalorización de la sociedad civil. Este giro, también, vendrá, ulteriormente, de la mano de la recuperación "del legado societalista de Juan B. Justo y el "viejo" socialismo argentino" (Ibíd., p. 231). Esta "audaz reinvención" (p. 232) estaba orientada a reivindicar, entre otras ideas, al cooperativismo, la descentralización del Estado y la autonomía obrera.

Este "entusiasmo societalista", permitámonos el término, del sector socialista de Controversia no sólo se contentaba con la impugnación del Estado y la tradición populistas. Existía otro vector argumental, estrechamente ligado al anterior, que enfocaba críticamente la cuestión sindical. Y si bien se entendía que peronismo y sindicalismo no eran "términos intercambiables" (Tula, 1980, p. 17), que ambas cuestiones merecían un análisis diferenciado, lo cierto es que encontramos puntos de contacto en el tratamiento socialista tanto de uno como de otro. Si el peronismo, obstinadamente, rendía pleitesía al Estado y a los personalismos, se encontrarán también en el sindicalismo elementos reñidos con lo democrático. Cabe mencionar que éste no era un asunto de menor cuantía puesto se entendía que "reconquista democrática y renovación sindical parecen ser dos aspectos de un mismo proceso" (Ibíd.)[104].

El argumento partía de considerar el desmesurado poder que había cosechado el sindicalismo argentino[105]. Por las particularidades nacionales, y a diferencia de sus

[104] Los peronistas de Controversia tampoco es que hacían caso omiso de este tema. Aunque quizás el foco, en ellos, estaba puesto, más que nada, en articular la renovación sindical con la reorganización del peronismo. "El peronismo precisa una profunda democratización interna que permita manifestar, en lo táctico y en lo estratégico, los intereses de la clase trabajadora" (…) "El peronismo debe desprenderse de concepciones verticalistas y de realidades burocráticas" (…) "Debe permitir el desarrollo de corrientes críticas, que habiliten a los representantes de las bases trabajadoras" (Casullo, 1980, p. 8).

[105] Más allá de las críticas al sindicalismo impartidas tanto por unos como otros, cabe destacar que Controversia abrió sus páginas y prestó la palabra a expresiones del movimiento obrero organizado. Podemos identificar, en ese sentido, la publicación del Documento de la Conducción Única de los Trabajadores Argentinos (CUTA) en el N°2-3. Además en el número 5, se publicó una entrevista al ex Secretario General de la CGT, Casildo Herrera. Por último, en el número 11-12, se publicó un documento de la Unión Obrera Metalúrgica. Esta última publicación resulta especialmente llamativa a sabiendas que

pares latinoamericanos, el movimiento obrero argentino había alcanzado un grado de cohesión política y de capacidad de presión cuyos efectos no eran juzgados necesariamente como positivos. Su omnipresencia – entendían - en la vida nacional le había quitado "oxígeno a la vida y a la capacidad de articular propuestas estratégicas de las organizaciones políticas" (Ibíd.). Se registraba, además, una revisión crítica de lo que comúnmente se ha denominado unicato sindical. Es decir, la representación confederada de una actividad a escala nacional, el otorgamiento de la personería gremial por parte del Estado y, por añadidura, la promoción de organizaciones corporativas y escasamente competitivas[106]. Que estas organizaciones hayan tenido una relativa eficacia en el marco de modelos productivos y de un Estado resuelto a tutelar la relación capital-trabajo, no significaba que iba a pasar lo mismo luego del brutal reordenamiento del pacto estatal propiciados por la Dictadura y por el neoliberalismo. Jorge Tula, especialmente, identificaba un riesgo si el sindicalismo hacía valer su capacidad de presión para resistirse a los cambios que demandaba la etapa.

> "¿Hasta qué punto el sindicalismo argentino está en condiciones de satisfacer las necesidades de la sociedad argentina actual? El sindicato es una gran fuerza que actúa en la sociedad civil. Pero así como puede y debe ser un instrumento de progreso y emancipación económico-social de los trabajadores, en ciertos momentos, puede llegar a ser, por el contrario, el enemigo de los intereses históricos de la sociedad" (p. 18).

José Aricó (1980) profundiza el sentido de estas reflexiones hasta el punto de señalar al sindicalismo como responsable de la ruptura del orden constitucional. Recuperando una

---

las apreciaciones allí vertidas no eran – se supone – compartidas por el Comité Editorial. Citamos un pasaje para tomar dimensión de esta "amplitud" de Controversia: (…) "cuando los argentinos creíamos que se iban a realizar nuestros anhelos, la traición y los enemigos externos (…) conspiran en una asociación de guerrilla marxista, terrorismo de izquierda y de derecha, de desabastecimiento y sectarismo. Y le tocó al gobierno peronista dar la lucha contra la conspiración. Contra la subversión infiltrada en las filas del propio movimiento" (p. 30).

[106] Resulta llamativo este énfasis y el sentido de oportunidad de esta impugnación al "monopolio sindical" en Controversia como así también la falta de matices y de réplicas posteriores. Sobre todo, teniendo en cuenta que buena parte de estas razones animaron el proyecto de Ley Gremial impulsado por la Dictadura (ver en el capítulo 2). Como hipótesis, podemos aventurar que encontramos aquí un antecedente de una cuestión trascendental de la Transición Democrática cuyo episodio más visible fue la discusión y el tratamiento de la Ley Mucci. Sobre el particular y también en el Suplemento sobre Democracia del número 9-10 de Controversia, Aricó señaló "Lo que hoy está en crisis no es sólo la sociedad argentina y el movimiento obrero en su conjunto, sino también la idea de sindicato único sobre el que se montó toda una estructura corresponsable también, y en medida fundamental, de la caída de la democracia argentina (p. 17).

idea de Portantiero, Aricó sostendrá que la presión corporativa del sindicalismo fue aún más determinante que la violencia guerrillera en la desestabilización del tercer gobierno peronista. Esta definición categórica se inscribía en una perspectiva que buscaba hallar las raíces del fracaso de la democracia argentina en el seno de las organizaciones del campo popular. Se trataba de "buscar el monstruo en nosotros mismos" como bien hemos trabajado a lo largo del Capítulo 1. Y en lo que refería al sindicalismo, el problema pasaba por la "cerrazón" corporativa, por considerar al salario como una "variable independiente del proceso de acumulación" (p. 17). Esta cerrazón le impedía al movimiento obrero argentino reconocerse como "el núcleo central de acumulación de todo el mundo popular subalterno" (Ibíd.).

Para superar este "rol contractual" (Ibíd), el sindicalismo necesitaba una "estrategia de transformación" (Ibíd) integral que requería cambios institucionales, en los estilos de conducción, en los contenidos y en el nivel de participación. Sólo una estrategia de esta naturaleza, entiende Aricó, valdría el sacrificio de los intereses corporativos inmediatos. Pues de otro modo, los cambios cosméticos en el modelo sindical sólo servirían para acrecentar la tasa de ganancia de los capitalistas. Aricó entiende al igual que Tula que la transformación sindical va de la mano con la democracia y, aún más, sostiene que los cambios integrales en el movimiento obrero deben anticipar a los del sistema político argentino.

A cuentagotas, pudimos ir observando en el sector socialista de Controversia que, acompañando a esta veta condenatoria del populismo, coexistía también una veta no condenatoria (Reano, 2011). Ésta se hacía presente, en un orden más general, cuando se destacaba la productividad política del Estado en América Latina. El populismo, en ese sentido, ocupaba un capítulo específico al haber facilitado la constitución política de las masas. Y, en especial, el peronismo representaba el espacio en el cual la clase trabajadora adquirió una presencia determinante en la vida pública que no tuvo parangón en el resto del continente. Entonces, tenemos que esta veta no condenatoria se hace presente allí cuando el Estado (populista) exhibe su dimensión política en relación a la práctica hegemónica de los sujetos políticos. Hemos visto también con anterioridad una intervención similar con la valoración que hacía Portantiero del liberalismo transformista argentino que, a diferencia del liberalismo conservador, representó una arena política sobre la cual se pudo concretar la conquista del sufragio universal.

En contrapartida, la condena al "paternalismo estatal", al "verticalismo" a la utilización de la sociedad sólo como "un coro" (Portantiero, 1980, p. 24) representaba para el

sector socialista de Controversia algo más que un lamento. Representaba un primer paso ineludible para pensar la construcción de una fuerza socialista de masas y a la vez pluralista. Una fuerza que debía aspirar, como utopía, a una sociedad autorregulada concibiendo a la democracia como un proceso y al socialismo como una construcción simultanea dentro de los márgenes institucionales. Dentro de esta perspectiva societalista, la pregunta por las instituciones estatales cobraba un especial significado. Si el marxismo originario planteaba la extinción del estado y la recuperación por parte de la sociedad de los poderes enajenados en aquél, le cabe el interrogante a este socialismo renovado – resuelto a enfatizar más en la sociedad que en el estado - por la validez o vigencia de estas ideas.

Este socialismo democrático planteaba siempre una señal de alerta cuando los conceptos o los proyectos se situaban en un plano productivista (Aricó, 1980). Esto ocurría cuando la democracia o el proyecto de extinción del estado eran aplicados o pergeñados, no como un fin en sí mismo, sino como una maniobra táctica para la consecución de objetivos inconfesables o para convalidar hechos consumados invocando al socialismo. En lo específico, la literatura marxista sobre las transiciones al socialismo y su concepto insigne "dictadura del proletariado" evidenciaban una herencia teórica y política que necesariamente debía dejarse atrás. Incluso, su variante más débil "el consejismo" era también inadecuado de cara a lo que tendría que venir. Al priorizar la democracia directa y, sobre todo, la participación excluyente de los "productores" (proletariado), el consejismo podía convertir sus potencialidades emancipadoras en corporativismo. En términos rousseaunianos, culminaba primando la "voluntad de todos" a expensas de la "voluntad general". Portantiero (1980) sostenía que con este temperamento corporativista, el consejismo corría el riesgo de verse capturado por el Partido-Estado al momento de la recomposición política (momento universal) suprimiendo la participación y la disidencia. Hemos señalado en el Capítulo 1 cómo se ha recuperado la figura de Rosa Luxemburgo para denunciar las desviaciones del socialismo y en, este caso en particular, al "cretinismo consejista".

Ante los interrogantes (y las certezas) del pasado como ante los desafíos del futuro, existía una respuesta clave que consistía en reconciliar la ética con la política, en superar, denunciando previamente, la duplicidad en la cual incurrieron ciertas izquierdas ante las atrocidades cometidas en nombre del socialismo. Con esta respuesta clave, les era más fácil superar los dogmas y reconocer, sin ningún tipo de pudor, la validez y la necesidad históricas de las instituciones políticas. A Portantiero, por ejemplo, no se le

caía ningún "anillo socialista" al juzgar como inevitable la permanencia en el tiempo del Parlamento y los partidos políticos. Aún más, se entendía que, de ningún modo, la figura del productor podía subsumir a la del ciudadano y que las formas representativas debían convivir con otros canales de participación popular. De más está decir que estos desplazamientos teóricos, la revalorización de literatura clásica y de tradiciones otrora impugnadas obedecían a motivaciones que, a todas luces, no eran exclusivamente académicas.

Será, como estudiamos, en la discusión con el peronismo cuando más se evidenciará esta normatividad ética de la que venimos hablando. La bifurcación de caminos significará, además de un horizonte estratégico, un reproche ético para un movimiento que había hecho "del personalismo y la estadolatría un motivo de orgullo". Los cargos contra el peronismo tenían una coloratura especial signada por el desarrollo y el desenlace de la experiencia 1973-1976. Muchos factores coadyuvaron para que el movimiento terminara enlodado en el "pantano del lopezrreguismo" (Portantiero, 1979, p. 7). Hemos registrado en estas páginas al peronismo en "su penumbrosa polisemia" tironeado por izquierda y por derecha, el sustituismo de la violencia guerrillera, la pretendida autosuficiencia del movimiento a la hora de juzgarse a sí mismo, la desestimación de la democracia formal y el corporativismo sindical cuyo telón final fue los sucesos que rodearon al "Rodrigazo". La cerrazón populista, núcleo de la querella socialista, poco tenía para aportar para el debate que se debía una sociedad en las puertas de una transición tan traumática como promisoria. Contra quienes aún miraban con demasiada "complacencia" el pasado y con "excesiva retórica el futuro" (Portantiero, 1980, p. 4), los integrantes de Controversia, no solamente los socialistas, se preparaban para el regreso al país y medir los alcances de sus reflexiones con la realidad del pueblo, con las experiencias de los que se quedaron.

4. Conclusiones. La medida de la democracia.

En primer lugar, una aclaración. No encontraremos aquí definiciones concluyentes en torno al concepto de democracia. Mucho menos, le daremos la razón a un ganador en desmedro de otros. No es este momento, el final, un momento normativo. Convenimos, durante este trabajo, en situar al concepto de democracia como un tópico transversal a todo Controversia. En sus artículos y autores, seguramente, pero también en su contextos, en sus antecedentes, y si nos permitimos también, en sus silencios y olvidos, en "el sustrato cognitivo-afectivo de la democracia" (Lechner, 1990, p. 15). Al concepto de democracia en Controversia – asumimos - lo encontramos asediado por todos estos flancos. Nuestra tarea consistió en reconstruirlo, en dar cuenta de esa teoría herida pero también de las frustraciones y deseos que, inevitablemente, lo han rodeado. Aquí estamos proponiendo un último ejercicio de calibración. En apretada síntesis y respetando el orden de aparición en cada uno de los capítulos, vamos a recuperar diferentes pasajes y argumentos y ofrecer una última semblanza de cómo en Controversia se ha "medido" a la democracia. Esta última interpretación, y por supuesto todo este trabajo, es una interpretación posible, nuestra interpretación, la cual complementa y aporta al frondoso estado del arte existente en relación a Controversia.

El tema de la lucha armada en Controversia, o mejor aún la crítica a la lucha armada en Controversia, nos ha ocupado en un primer momento. Distinguimos dos tipos de críticas a esa práctica, las cuales, en algunos casos, representaron una autocrítica dada la participación, o la simpatía, de los autores con las organizaciones. Existió una crítica débil (Bufano, Greco y Bruschetin) que se ocupaba, más que nada, en impugnar el sentido de oportunidad o el grado de enajenación de la violencia política sin desestimarla en su totalidad. Por el contrario, la crítica fuerte (Schmucler y Eliecer) introducía el imperativo moral en el análisis y representaba además, como hemos señalado, un acto de contrición. De estas dos variantes, esta última nos permite iluminar, con mayor intensidad, una de las acentuaciones posibles al concepto de democracia.

A la luz de esta particular e integral impugnación al pasado, la democracia se nos presenta como el "revés de trama" de la violencia política (Gago, 2012, p. 81). O, en palabras nuestras, la violencia representaba el *otro* de la democracia. El desborde guerrillero, por un lado, el golpe de Estado y la violación a los derechos humanos perpetrada por la Dictadura, por el otro, ponían en evidencia que la democracia era la

diferencia entre la vida y la muerte. Nada menos. La cuestión de los derechos humanos era central para los que asumían esta crítica de raíz a la violencia en cualquiera de sus manifestaciones. Recordemos, que para Schmucler, las organizaciones armadas no poseían autoridad moral para denunciar los atropellos de la Dictadura en tanto ellas habían también cometido sus propias aberraciones. El contrapunto se libraba en el mismo exilio mexicano y para Schmucler la guerrilla asumía ese temperamento sólo como un arma para atacar al enemigo y no como una premisa fundacional. Allí radicaba la diferencia. En esta perspectiva, la que defendía Schmucler, democracia y derechos humanos iban de la mano.

Aún más, para esta perspectiva, la democracia pasaba a ser considerada, en palabras del referente del eurocomunismo italiano Enrico Berlinguer, como un "valor universal". Esta definición era previa a cualquier otra consideración, como puede ser la pregunta por los procedimientos o por el principio de soberanía popular. El nexo que unía a la democracia con las libertades negativas elevaba a la primera a este status universal. Las libertades negativas remiten, naturalmente, al liberalismo, más que al *liberismo*[107], y a las garantías que protegen la vida, la integridad física y la propiedad de las personas. Amén de estos presupuestos mínimos, se puede afirmar que pensar la democracia, como contracara de la violencia y el autoritarismo, demanda algo más que lo que puede ofrecer la bitácora de la ciencia política. Es que, efectivamente, alinear a la democracia con el humanismo exigía un planteo casi de tipo "ontológico" (Terán, 1980, p. 21).

Al tiempo que la democracia se planteaba como el revés de trama de la violencia guerrillera, algo similar ocurría con las categorías o conceptualizaciones que dieron sustento a aquélla. Principalmente, el leninismo y su variante latinoamericana, el foquismo, fueron, como vimos, objeto de agudas revisiones e impugnaciones. Estamos hablando de teorías que, sobre todo la del foco, evidenciaban en su aplicación el mito de una profecía autocumplida. Como propuesta política, depositaban todo el saber y el hacer en las vanguardias, armadas o desarmadas, desestimando lo que tenían para ofrecer los sujetos sociales a los cuales se quería "liberar". Además del foquismo, Controversia buscaba afanosamente dejar atrás todas las interpretaciones o teorías providenciales o monistas que estrechaban relaciones lineales o causales entre la economía y la sociedad, entre el estado y la política o entre las clases y sus

[107] Portantiero, en la introducción de La producción de un orden (1987), recupera esta distinción acuñada por Benedeto Croce, entre liberalismo y liberismo, para poner en valor el aporte del liberalismo político a los derechos individuales.

comportamientos sociales, entre otros vínculos posibles. Se buscaba también dejar atrás los argumentos de autoridad, la exégesis o "la aplicación de una teoría preconstituida" (Lechner, Op. Cit, p. 25). En ese sentido, como dijimos apelando a Barros (1987), el concepto de democracia ha funcionado como ancla facilitando la remoción de los fetiches teóricos.

Este énfasis secularizador ha cobrado una mayor intensidad al momento de identificar y criticar el uso instrumental de la democracia tanto en los foquismos nacionales como en el leninismo y en las experiencias del socialismo real. Ni el socialismo superaba a la democracia como tampoco la estatización de los medios de producción garantizaban el pleno funcionamiento de la segunda. La democracia no podía ser más considerada como un subterfugio táctico, en un plano transicional o como una mera consigna para luego apagarla una vez que se toma el poder. Tampoco debía ser más concebida como un epifenómeno o como una instancia determinada por las "estructuras". Obviamente, tampoco el capitalismo era coextensivo a la democracia, como quería demostrar cierta literatura liberal, sino que, por el contrario, la coyuntura atestiguaba que las fuerzas del mercado podían desplegarse con total normalidad en el marco de regímenes que ejercían el terrorismo de estado. Por estas razones es que el clivaje democracia formal-democracia sustantiva se situaba en un nivel menos dramático. Podía ser considerado un debate bizantino o bien se buscaba reconciliar ambos términos destacando las características tanto de uno como de otro.

La adopción de la democracia como objeto de interés también puede pensarse en el marco de una suerte de desencanto con un modo de entender la política y la vida pública[108]. Evocamos, naturalmente, a Max Weber y a su idea de desencanto asociada a la política moderna y a la ruptura del "mundo mágico". Podemos observar en Controversia que el "problema de la democracia" era asumido sin esta necesidad de invocar valores sustantivos y sin necesidad de una "búsqueda de significaciones trascendentes" (Rabotnikof, 2016, p. 16). La apuesta pasaba por situar al debate en otro nivel de productividad despojándolo de los ideologismos y de las pasiones de otrora.

[108] También este desencanto lo podemos identificar en la desestimación de las marcas de certidumbre y de la fantasía totalitaria del Pueblo-Uno (en términos de Lefort) como también en el rechazo a las "ilusiones de plenitud y armonía" (Lechner, 1990, p. 15).

> "¿Y qué más da que a los nuevos ídolos los llamemos nacionales y populares o socialistas, peronistas o marxistas, si a todo los define su pobre y miserable condición de ídolos?" (Aricó, 1980, p. 16).

Ligado estrechamente a lo anterior, agreguemos que la adopción del problema de la democracia acontecía evidenciando un giro epistemológico del cual dan cuenta diferentes integrantes de Controversia. Las certezas, los presupuestos que parecían estar tallados en piedra, dejaban paso a los interrogantes y a una nueva forma de aproximación al conocimiento. "Para mí, por lo tanto, discutir de democracia significa comenzar a preguntarme por muchas de las cosas que jamás me pregunté" sostiene Aricó (Ibíd.) evidenciando la novedad y la oportunidad que se le abría con el desafío de la democracia. "Partir de la conciencia de la crisis significa volver a edificar los interrogantes, no sólo cambiar las respuestas" agrega Casullo (1980, p. 12) aportando su opinión en torno a la naturaleza de las crisis. "¿Por qué aferrarse a esquemas anacrónicos y no pensar todo de nuevo para inventar (o reinventar) el movimiento que aglutine a las fuerzas que en la sociedad argentina aspiran a un cambio en el sentido descrito?" se pregunta Schmucler (1981, p. 15) desplazando el problema desde el conocimiento a la acción política.

Al desterrar al leninismo (en su forma partido y en su forma teoría, enajenadas ambas de la participación de quienes debían ser representados por aquél) se abría en Controversia la posibilidad de reinventar las formas en que la emancipación humana podía ser pronunciada y representada. Crujía la interpretación canónica que situaba a la clase obrera industrial como la portadora excluyente del futuro y que, a lo sumo, integraba de forma subordinada al resto de las fracciones oprimidas. Con este "desencanto" y con este giro del que venimos hablando, esas jerarquías comenzaban a perder sentido también al compás de nuevas realidades y sujetos que alzaban la voz visibilizando sus propuestas y demandas. Hablamos de los movimientos ecologistas, feministas, juveniles, migrantes y de la población negra, los cuales brindaron un testimonio de insumisión[109] ante la ortodoxia marxista. Consideraciones similares les caben a las denominadas vías nacionales de Europa del Este que, tempranamente,

[109] Oscar del Barco (1980), en el suplemento La Democracia como problema, hace un aporte en esta dirección. Para él lo político "no busca significación en una generalidad o trascendencia, vale decir que tiene un carácter absoluto que no depende de ninguna "organización revolucionaria" (el movimiento feminista o de lucha por el medio ambiente, para no referirme a los enfermos mentales, a los presos, etc., no necesitan ni aceptan someterse a un poder, cualquiera sea, que se encuentre fuera y por sobre ellos)". (p. 38).

desafiaron al poder soviético con proyectos de sociedad donde se procuraba superar la burocratización y los atropellos del socialismo real.

Debemos mencionar también la impugnación que padecen las vanguardias políticas, no sólo por su accionar, sino también a nivel organizativo. Con Bufano (1980), hemos visto la metamorfosis que viven los "profesionales de la revolución" al abandonar sus trabajos y vivir rentados por "el aparato". Con el correr del tiempo, estos militantes comenzaban a cimentar una burocracia, la cual se volvía obediente y funcional a las direcciones partidarias en tanto veían comprometida la continuidad de sus ingresos. El aparato y la clandestinidad enajenaban aún más a las vanguardias de lo que vivía el común de la gente. Ahora bien, esta impugnación no se quedaba en el simple rechazo sino que iluminaba la posibilidad de pensar a la política desde otro ángulo, ligada a valores, representaciones y prácticas ubicadas a gran distancia de los grandes relatos y la grandilocuencia.

Este paradigma democrático que comienza a construirse en Controversia además de establecer puntos de no retorno, habilitaba novedosas formas de pensar la política. La vida cotidiana es una de ellas. Para Schmucler, el paradigma revolucionario percibía a los hombres como un instrumento del cual servirse y la revolución se mostraba "como una acumulación de hechos materiales o de aparatos de poder al margen de los hombres concretos que, sin embargo, tienen su única existencia en la *forma* en que transitan su vida cotidiana" (Schmucler, 1980, p. 5) (Cursiva en el original). Según Lechner (1990) estudiar la vida cotidiana supone analizar la experiencia individual de las condiciones estructurales. Desplazar el foco de lo macro a lo micro, del funcionamiento de una economía de mercado, por ejemplo, a las formas de consumo de los sectores populares. "Vista así, la vida cotidiana se ofrece como un lugar privilegiado para estudiar, según una feliz expresión de Sartre, lo que el hombre hace con lo que han hecho de él" (Lechner, Op. Cit., p. 59).

La vida cotidiana no es más que ese bajo continuo que transcurre más acá de las marquesinas de la política, las instituciones y las sociedades contenciosas. Allí lo que prima es el afecto y el deseo. El socialismo se ha empeñado en medir sus éxitos o sus fracasos con indicadores cuantitativos a imagen y semejanza de lo que hace el capitalismo. Ese es el mandato de la política como técnica opuesta por el vértice a la vida como política. "La izquierda olvida, negándose a sí misma, las preguntas centrales que le darían sentido: de qué nueva manera se relacionan los hombres entre sí, cómo cambia la relación de cada hombre con su cuerpo, cómo se modifica el vínculo de los

seres humanos con la naturaleza, en fin, qué nueva cultura se propone" (Schmucler, Op. Cit., p. 5). Este renovado paradigma democrático repone a la vida cotidiana, la subjetividad y el deseo como parte de la política y si las políticas hacen caso omiso de éstas, éstas se toman revancha. En el horizonte de la transición democrática argentina se bosquejaban reformas institucionales y sociales como así también la necesidad de cobijar al individuo, a los afectos y al sentido común. Lejos de negarlos, la democracia abraza a los indiferentes. "¿Nos atreveríamos a decir que el objetivo de nuestra política es hacer posible la alegría y si no, ¿qué?" (Schmucler, Op. Cit, p. 15).

En el capítulo 2, nos ocupamos de relevar cómo en Controversia tienen lugar los análisis internacionales y de la coyuntura dictatorial. Dimos cuenta también cómo estos dos tópicos funcionaban en sistema. Nuestra preocupación se desplazaba, de tal modo, a las formas en que aparecía el concepto de democracia cincelado por las derechas argentina e internacional. En primer lugar, atendimos una particularidad relacionada con el poder dominante en la Argentina. Y esta era la persistencia de las Fuerzas Armadas en inscribir – discursivamente - su acción de gobierno en los moldes demoliberales, en hundir su retórica en los confines de la tradición Mayo-Caseros-Generación del 80. Analizamos oportunamente el documento de la Dictadura denominado "Las Bases Políticas" a la luz de su frondosa y aguda recepción en Controversia. "Las Bases Políticas" planteaban, de un modo muy particular, un esquema de concertación con vistas a abrir el juego político en el país. En términos globales, podemos afirmar que, en este documento, la democracia, si bien es percibida como un valor, se percibe también desde una óptica utilitarista. O, mejor aún, haber sacrificado la democracia por un tiempo resultaba necesario a los efectos de restaurarla una vez que el país había sido rescatado de la "anomia y la subversión". Este temperamento utilitarista nos mostraba vasos comunicantes con la Dictadura de la "Revolución Argentina" - la cual proponía la consecución de tiempos como objetivos siendo lo político el último – y, más atrás en la historia, con Alberdi quien postergaba el momento de la participación política para la República Verdadera mientras se afianzaba la República Posible.

Amén de este utilitarismo, las Bases Políticas preparaban, para el mediano plazo, una "salida democrática" forjada a imagen y semejanza del modelo económico neoliberal. Esto suponía, por un lado, una "democracia" restringida y, por el otro, "un arreglo institucional" con base en ciertos puntos de no retorno. El principio de subsidiariedad del Estado era uno de ellos. Y, en efecto, los límites del disenso se establecían, sin empacho alguno, segregando a quienes propiciaban la socialización de los medios de

producción o quienes pregonaban el populismo, la demagogia o el "culto a la personalidad". En palabras propias del clima de época de los 80, podríamos afirmar que "Las Bases Políticas" establecían un sistema institucional que "identificaba sus propias reglas constitutivas con las reglas normativas de toda política" (Portantiero y De Ípola, 1990, p. 185)[110]. Es decir, se marcaba una cancha no para habilitar un juego, dentro de ciertas condiciones, sino para sofocarlo y dejar contadísimas opciones en el tablero.

Este pacto estatal regresivo despertaba en no pocos integrantes de Controversia cierta pesadumbre y pesimismo. Advertían tempranamente cómo sectores de la política se prestaban a este tipo de aventuras y vislumbraban un escenario de transición y una vuelta al país donde la convivencia con los verdugos del Proceso no iba a estar en tela de juicio. Esto resulta particularmente llamativo. La posibilidad de un Núremberg, la posibilidad de enjuiciar y sentar en el banquillo de los acusados a los responsables de tantos crímenes, aparecía en Controversia como improbable desde todo punto de vista. Más allá de cómo finalmente se dieron las cosas, se vislumbraba en Controversia una definición democrática que daría cuenta de la derrota de los 70 y que, por añadidura, configuraría, en palabras de Rozitchner, una "democracia castrada"[111]. Efectivamente pesaba más la derrota en este tipo de proyecciones que los debates pretéritos y contemporáneos en torno a la democracia.

Esta particular acepción de la democracia, en boca de los personeros de la Dictadura y de sus voceros oficiosos, dejaba traslucir un sofisticado aparato argumentativo y un campo semántico solidario con esta iniciativa de la derecha. Vimos junto a De Ípola (1980) el perfil de esta ideología positiva emanada desde el poder que suturaba democracia restringida, con libertades negativas, con una "*resocialización antigualitaria*"[112] (p. 32) y que, a su vez, subordinaba la participación ciudadana a los valores considerados esenciales: "imperio de la ley, bien de la comunidad y libertades civiles" (Ibíd.). El dato que se destacaba era que con el favor de los medios de comunicación, estas propuestas de derecha eran bien recibidas por las audiencias, en especial, aquellas de sectores medios y altos. Y la otra dimensión insoslayable es que

[110] Portantiero, en colaboración con De Ìpola, recuperan del filósofo John Searle la distinción entre reglas normativas y reglas constitutivas que les es de suma utilidad para reflexionar sobre la política en tiempos de transición democrática. Las reglas normativas son aquellas que rigen una actividad preexistente. En cambio las constitutivas no sólo regulan sino que fundan una actividad que depende de estas reglas (Op. Cit, p. 176). Tanto las sociedades donde reina la anomia como en las sociedades "ordenadas" "poseen algo esencial en común, a saber, la propensión, más o menos acabada según los casos, a anular la distancia, a borrar la diferencia, entre reglas constitutivas y reglas normativas" (p. 179).

[111] Esta expresión es recuperada por Verónica Gago, Op. Cit., p. 23.

[112] Según De Ípola esta expresión le pertenece a Lechner.

estas propuestas no flotaban en el vacío sino que formaban parte de una ofensiva a escala internacional del pensamiento neoconservador.

En ese sentido, identificamos en el trabajo de la Comisión Trilateral toda una perspectiva vinculada a asimilar a la democracia con la ingobernabilidad. La tesis fundamental consistía en poner en relación directa a la participación política creciente con la ineficiencia estatal y la inestabilidad política. El funcionamiento democrático facilitaba la perdurabilidad de un círculo vicioso, el cual implicaba el aumento indiscriminado de las prestaciones estatales ante todo tipo de demandas sociales. Por su parte, uno de los autores insignes del Trilateralismo, Samuel Huntington, extendió estas observaciones a los países de la periferia. Allí Huntington desafiaba a una de las ecuaciones optimistas de la posguerra. Entendía que no era cierto que desarrollo económico y democracia representaban una amistad inseparable. Este modelo presumía de alinear armónicamente sus diferentes metas en torno al crecimiento sostenible, la participación y la estabilidad. Y, por el contrario, lo que finalmente ocurría era un juego pendular entre un modelo populista y otro tecnocrático, por el cual uno con su expansión "imprudente" arrastraba al otro para corregir los "excesos". "La participación y las tendencias igualitarias del "populismo" erosionan al crecimiento, preparando el terreno para la restauración "tecnocrática" que se ocupará del desarrollo económico a costa de eliminar la participación" (Portantiero, Op. Cit., p. 156). Lo cierto es que para cualquier nación que se precie de tal, la única receta trilateral, para desterrar la ingobernabilidad, resultaba ser el autoritarismo. (Portantiero, Op. Cit., p. 80).

La coyuntura internacional no ofrecía un terreno fértil para desplegar un debate promisorio sobre la democracia. Los tanques de pensamiento internacionales la tenían entre ceja y ceja y las disputas por la hegemonía global evidenciaban comportamientos donde la pluralidad, las convicciones y la moderación lejos estaban de ser prioridades. En Controversia, asistían perplejos al crudo despliegue de las consabidas "razones de Estado" en las relaciones bilaterales de la Dictadura con el campo socialista. A diferencia de otros tiempos, no existían referencias internacionales[113], faros, a los cuales

[113] La excepción a esta regla podría ser el proceso que estaba atravesando la izquierda y el marxismo italianos y aplicaría, específicamente, a los socialistas de Controversia. Aricó tradujo para Controversia a diferentes autores italianos como Biagio de Giovanni, Corrado Vivante y Marco Diani (Gago, Op. Cit. p. 67). Rabotnikof (Op. Cit.) destaca que Aricó, en su exilio mexicano, estaba empeñado en llevar adelante un proyecto de renovación similar al italiano para lo cual llevaba adelante una tarea editorial con el objetivo de crear una biblioteca de la cultura socialista. "Aricó acompañaba, a su modo y con sus propios interrogantes, el debate instalado en Italia desde hacía unos años. Ese debate, que había comenzado alrededor de la existencia de una teoría del Estado y la política en el marxismo, tendría su correlato político institucional en la transformación del secular Partido Comunista Italiano (PCI) en Izquierda

acudir para pensar un mundo democrático, celoso del derecho internacional y los derechos humanos.

Para ir cerrando, quisiéramos repasar lo más saliente del debate entre los peronistas y socialistas de Controversia en lo que concierne al concepto de democracia. Repasar sumando algunas definiciones que nos suministren la mayor claridad posible para comprender el sentido de esta ruidosa divisoria de aguas. No nos vamos a detener en los antecedentes de este debate intelectual puesto que ya lo hemos hecho en la primera sección del Capítulo 3. Digamos tan sólo que ambos bandos se hacían cargo - a veces a viva voz, otras más tímidamente – de los puntos de encuentro y de desencuentro que habían unido y distanciado al peronismo y al socialismo, en lo intelectual y en lo estrictamente político.

Nos interesa destacar, sobre todo, la pregunta por la validez del clivaje democracia formal-democracia sustantiva tanto para los peronistas como para los socialistas. Hemos visto cómo para los primeros esta distinción les resultaba sumamente operativa a los efectos de periodizar y caracterizar el despliegue del movimiento peronista en el tiempo, sea en el poder o en la resistencia. El peronismo se había valido de la democracia formal – no en un sentido productivista – para acceder al poder y para ensayar desde el Estado un programa de reparación y de ampliación de ciudadanía otorgándole a las clases subalternas canales de participación en las instituciones y en la puja por la distribución del excedente. Esta novedosa incorporación de las masas a la vida pública, junto a la misma movilidad social, representaba la piedra fundamental de un proceso de democratización sustantiva. Pero no conforme con ello, el peronismo también había ensanchado los márgenes de la democracia formal con el sufragio femenino. Con respecto a la convivencia democrática con la oposición, en Controversia convenían en señalar que el respeto a las minorías y la libertad de disentir estuvieron garantizados más allá de ciertos casos aislados. Por su parte, la resistencia peronista a los modelos restrictivos, que en nombre de la democracia excluían a una de sus partes, fue templando al interior de los sectores populares novedosas formas políticas donde afloraron el espíritu asambleario, la democracia de base y la inmediatez entre representantes y representados.

Democrática" (p. 20). Portantiero, por su parte, en un ensayo de 1984 "Los dilemas de la democracia en la crisis" reivindica al modelo italiano como una fiel y deseable expresión del pluralismo conflictivo, "en el que el compromiso último de los actores se constituye sobre el reequilibrio y la compensación permanente de dispersas capacidades de presión, políticas y corporativas" (p. 168).

Los peronistas de Controversia no renegaban de las instituciones como tampoco de la democracia formal. Entendían que esa etapa de animosidad con la "democracia burguesa" debía ser totalmente superada. Ahora bien, comprendían que la historia de la democracia argentina reciente no era más que la historia del peronismo realizando la democracia sustantiva dentro del marco de la democracia formal. Por eso es que coincidimos con Reano (2010) al entender que para los peronistas de Controversia primaba lo sustantivo del concepto de democracia por sobre lo formal, sobredeterminando lo primero a lo segundo. Por lo antedicho también es que reafirmamos esta inclinación, de los peronistas, por una definición descriptiva del concepto de democracia. Y en base a esta "realidad efectiva" tomaba su verdadera dimensión el desafío a los socialistas de discutir la democracia – como decía Casullo – "desde el movimiento de masas o desde los mitos". El avenimiento de los socialistas hacia la primera opción representaba, en tal caso, la única manera de absolver a una tradición eternamente extraviada en las supercherías bibliográficas.

Los socialistas de Controversia no recogieron este guante y persistieron en reconocer la pertinencia de las "herramientas analíticas universales". Al igual que ocurrió durante los 60-70, cuando el concepto clave era el de revolución, esta intelectualidad de izquierda se pronunciaba en contra de conferirle al peronismo un status epistemológico. Por eso parte de la querella socialista consistía en señalar el carácter "robinsoniano" del peronismo. Esto, desde luego, no era un obstáculo para admitir que el peronismo había significado para los trabajadores una experiencia para su constitución como clase como lo fue también la lucha democrática. Pero el hecho de haber propiciado "una tensión social hacia la igualdad de base" era una condición necesaria pero no suficiente para una democracia tal como la entendían los socialistas de Controversia (Portantiero, Op. Cit. p. 150). Y aquí nos metemos de lleno en la distinción entre democracia formal-democracia sustantiva, separación que era considerada como un "falso problema" (Ibíd). La pregunta roussoniana por el quién – ejerce el poder soberano – no podía excluir, bajo ningún concepto, a la pregunta – a la manera de Robert Dahl - por el cómo se gobierna y se eligen autoridades.

Esta aventura a la cual se lanzaban los socialistas de Controversia suponía – como hemos visto – una renovación de sus bibliotecas[114] y una ruptura con la teoría marxista

[114] En relación a la revisión de las teorías del pasado, creemos que la siguiente cita de Portantiero es muy elocuente: "A la teoría política del socialismo le ha sobrado Rousseau y le ha faltado Locke. Por ese exceso y por ese defecto le ha nacido la tentación por Hobbes" (Op. Cit., p. 104).

que ubicaba a la democracia en un segundo plano. Ahora, la democracia pasaba al centro de la escena y se invertían los términos de otrora. Había que pensar, de cara al futuro, cuál era el modelo de acumulación y desarrollo adecuado para la consolidación de las democracias y no poner el carro delante de los caballos. El acento se desplazaba cobrando una especial relevancia el papel de la sociedad civil. Se denunciaba la "estadolatría", al corporativismo y, por añadidura, a los populismos que rendían culto al verticalismo y a los liderazgos mesiánicos. Se proyectaba como modelo para la transición un régimen político democrático, en constante producción, donde reinase el pluralismo y la convivencia pacífica entre los diferentes actores.

Por último, analizando los diferentes lenguajes y sensibilidades que se reiteraban en Controversia, Schmucler (1981) entendía que éstos eran básicamente dos: "el de la audacia de la abstracción y el de la vejez de ciertos postulados políticos" (p. 16). No hay que hacer mucho esfuerzo para interpretar que, elípticamente, se estaba refiriendo al socialismo y al peronismo respectivamente. Faltaba saber cómo sería "la vuelta a casa" para corroborar qué tan viejos eran aquellos postulados políticos y qué tan audaces las abstracciones. No es materia de esta Tesis pero se podría observar cualitativamente lo anterior si se revisa la suerte política que corrió cada uno de los sectores una vez concretado el regreso al país y comenzada la transición democrática. Los socialistas de Controversia animaron diferentes ámbitos políticos e intelectuales y se aproximaron decididamente al gobierno de Alfonsín con el objetivo de fortalecer y renovar el discurso radical[115]. Por su parte, los peronistas experimentaron una ruidosa ruptura con el Partido Justicialista a través de una carta en agosto de 1985[116]. Pero, como dijimos, definitivamente esa es otra historia.

[115] Sobre todo, De Ipola, Portantiero y Bufano formaron parte de los intelectuales y periodistas que se acercaron a Alfonsín nucleados en el connotado "Grupo Esmeralda". Para una semblanza de estas trayectorias ver en Elizalde, Josefina. Intelectuales y política durante la transición democrática: El Grupo Esmeralda y la producción del discurso alfonsinista. 2009. (En línea) (Consulta: 19 de febrero de 2020) http://cdsa.aacademica.org/000-008/1028.pdf

[116] De los integrantes y colaboradores peronistas de Controversia, Nicolás Casullo, Alcira Argumedo, Adriana Puigross y Mempo Giardinelli firmaron la carta titulada "Por qué nos vamos" el 19 de agosto de 1985. Entre otras razones, los firmantes sostenían que "Abandonamos las estructuras orgánicas del Movimiento Peronista y renunciamos a nuestra afiliación al Partido Justicialista – que también significa abandonar estériles ilusiones de lucha interna – porque entendemos que la actual conducción encarna un espíritu antidemocrático incapaz de convocar a las mayorías argentinas tras un proyecto nacional, popular y de unidad latinoamericana". (Casullo, 2008, p. 221-227). Ulteriormente algunos de los firmantes de esta carta se aproximarían nuevamente al peronismo vía la Renovación, otros participarían del FREPASO y casi todos, finalmente, coincidirían en el kirchnerismo.

Bibliografía

ABAL MEDINA, Juan Manuel (2010). Manual de Ciencia Política. Buenos Aires: Eudeba.

ABOY CARLÉS, Gerardo (2001). Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem. Buenos Aires: Homo Sapiens.

ANDERSON, Perry (2003). Neoliberalismo: un balance provisorio. En La Trama del neoliberalismo. Mercado Crisis y Exclusión Social. Sader E. (comp), Gentili, P (comp). Buenos Aires: CLACSO.

ARICÓ, José (2005). La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina. Buenos Aires: Siglo XXI.

ASPIAZU, Daniel; BASUALDO, Eduardo; KHAVISSE, Miguel (2004). El Nuevo Poder Económico en la Argentina de los años 80. Buenos Aires: Siglo XXI.

BARROS, Robert (1987). Izquierda y democracia: Debates recientes en América Latina, México DF, Editorial Era, octubre-diciembre de 1987.

BERNETTI, Jorge Luis y GIARDINELLI, Mempo (2014). México: el exilio que hemos vivido. Buenos Aires: Editorial Octubre.

BORÓN, Atilio (2004). Estudio introductorio en Lenin, Vladimir. ¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

BRACCO, Olga (2018). Reflexiones teórico-metodológicas en torno al debate de colectivos intelectuales durante el kirchnerismo. En X Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata.

CALVEIRO, Pilar (2013). Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años setenta. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.

CARDOSO, Fernando Henrique (1985). Sobre la caracterización de los regímenes autoritarios en América Latina en Collier, David. El Nuevo Autoritarismo en América Latina. México: Fondo de Cultura Económica.

CARNOVALE, Vera (2011). Los combatientes. Historia del PRT-ERP. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.

CASULLO, Nicolás (2008). Peronismo. Militancia y crítica (1973-2008). Buenos Aires: Colihue.

CORBIERE, Emilio (1984). Orígenes del comunismo argentino (Historia del Partido Socialista Internacional. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

DEL BARCO, Oscar (1980). Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas. México: Universidad Autónoma de Puebla.

ESPÓSITO, Fabio (2015). La crítica moderna en Argentina: la revista Los Libros (1969-1976). En Orbis Tertius, vol. XX, nº 21.

FARIAS, Matías (2014). "Controversia como legado de Pasado y Presente: la resignificación de una biblioteca teórico-política". Prismas, Revista de historia intelectual, Nº18.

GAGO, Verónica (2012). Controversia: una lengua del exilio. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

GARATEGARAY, Martina (2015). "La unidad del exilio. Las revistas Cuadernos de Marcha y Controversia en México". En Revista Electrónica ANPHLAC, Nº 19.

GARGARELLA, Roberto (2003). Las teorías de la justicia después de Rawls. Un breve manual de filosofía política. Buenos Aires: Paidos.

GAUNA, Juan Pablo (2016). "Debates sobre el exilio en la revista Controversia". En Questión, Revista Especializada en Periodismo y Comunicación, Nº 49.

GAUNA, Juan Pablo (2015). "Indagaciones sobre la crisis del marxismo en la revista Controversia". <Borrador>.

GILLER, Diego Martín (2014). "Socialismo y democracia en el exilio argentino en México: la experiencia de la Revista Controversia (1979-1981)", <Borrador>.

GILMAN, Claudia (1999). Las revistas y los límites de lo decible: cartografía de una época. En La cultura de un siglo. América Latina en sus revistas. Sosnowski, S. (ed.). Buenos Aires: Alianza.

GRECA, Leandro (2010). "Lo sindical, lo político, lo democrático. Un análisis de la obra de Nicolás Casullo en Controversia", <Borrador>.

GRENAT, Stella Maris (2010). Una espada sin cabeza. Las FAL y la construcción del partido revolucionario en los '70. Buenos Aires: Ediciones RyR.

JAMES, Daniel (1990). Resistencia e integración. Buenos Aires: Sudamericana.

KOSELLECK, Reinhart. (1993). Futuro pasado. Para una semántica de los estudios históricos. Barcelona: Paidós.

LACLAU, Ernesto (2007). La razón populista. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

LECHNER, Norbert (1990). Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política. México: Fondo de Cultura Económica.

LECHNER, Norbert (2013). Obras II. Qué significa hacer política. México: Fondo de Cultura Económica.

LEFORT, Claude (2004). La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político, Barcelona: Antrophos.

LENIN, Vladimir (2004). ¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

LESGART, Cecilia (2002). "Usos de la transición a la democracia. Ensayo ciencia y política en la década del 80". En Estudios Sociales, Revista Universitaria Semestral, Año XII, Nº 22-23, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.

LESGART, Cecilia (2003). Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del 80. Buenos Aires: Homo Sapiens.

MARTINEZ MAZZOLA (2014). La política como promesa, el Estado como amenaza. En Universidad Nacional de Quilmes, Prisma.

MONTAÑA, María Jimena (2014). "La "latinoamericanización" del exilio mexicano: El caso de la revista Controversia". En II Jornadas sobre Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX.

MOUFFE, Chantal (1999). El retorno de lo político. Buenos Aires: Paidos.

PALTI, Elías. (2005). "De la Historia de las «Ideas» a la Historia de los «Lenguajes Políticos». Las escuelas recientes del análisis conceptual. El panorama latinoamericano". En AnalesK, No. 7-8.

PALTI, Elías. (2005). "Temporalidad y refutabilidad de los conceptos políticos". En Prismas, Revista de historia intelectual, No. 9, pp. 19-34.

PLOT, Martín (2008): La carne de lo social, Buenos Aires: Prometeo Libros.

PONZA, Pablo (2010). "La izquierda en su laberinto: Intelectuales argentinos, ideas y publicaciones en el exilio (1976-1983)" En Boletín Americanista, Nº10.

PORTANTIERO, Juan Carlos (1969). El Peronismo. En Los Libros, Nº 5.

PORTANTIERO, Juan Carlos (1988). La Producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el estado y la sociedad. Buenos Aires: Nueva Visión.

PREUSS, Ulrich (2011). Orden político y democracia: Carl Schmitt y su influencia en Mouffe Chantal (compiladora). El desafío de Carl Schmitt. Prometeo Libros: Buenos Aires.

RABOTNIKOF, Nora (1992). El retorno de la filosofía política: notas sobre el clima teórico de una década. En Revista Mexicana de Sociología, Vol. 54, Nº 4.

RABOTNIKOF, Nora (2016). Del desencanto democrático a la democracia desencantada México: Instituto Nacional Electoral.

REANO, Ariana (2011). Los lenguajes políticos de la democracia El legado de los años 80: Alfonsín, Controversia, Unidos y La Ciudad Futura (Tesis Doctoral). Universidad Nacional de General Sarmiento. Buenos Aires.

REANO, Ariana (2012). "Revisitar los ´80: el debate sobre la democracia en Controversia y la Ciudad Futura". En VII Jornadas de Sociología Universidad Nacional de General Sarmiento.

RIAL, Juan (2015). Gobernabilidad. A cuarenta años del Informe de la Comisión Trilateral. Reflexiones desde Latinoamérica. En Red de Seguridad y Defensa de América Latina. Año VIII. Nº 41.

ROSANVALLON, Pierre (2007). La contrademocracia: la política en la era de la desconfianza. Buenos Aires: Manantial.

ROT, Gabriel (2010).Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina: la historia de Jorge Ricardo Masetti y el ejército guerrillero del pueblo. Buenos Aires: Waldhuter Editores.

TERÁN, Oscar (1969). El robinsonismo de lo nacional. En Los Libros, Nº 5.

TERÁN, Oscar (2006). Década del 70: la violencia de las ideas. En Lucha Armada en la Argentina, Nº 5.

TERÁN, Oscar (2013). Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina. Buenos Aires: Siglo XXI.

TORRE, Juan Carlos (2014). La vieja guardia sindical y Perón. Buenos Aires: Ediciones RyR.

SARTORI, Giovanni (2007). ¿Qué es la democracia? Madrid: Taurus.

SCHMITT, Carl (1990). Sobre el parlamentarismo. Madrid: Tecnos.

SCHMITT, Carl (1996). Teoría de la Constitución. Madrid: Alianza Universidad.

SKINNER, Quentin. (2007). Lenguaje, política e historia. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes

SOTELO, Luciana (2010). "Análisis de las reflexiones sobre el mundo sindical en la revista Controversia". En VI Jornadas de Sociología de la UNLP.

VAZEILLES, José (2003). La izquierda argentina que no fue. Buenos Aires: Biblos.

VILLARREAL, Juan (1985). Los hilos sociales del poder. Buenos Aires: Siglo XXI.

WILLIAMS, Raymond (1980). Marxismo y Literatura. Barcelona: Península.

YANKELEVICH, Pablo (2010). Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
ZAROWSKY, Mariano (2013). "Del exilio a los nuevos paradigmas: los intelectuales argentinos de la comunicación México (de Controversia a Comunicación y Cultura)", <Borrador>.

Artículos de Controversia

Ábalo, Carlos. "La discusión sobre la política económica del gobierno militar" en Controversia Nº 1, Octubre de 1979, pp. 24-26.
Ábalo, Carlos. "Las restricciones del gran gulag", Suplemento "La democracia como problema" en Controversia Nº 9-10, Diciembre de 1980, pp. 21, 22.
Aricó, José. "Los comunistas en los años 30", Suplemento 1. Argentina: los años de la crisis, 1930-1945, en Controversia Nº 2-3, Diciembre de 1979, pp. 18-20.
Aricó, José. "Ni cinismo ni utopía", Suplemento "La democracia como problema" en Controversia Nº 9-10, Diciembre de 1980, pp. 15-17.
Aricó José. "América Latina como unidad problemática" en Controversia Nº 14, Agosto de 1981, pp. 19, 20.
Bernetti, Jorge. "E´pur si muove" en Controversia Nº 7, Julio de 1980, pp. 7,8.
Bruschtein, Luis. "Derechos humanos: sin abstracciones ni equidistancias" en Controversia Nº 2-3, Diciembre de 1979, pp. 1,2.
Bruschtein, Luis. "Derrota y pensamiento nacional" en Controversia Nº 7, Julio de 1980, pp. 9, 10.
Bruschtein, Luis. "Liberalismo y perspectiva nacional", Suplemento "La democracia como problema" en Controversia Nº 9-10, Diciembre de 1980, pp. 19, 20.
Bufano, Sergio. "La violencia en la Argentina: 1969-1976 (Primera Parte)" en Controversia Nº 1, Octubre de 1979, pp. 15,16.
Bufano, Sergio. "La violencia en la Argentina: 1969-1976" (Segunda Parte) en Controversia Nº 2-3, Diciembre de 1979, pp. 9,10.
Bufano, Sergio. "Izquierdistas, esos brujos" en Controversia Nº 6, Mayo de 1980, pp. 3.
Bufano, Sergio. "Centralismo democrático y profesionalismo político", Suplemento "La democracia como problema" en Controversia Nº 9-10, Diciembre de 1980, pp. 35, 36.
Bufano, Sergio. "La política intemporal" en Controversia Nº 14, Agosto de 1981, pp. 15, 16.

Caletti, Sergio. “Los marxismos que supimos conseguir” (Primera Parte) en Controversia Nº 1, Octubre de 1979, pp. 17-19.
Caletti, Sergio. “La revolución del voluntarismo” en Controversia Nº 2-3, Diciembre de 1979, pp. 6-8.
Caletti, Sergio. “Para entendernos mejor” en Controversia Nº 6, Mayo de 1980, pp. 7-9.
Caletti, Sergio. “Los riesgos de un nuevo izquierdismo neoperonista”, en Controversia Nº 8, Septiembre de 1980, pp. 7, 8.
Caletti, Sergio. “Una historia sin resolver”, Suplemento “La democracia como problema” en Controversia Nº 9-10, Diciembre de 1980, pp. 27-28.
Casariego, Elena. “Notas sobre el movimiento popular”, Suplemento “La democracia como problema” en Controversia Nº 9-10, Diciembre de 1980, pp. 29, 30.
Casariego, Elena. “Sobre “polisemias” pampas y confusiones” en Controversia Nº 11-12, Abril de 1981, pp. 12-14.
Casullo, Nicolás. “Peronismo revolucionario y sindicalismo peronista” (Primera Parte) en Controversia Nº 1, Octubre de 1979, pp. 20-23.
Casullo, Nicolás. “Sindicatos de liberación y liberación sin sindicatos” en Controversia Nº 2-3, Diciembre de 1979, pp. 39-42.
Casullo, Nicolás. “El peronismo y las democracias” en Controversia Nº 5, Marzo de 1980, pp. 5-7.
Casullo, Nicolás. “El pueblo produce las formas y los contenidos políticos” en Controversia Nº 7, Julio de 1980, pp. 11, 12.
Casullo, Nicolás. “Movimiento peronista y concepciones de la política”, en Controversia Nº 8, Septiembre de 1980, pp. 12, 13.
Casullo, Nicolás. “Movimiento peronista y concepciones de la política”, en Controversia Nº 8, Septiembre de 1980, pp. 12, 13.
Casullo, Nicolás. “Desde el movimiento de masas o desde los mitos”, Suplemento “La democracia como problema” en Controversia Nº 9-10, Diciembre de 1980, pp. 25, 26.
Casullo, Nicolás y Caletti, Sergio. “El socialismo que cayó del cielo” en Controversia Nº 14, Agosto de 1981, pp. 7-10.
Casullo, Nicolás. “Democracia autoritaria y restringida” en Controversia Nº 11-12, Abril de 1981, pp. 2-5.
Crespo, Horacio y Nudelman, Ricardo. “Aportes para una discusión de la situación actual”, en Controversia Nº 8, Septiembre de 1980, pp. 5, 6.

De Ípola, Emilio. “El pensamiento de la derecha y la junta militar”, Suplemento “La democracia como problema” en Controversia Nº 9-10, Diciembre de 1980, pp. 31, 32.
De Ípola, Emilio y Portantiero, Juan Carlos. “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes” en Controversia Nº14, Agosto de 1981, pp. 11-14.
Del Barco, Oscar. “Observaciones sobre la crisis del marxismo” en Controversia Nº 2-3, Diciembre de 1979, pp. 11-13.
Del Barco, Oscar. “Respuesta a Paramio y Reverte” en Controversia Nº 6, Mayo de 1980, pp. 26, 27.
Del Barco, Oscar. “Desde el fragor del mundo”, Suplemeto “La democracia como problema” en Controversia Nº 9-10, Diciembre de 1980, pp. 37, 38.
Eliecer, Javier. “Juicios y responsabilidades. ¿Pero, quién nos quitó la democracia” en Controversia Nº 4, Febrero de 1980, pp. 19-21.
Greco, Guillermo. “Sobre el auge y la decadencia de la democracia” en Controversia Nº 5, Marzo de 1980, pp. 3, 4.
López, Ernesto. “Discutir la derrota” en Controversia Nº 4, Febrero de 1980, pp. 12, 13.
López, Ernesto. “Peronismo, nación y democracia” en Controversia Nº 14, Agosto de 1981, pp. 5, 6.
Marramao, Giacomo. “El paradigma de la ingobernabilidad”, Suplemento “La democracia como problema” en Controversia Nº 9-10, Diciembre de 1980, pp. 33, 34.
Nudelman, Ricardo. “Argentina en el conflicto de hegemonías” en Controversia Nº 2-3, Diciembre de 1979, pp. 34, 35.
Nudelman, Ricardo. “Algo más sobre el conflicto de hegemonías” en Controversia Nº 6, Mayo de 1980, pp. 14, 15.
Nudelman, Ricardo. “Entre los cereales y la política”, en Controversia Nº 7, Julio de 1980, pp. 23.
Olmos, Martín. “Unidad sindical y proyecto de Ley Gremial” en Controversia Nº 1, Octubre de 1979, pp. 4.
Paramio, Luodolfo y Reverte, Jorge. “Razones para una contraofensiva” en Controversia Nº1, Octubre de 1979, pp. 12-14.
Paramio, Luodolfo y Reverte, Jorge. “El marxismo y el minotauro. Respuesta a Oscar Del Barco” en Controversia Nº 5, Marzo de 1980, pp. 19, 20.
Portantiero, Juan Carlos. “Proyecto democrático y movimiento popular” en Controversia Nº 1, Octubre de 1979, pp. 5,6.

Portantiero, Juan Carlos. “Transformación social y crisis de la política”, Suplemento 1. Argentina: los años de la crisis, 1930-1945, en Controversia Nº º 2-3, Diciembre de 1979, pp. 15-17.
Portantiero, Juan Carlos. “Bases políticas, ley sindical y plan del capital” en Controversia Nº 4, Febrero de 1980, pp. 1,2.
Portantiero, Juan Carlos. “Peronismo, socialismo y clase obrera”, en Controversia Nº 8, Septiembre de 1980, pp. 11, 12.
Portantiero, Juan Carlos. “Los dilemas del socialismo”, Suplemento “La democracia como problema” en Controversia Nº 9-10, Diciembre de 1980, pp. 23, 24.
Pedrozo, Osvaldo. “El inaceptable blanqueo que propone la Junta”, en Controversia Nº 7, Julio de 1980, pp. 13, 14.
Schmucler, Héctor. “Actualidad de los derechos humanos” en Controversia Nº 1, Octubre de 1979, pp. 2.
Schmucler, Héctor. “La Argentina de adentro y la Argentina de afuera” en Controversia Nº 4, Febrero de 1980, pp. 3,4.
Schmucler, Héctor. “Testimonio de los sobrevivientes”, en Controversia Nº 9-10, Diciembre de 1980, pp. 4, 5.
Schmucler, Héctor. “Apuntes e interrogantes para reflexionar sobre política” en Controversia Nº 11-12, Abril de 1981, pp. 15.
Terán, Oscar. “El nacionalismo sin nación”, Suplemento 1. Argentina: los años de la crisis, 1930-1945, en Controversia Nº 2-3, Diciembre de 1979, pp. 25-27.
Terán, Oscar. “De socialismos, marxismos y naciones”, en Controversia Nº 7, Julio de 1980, pp. 17, 18.
Terán, Oscar. “La nación autoritaria”, Suplemento “La democracia como problema” en Controversia Nº 9-10, Diciembre de 1980, pp. 8-9.
Terán, Oscar. “Algún marxismo, ciertas morales, otras muertes” en Controversia Nº 14, Agosto de 1981, pp. 17, 18.
Tula, Jorge. “Notas para una reconsideración de la cuestión sindical”, Suplemento “La democracia como problema” en Controversia Nº 9-10, Diciembre de 1980, pp. 17,18.

Autores en la red

Amossy, R. Por una retórica del dissensus: las funciones de la polémica. 2015. En línea. (Consulta: 18 de octubre de 2019).

https://comycult.files.wordpress.com/2018/04/amossy-ruth-por-una-retc3b3rica-del-dissensus.pdf

Basombrío, C. Peronismo y marxismo: la interpretación de José Aricó. 2007. (En línea). (Consulta: 30 de septiembre de 2019). http://cdsa.aacademica.org/000-108/686.pdf

Camou, A. El discurso sobre la crisis de gobernabilidad de las democracias avanzadas. Una revisión del Informe de la "Comisión Trilateral" (1975-2010). 2010. En línea. Consulta: 10 de enero de 2019. https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/990

Casco, J. El exilio intelectual en México. Notas sobre la experiencia argentina 1974-1983. 2008. En línea. Consulta: 10 de diciembre de 2018. http://www.apuntescecyp.com.ar/index.php/apuntes/article/view/273/241

De Ípola, E. La izquierda en tres tiempos. 1989. En línea: Consulta: 20 de febrero de 2020. http://www.cde.org.py/wp-content/uploads/2014/11/Contribuciones-4.pdf

Del Barco, O. No matarás. 2004. En línea. Consulta: 14 de abril de 2018. https://lectoresdeheidegger.wordpress.com/2011/09/22/oscar-del-barco-no-mataras-carta-a-schmucler/

Denaday. J. Amelia Podetti: una trayectoria olvidada de las Cátedras Nacionales. 2013. En línea. (Consulta: 23 de septiembre de 2019). https://journals.openedition.org/nuevomundo/65663

Elizalde, Josefina. Intelectuales y política durante la transición democrática: El Grupo Esmeralda y la producción del discurso alfonsinista. 2009. (En línea) (Consulta: 19 de febrero de 2020) http://cdsa.aacademica.org/000-008/1028.pdf

Farías, M. El liberalismo, una tradición incómoda en Controversia. 2016. En línea Consulta: 20 de febrero de 2020. http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/historia/article/view/1331

Farías, M. y Santángelo M. Oscar Terán y Pilar Calveiro: responsabilidad, derrota y muerte. Un balance de las vanguardias revolucionarias de los años setenta. 2004. En línea. Consulta: 1 de marzo de 2018 www.salvador.edu.ar/vrid/publicaciones/revista/

Ghilini, A. Las cátedras nacionales, una experiencia peronista en la Universidad. 2010. (En línea) (Consulta: 24 de septiembre de 2019). http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5124/ev.5124.pdf

Gómez, S. Horacio González y sus usos de Antonio Gramsci en el marco de las Cátedras Nacionales (1968-1971) y la revista Envido (1970-1973). 2016. (En línea).

(Consulta: 26 de septiembre de 2019). https://journals.openedition.org/nuevomundo/69757

Lesgart, C. El tránsito de la izquierda intelectual en el Cono Sur de América Latina. ¿<<Reforma moral e intelectual>> o liberalismo político. 2000. Consulta: 1 de diciembre de 2018. http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:filopoli-2000-16-0004/pdf

Longoni, A. Sin título reseña al libro de Gilman, Claudia "Entre la pluma y el fúsil…". 2003. En línea. (Consulta: 20 de abril de 2020). https://foroiberoideas.cervantesvirtual.com/resenias/data/53.pdf

Patiño, R. Debates teóricos en torno a la literatura latinoamericana. 2006. En línea. Consulta: 28 de febrero de 2020. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=arti&d=Jpr206

Sarlo, B. Intelectuales y revistas: razones de una práctica En línea. Consulta: 28 de febrero de 2020. https://www.persee.fr/doc/ameri_0982-9237_1992_num_9_1_1047

Documentos

Las Bases Políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional. En línea. (Consulta 19/02/2019). Disponible en: http://www.ruinasdigitales.com/revistas/dictadura/Dictadura%20%20Documentos%20Basicos%20y%20Bases%20Politicas.pdf